EL DIABLO SOBRE LA ISLA III

PERROS DE GUERRA

(Nunca censures a los muertos)

JOAN PONT

Índice de contenido

EL DIABLO SOBRE LA ISLA III

PERROS DE GUERRA

JOAN PONT

Para Cristian.

El Diablo sobre la isla III. Perros de Guerra.

PÁGINA DE JOAN PONT EN AMAZON

WEB SITE DE JOAN PONT

Taghazout es un pueblo pesquero situado en la costa atlántica de Marruecos, al norte de Agadir, famoso por sus playas surferas, entre las que destaca Killer Point. Al sur, La Source recibe su nombre del agua dulce que emana de las rocas. Anchor Point destaca por sus olas perfectas para hacer lo que se conoce como "tubos" y por su calle principal, salpicada de cafeterías y tiendas de surf.



Uchda
وجدة
Rabat
الرباط
Fez
فاس
Mequinez
مكناس
Casablanca
الدار البيضاء
Safi
أسفي
Marruecos
Esauira
الصويرة
Marrakech
مراكش
Uarzazate
ورزازات
Agadir
أكادير
Tiznit
تزنيت
Provincia
National R
N1
Skatepark Taghazout
Surf Maroc
Cafe Mouja
Baldi Hammam
And Massage And Sp
Yalah Surf
Surf Berbere
L'Auberge Restaurant
Panorama

I

—Salam Aleikum —dijo la mujer, bajando los ojos.

—Aleikum Salam.

Nos dimos la mano derecha y ambos nos la llevamos al pecho, a modo de cortesía entre vecinos.

Había un niño con ella. Un chico de nueve o diez años. A diferencia de la mayoría de niños del país este estaba entrado en carnes, gordinflón, sería la palabra adecuada, y llevaba una larga melena que le obligaba a sacudir la cabeza sin parar para quitarse un mechón de delante de los ojos.

—¿Y tú qué tal, chaval? —le dije, pero no me hizo ni caso, ni a mí me interesaba en absoluto que me lo hiciera.

Buscaba mi apartamento. El segundo A.

هل تعرف أين الثانية هي؟ (¿Sabes dónde está el segundo A?) —le pregunté a la chica en árabe, para ser más cortés todavía, pero fue una estupidez. Ambos se rieron, el chaval mucho más que la madre. Y eso que yo sabía que había pronunciado perfectamente la frase, porque dominaba el idioma por completo.

—Subes las escaleras y al final del pasillo, a la izquierda —El español de la mujer era más que aceptable, siempre, por supuesto, con ese acento esdrújulo tan característico de los árabes. El niño dijo algo a su madre que no entendí.

—Gracias.

Empecé a alejarme mientras oía una discusión y después un forcejeo. Al instante el chico subía las escaleras a mi lado, con expresión triunfal.

—Oye, si tu madre te dice que no te vayas con un extraño tómatelo muy en serio —le aconsejé, mirándole de soslayo.

Ni caso.

Llegamos a mi portal. Saqué las llaves que me habían llegado por correo a Oued Tahadart y entré en mi nueva casa. El edificio, de cuatro pisos, se levantaba con la tipología característica de un riad: paredes adornadas con yeso tadelakt, azulejos zellige y caligrafías árabes con citas del Corán. En el patio central donde había encontrado a la mujer y al niño gordinflón debía haber una fuente y cuatro naranjos o limoneros para completar las reglas de construcción de las casas del país, pero no había más que basura y hierbajos naciendo por todos los rincones. El edificio entero parecía estar en ruinas.

—Ehhh… ¿no tienes nada que hacer? —le dije al chaval, que me estaba acompañando en la primera visita a lo que sería mi casa en los próximos meses. Tenía que meterme un pico de morfina enseguida si

no quería ponerme a vomitar en medio del salón.

—Toma y lárgate de aquí, anda —Saqué un billete de veinte dirhams y se lo dí. Puso una cara como si fuera él el que estuviera a punto de inyectarse morfina en las venas y salió corriendo.

La casa olía a moho y a desagüe, pero también a mar, un aroma molesto al principio, pero que al cabo de los días empezó a formar parte de mi cuerpo y que creo que ya no me abandonará jamás.

—Venga, el jodido pico ya… —Me estaban entrando náuseas. Saqué mi viejo neceser de Alexander Mcqueen con las cosas de pincharme y me senté en el suelo con la espalda contra la pared. Mientras el veneno gris me concedía un tiempo más de vida recordé un documental que había visto la noche anterior en el hotel de Agadir sobre Alexander Lee Mcqueen. Resultaba que el muy cabrón se había ahorcado en su casa de Londres un día antes del funeral de su madre. Me dejó muy impresionado ese documental. Lo vi en mi habitación antes de perder el sentido… Buff, estaba demasiado borracho, la verdad.

Taghazout…

Vale, ahora puedo detenerme a reflexionar sobre el motivo por el que estaba en ese lugar.

No tengo ni idea.

Pero es que tenía que irme de Oued Tahadart. Me traía demasiados recuerdos.

Hacía tres semanas que había llamado a Adam, del bufete Vinck & Himpe de Amberes que llevaba mis asuntos.

—Quiero cambiar de domicilio. Algo aquí mismo, en Marruecos… Mejor cerca del mar, elige tú. Ya sabes, nada de lujos.

He acabado por odiar el lujo. En esta época de mi vida si viviera en un palacio acabaría durmiendo en las cuadras sobre un montón de cagadas de caballo. Adam cumple mis requerimientos y me busca hoteles y alojamientos de mala muerte. No le conozco, no nos hemos visto nunca en persona, pero sé bastantes cosas sobre mi abogado. Tiene cuarenta y dos años, tres hijos, y vive en la Vliegen Straat 2C, de Amberes. Estuve dos veces en su barrio, hace algún tiempo, contemplando la fachada de su casa. Si él lo supiera no volvería a dormir más de dos horas seguidas, pero no se lo pienso decir, al fin y al cabo todo el mundo necesita un picapleitos, aunque sea para donar todos sus bienes a la Hacienda Pública cuando se muera.

Al cabo de un rato salí a la terraza, tambaleándome. El sol se estaba poniendo y lo inundaba todo de un color anaranjado caqui que me provocó inmediatamente una herida en el alma. Los atardeceres me afectan mucho, sobre todo aquellos tras el horizonte del mar que no tardarán mucho en hacerse famosos en todo el planeta. "*Visite la maravillosa y única puesta de sol de la playa de Taghazout*". Ya lo veo escrito en la

página principal de Booking.com.

Me puse a contemplar embobado la playa rocosa, una media luna de unos cien metros amurallada por racimos de casas que cabalgaban unas sobre otras. Fachadas encaladas, amarillas y ocres, persianas azules, camellos enjaezados, y sobre todo surfers. Resultaba que aquel lugar era un paraíso del surf.

A mí el surf me traía sin cuidado, pero estuve un rato contemplando a cinco figuras sobre tablas de colores estridentes que intentaban tomar las olas. Era una tarea difícil. Lo lograban solo uno de cada cinco intentos. La verdad era que aquel lugar tan decadente era bonito de verdad, obviando, como descubrí al día siguiente, que los acantilados de alrededor estaban llenos de plásticos y que los desagües de las casas daban directamente al mar, aunque yo no pensaba meterme en el agua ni dar largos paseos por los acantilados; solo había venido a levitar y a ver si lograba morirme de una vez por todas, algo que a aquellas alturas ya me parecía imposible.

Pasaron las horas. La oscuridad lo cubrió todo como una mortaja y se encendieron las escasas farolas del pueblo. Algunos camellos bramaban. En una terraza habían montado una fiesta iluminada por ristras de bombillas. Las risotadas llegaban hasta mí, que me había tumbado en el suelo de la terraza dispuesto a dormir allí después de meterme el pico de la noche acompañado por un montón de chupitos de Jack Daniels.

Justo antes de cerrar los ojos por completo y caer en el letargo del sueño me pareció escuchar gritos en una terraza cercana. Era la madre del gordinflón. La mujer se lamentaba de algo sobre el futuro del niño. Entendí: “¿Qué va a ser de tí?” y “No sirvo para nada”, pero enseguida la interrumpieron las voces de los vecinos para que se callara.

Perdí el sentido en cuanto dejé de oírla.

II

El amanecer en aquel lugar del continente africano era incluso más bello que la puesta de sol. Los rayos me hirieron en los ojos, temblando de frío sobre el suelo de la terraza. Tenía un hambre atroz, y eso era algo que no había sentido en años, ni siquiera lo recordaba. La morfina seca tu cuerpo como si fuera un cactus del desierto, sustituye el agua por el veneno gris y empieza a nutrirse exclusivamente de ello, no necesitas nada más.

Salí a la calle, renqueante y con los ojos legañosos, para buscar un lugar donde desayunar. Taghazout, como todas las aldeas de pescadores acosadas por el turismo, es un entramado de callejuelas sin ningún plan urbanístico, de anchuras inverosímiles y cableado anárquico cruzando de fachada en fachada. En estos lugares siempre que empiezas a deambular acabas en la playa, nunca en la parte alta del pueblo, por algún motivo el recorrido natural es siempre descendente.

Parecía que ese día iba a haber olas, porque una especie de nerviosismo se había adueñado de todo el mundo. Los surfers bajaban corriendo descalzos con sus torsos desnudos y sus cabellos rubios, aferrados a las tablas que parecían ser parte de su cuerpo. Tenías que tener cuidado en las esquinas porque las tablas eran como arietes y las quillas te rozaban el estómago en las callejuelas. Al mismo tiempo los habitantes de la aldea sabían que un buen día de olas significaba que el ánimo de los cuarenta o cincuenta surfers que solían alquilar las casas por semanas estaría por las nubes y eso conllevaba un ingreso extra en bares y restaurantes.

Me agaché y tomé un puñado de gravilla con la mano, todavía helada antes de que el sol la devolviera a los cuarenta grados. A mi espalda tenía el restaurante L'Auberge, una terraza con sillas de enea y mesas decapadas sobre las que dormitaban un montón de gatos, bajo una inmensa buganvilia que daba la impresión de que derrumbaría el techo de chamizo en cualquier instante. Aún no había ningún cliente en el local.

Se acercó un chico jóven, de cara soñolienta, con una carta bajo el brazo. Levanté la mano para rechazar la carta y que se enterara de que no estaba para tonterías.

—Café y… tostadas, o un sándwich, lo que sea.

Me tomé el café con avidez y pedí otro, pero no pude probar bocado. Lo del hambre al despertarme había sido solo un espejismo. Como todos los días, no podría comer nada hasta las dos de la tarde.

La mayoría de surfers ya estaban en el agua. Me estremecí solo de pensarlo, debía estar helada, con el frío que hacía por las noches en

aquellos parajes desérticos junto al atlántico.

—Dentro de poco tú también al agua, amigo… —me dijo de pronto el camarero, que estaba de pie al lado de mi mesa, contemplando el mar con los ojos achinados por el brillo del sol.

—¿Yo? —me reí con esfuerzo, apretando los dientes y llevándome el dedo índice a la sien haciendo el gesto de disparar una pistola. —De eso nada, antes la muerte…

El joven me devolvió la sonrisa. Lo del agua era la frase preparada que soltaba a todos los nuevos clientes para romper el hielo. En los altavoces colgados bajo la buganvilla empezó a sonar Décapotable, de Zouhair Bahaoui.

—¿Inmobiliaria?

—¿Qué?

—¿Viene de inmobiliaria para comprar casas aquí?

—Ehhh… sí, inmobiliaria… eso es… —Intenté zanjar la conversación hablándole sin mirarle a la cara. Se metió otra vez dentro del restaurante. Sí, ya sé que lo ideal es hacerse amigo del camarero cuando llegas a un sitio nuevo, pero no tenía ganas de hablar con nadie, joder.

La explanada rocosa se estaba animando. Contemplé durante media hora el esfuerzo de unos pescadores para superar las olas con una barca pintada con el tradicional color azul. Era curioso porque aquellos hombres odiaban esas olas que tanto les dificultaban salir a mar abierto para pescar su sustento, las mismas que estaban trayendo una prosperidad repentina al pueblo. El vuelco en las costumbres debía haber sido brutal. Los comentarios pesimistas de los pescadores ante un mar embravecido y las cestas de pescado vacías ahora se habían vuelto elogios por un buen día de surf, algo que los más viejos, aferrados a la costumbre de no acercarse al mar más de lo imprescindible, aún no debían entender qué demonios era. Y un buen día de surf significaba bares y restaurantes y las tiendas de souvenirs con la caja llena. Los ancianos seguro que pensaban que el mundo se había vuelto loco de atar. Un escenario ideal para un buen estudio antropológico.

Ya estaba a punto de levantarme para ir a solucionar los asuntos de amueblar mi casa y localizar una tienda para llenar la nevera cuando algo me hizo sentarme de nuevo. Un grupo de chiquillos había salido de la pendiente de una callejuela y se dirigían hacia la playa. Estaban todos escuálidos, pero uno de ellos destacaba entre los demás por sus andares torpes: era mi amigo del día anterior. Uno de los niños llevaba una tabla de surf sin quilla y a la que le faltaba un buen pedazo en la parte delantera, seguro que la habían encontrado entre las rocas de algún acantilado.

El que llevaba la tabla de surf se metió enseguida en el agua sin

perder ni un segundo mientras los demás le miraban formando una media luna. Había niños de todas las edades, incluso me pareció distinguir los rasgos de una niña entre ellos. Debían tener entre seis y doce años. Lo que estaba claro era que no tenían ni idea de surf, siempre desde mi inexperta opinión. Para empezar la tabla no tenía esa cuerda que llevaban los profesionales sujeta al tobillo, por lo que a la primera caída las olas la arrastraban enseguida hacia la playa mientras el niño intentaba aún salir de la montaña de espuma. El que la soltaba perdía su turno y otro se metía enseguida, pero me di cuenta de que al gordinflón no le tocaba nunca, y no es que el pobre no intentara atrapar la tabla zarandeada por las olas, pero siempre había alguien más rápido.

Pero pronto me cansé del espectáculo.

—¡Camarero!

Se llamaba Adil, me dijo. Parecía más adormecido que antes, en cambio yo sufría el nerviosismo típico causado por la expectativa de mi próxima dosis de morfina. Incluso podría ser que me la metiera en los baños del restaurante. Casi sin darme cuenta me había traído mi neceser, que descansaba sobre la mesa.

—Si algún día o alguna noche no puedo bajar a comer, ¿lleváis la comida a domicilio?

—Pues claro —confirmó solícito Adil. Le detuve con un gesto. No quería más detalles de los imprescindibles.

—Vale, y otra cosa… ¿Hay alguna tienda de muebles por aquí?

Negó con la cabeza. Para eso tenía que ir a Agadir. Conocía a alguien que tenía una tienda. Sacó su móvil y me apuntó la dirección en el bloc de comandas: Maison de L'ameublement, Bloc1 No 136 Bensergao Route Principal.

—No, no me hace falta… —dije, arrugando el papel—. No voy a ir a Agadir. ¿Puedes llamarle tú y que venga él a verme? Déjame el bolígrafo.

Le apunté mi número de teléfono y se lo dí junto con un billete de cien dirhams, que era algo más de lo que costaba una buena cena en aquel lugar. Adil enarcó las cejas mientras yo me levantaba.

—¿Y una tienda de comestibles? Que tengan alcohol, ya sabes.

—El Wafacash. Mi amigo Ayoub. Cuatro calles izquierda, dos derecha…

Me levanté de la silla y me largué sin despedirme. Cuando estaba a punto de doblar la esquina junto a una nube de humo producida por un Talbot Samba que debía tener como mínimo treinta años, vi algo que me sorprendió bastante: Mi amigo el gordinflón se había quedado solo con la desvencijada tabla de surf. Todos los chiquillos habían hecho ya su ronda y, al ver que no se les daba demasiado bien, se largaban callejuelas arriba en busca de otras diversiones. Pero mi

amigo insistía, una y otra vez. Se ve que había dedicado el largo tiempo de espera a observar cómo lo hacían los surfers de verdad. Cuando una ola empezaba a levantarlo remaba con brazos y piernas y luego intentaba ponerse de pie, aunque esa maniobra aún tenía que perfeccionarla. En una de las ocasiones la proa se le clavó en el agua y salió despedido dando una voltereta, para caer de espaldas muy cerca de la orilla, donde más que arena había guijarros. Creí que se había matado, de verdad, pero el chico emergió al instante de entre la espuma, aturdido. Bonito espectáculo.

Pero yo, a esas alturas, ya necesitaba mi pico de morfina como el aire para respirar. Me arrepentí un montón por haberme encaminado hacia la tienda de comestibles antes que a casa, pero sabía que si me encerraba no iba a volver a salir en todo el día.

En el colmado llené a toda prisa una cesta con comida que no necesitara refrigeración, latas de refrescos y agua. El chico dudó cuando le pregunté por el alcohol, pero se relajó cuando el di el nombre de Adil, aunque no me acordaba del nombre del restaurante. La canción que sonaba de fondo era Salina Salina, de Saad Lamjarred. Con los años había empezado a conocer muy bien la música de Marruecos.

—¡Ah, sí, l'Auberge!

—Eso es. Una botella de Jack Daniels y otra de vodka Moskovskaya, si no tienes estas marcas, pues lo más parecido. Ah, y una bolsa de hielo. Me lo traes todo a esta dirección… Toma, para abrir una cuenta.

Le di trescientos dirhams.

—Pasaré a liquidar una vez al mes. Te llamaré por teléfono y me traes lo mismo y algo más que te pediré…

Yusuf me dio la mano y sellamos nuestro trato. Yo estaba sudando a mares, pero no era cuestión de pasarme media hora pinchándome en el jodido baño del colmado, si es que lo había. Lo malo fue que, al cabo de tres o cuatro callejuelas, ya me había desorientado.

—¡Maldita sea!

Apareció un anciano con una chilaba de color azul, pero se metió en un portal antes de poderle preguntar. Caminé varias calles más y de repente me encontraba de nuevo en la explanada rocosa de la playa.

—¡Mierda! ¡Oye! ¡Oye!

El gordinflón estaba todavía en el agua. Salió chorreando y con las tetas bamboleándose, la melena larga pegada a los hombros como si alguien hubiera posado sus dedos sobre ellos. Yo casi no podía hablar.

—¡Oye! ¿Me puedes… acompañar a… a casa? Toma esto…

Le di cincuenta dirhams. Intentó secarse las manos con el bañador, pero estaba empapado, así que los cogió fascinado, con mucha precaución, por una esquina.

En un instante estábamos ante la puerta del riad. Entré en mi casa

dando un portazo tras mi espalda, sin nisiquiera despedirme del chico, renegando por haberme acercado tanto al límite. Cuando cometía esa estupidez los efectos del chute no eran nada placenteros, era como darle un banquete a alguien a punto de morir de inanición. Estuve tirado en el suelo, en medio del salón vacío, desnudo, durante horas, con los trastos de pincharme esparcidos a mi alrededor, escuchando cómo sonaba el móvil.

Más tarde, ya casi al anochecer, creí recordar que había oído que tocaban a la puerta en varias ocasiones. Al abrir me encontré con las bolsas de mi compra y al gordinflón sentado en el suelo, con los ojos llorosos.

—Nadie ha tocado nada de las bolsas... —me dijo—. He estado vigilando… Mi madre quiere hablar contigo.

No le respondí. No tenía ganas de nada. Metí las bolsas hacia adentro a patadas y cerré la puerta. El hielo estaba casi fundido, apenas pude llenar un vaso. En vez del alcohol que había pedido dentro de la bolsa había dos botellas de un brandy de higos llamado *Mahía*.

—¿Pero qué broma es esta?

Joder, me puse furioso, pero no tenía más remedio que beberme aquello. Seguramente Yusuf no había querido arriesgarse en la primera entrega por si yo fuera de la policía o pudiera delatarle. Traficar con marcas internacionales de whisky o de vodka era un delito grave en el país, muy diferente al vino que servían en los restaurantes o a los licores típicos. Al final aquel brebaje de higos no estaba tan malo y la primera botella se me terminó enseguida.

A las ocho en punto del día siguiente mi teléfono empezó a martillearme de nuevo los oídos.

—¿Sí?

Era el de la tienda de muebles. Necesitaba decorar mi casa estilo riad, le dije. Completa. Le enviaría fotos de todas las habitaciones. Y también la cocina. Lo antes posible y no importaba el presupuesto. Estuvo dos minutos sin hablar de la emoción.

—Llama a este número y te harán una transferencia.

Le dí el número de Adam y colgué. Estaba seguro de que no me estafaría porque la promesa de futuros negocios le haría ser comedido en las ganancias. Luego me arrastré de habitación en habitación haciendo fotografías y enviándoselas. Al terminar me arrastré hasta la ducha, pero no tenía jabón ni toallas. Me restregué el cuerpo solo con agua.

A eso del mediodía fui a almorzar a L'Auberge. Adif se deshizo en elogios al verme, ya estaba informado de que había usado sus contactos. Al verle, y mientras me sentaba en la mesa, les escribí sendos mensajes. El primero a Yusuf: “Envíame el jodido Jack Daniels

y el Moskovskaya de una vez, y además gel de ducha y champú, y también lo necesario para el afeitado” y después: “No olvides ropa de cama y varios juegos de toallas para el baño” al de la tienda de muebles.

Adif se plantó a mi lado dudando si traerme la carta o no. Le hice un gesto de negación con la cabeza.

—Algo ligero, muy típico, y dos Coca-colas.

Me trajo una ensalada de falafel, hummus, tzatziki y pimientos asados. Deliciosa, aunque no me la pude terminar, pero se la elogié de verdad.

Mientras esperaba me estuve fijando en la playa, el mar estaba lleno como siempre de figuras que emergían de repente a lomos de las olas, aunque la mayoría de surfers ya estaban saliendo porque llegaban bien pronto por la mañana y llevaban ya varias horas en el agua. Dentro de poco invadirían el restaurante, así que había venido en el momento adecuado.

Pero el que no llegaba a su debido tiempo era mi amigo el gordinflón. De repente vi sus mofletes colorados saliendo de una callejuela, y sus pasos cortos, con los muslos rozándose y el bañador metiéndosele entre las nalgas. Llevaba la tabla de surf. Parecía estar más rota que dos días atrás, le faltaba casi toda la proa. Sin detenerse a observar las olas, como ví que hacían los surfers, se metió en el agua por el centro de la media luna que formaba la playa, el lugar donde parecían más grandes.

—Joder, ¿pero qué hace? Se va a matar… —pensé, de manera involuntaria.

Pero de momento el chico se defendía, al menos se las apañó para avanzar sumergiéndose por debajo de las primeras olas que debían tener el doble de su altura, casi dos metros y medio. Se metía bajo el agua agarrado a la tabla cuando una ola le pasaba por encima y volvía a salir al otro lado. Había recorrido ya unos veinte metros cuando, al parecer, empezó a cansarse y decidió volver, solo que lo hizo por donde había entrado y no por la parte derecha de la playa, que es por donde lo hacían todos, el lugar con menos oleaje. Intentó levantarse cuando una ola le impulsó, pero se cayó enseguida y desapareció entre una nube de espuma.

Joder, yo no soy un buen nadador, nunca lo he sido, así que empecé a mirar a mi alrededor en busca de alguien que estuviera viendo lo mismo que yo, pero no había nadie. Adif se había metido en la cocina, todos los surfers habían salido ya del agua y la única presencia humana eran dos ancianos que regentaban un puesto de pescado en salazón, sentados a la sombra de su toldo.

De pronto el niño emergió entre la espuma. La tabla se había ido y ya estaba en la orilla, pero él no hacía todavía pie. Empezó a debatirse

levantando los brazos cuando otra ola le cayó encima y volvió a desaparecer.

—¡Maldito gordinflón! ¿Me vas a obligar a…?

Vaya dilema. ¿Yo salvando niños? O mejor dicho, ¿yo, Carlos, muriendo ahogado en una playa del desierto perdida de la mano de Dios?

Pues claro… Sí, exactamente eso, parecía que el jodido Destino me dictaba esas palabras textuales: "PUES CLARO…"

Me levanté y empecé a correr hacia la playa, sin saber ni siquiera qué es lo que tenía que hacer. Iba en sandalias, bermudas y camiseta, así que no perdí el tiempo en quitarme la ropa, solo me descalcé antes de entrar en el agua. ¡Joder, estaba helada! Las olas me golpearon como si fueran perdigones de escopeta. En la primera andanada ya estaba bajo el agua. Me golpeé la rodilla derecha con una roca sumergida. Volví a salir y conseguí avanzar mientras me sumergía bajo la siguiente ola, recordando lo que hacía el niño. Al salir casi no hacía pie, pero de pronto un bulto me cayó encima y empezamos a dar vueltas, los dos, zarandeados por una ola enorme que rugía como la boca del infierno.

Es en momentos como esos cuando ves las cosas sucediendo muy despacio.

Me encanta esa sensación. Me ha pasado muchas veces a lo largo de mi vida, casi siempre en medio de un tiroteo.

Recuerdo la cara del gordinflón desdibujada por el espanto, pegada a la mía.

Su aliento en mi nariz, sus jadeos entrecortados.

De repente habíamos vuelto a emerger los dos, abrazados de forma involuntaria. Yo hacía pie y pude sostenerme, aunque la siguiente ola me tumbó como un muñeco de trapo, pero podía mantener la cabeza fuera del agua.

El niño se había agarrado a mí con las piernas y los brazos, como una lapa a la roca en un día de galerna. Parecía que no iba a soltarme nunca más en la vida.

—¡Suéltame, joder! ¡Nos vamos a volver a hundir! —le grité mientras le desasía los dedos entrelazados detrás de mi nuca. Él pesaba unos setenta kilos, casi tanto como yo, y la gravedad empezó a actuar sobre los dos al llegar a la orilla.

—¡Qué me sueltes, te digo!

Por fin lo hizo, cuando empecé a retorcerle los dedos para que se soltara de mi cuello. Le agarré la mano derecha y salimos a la orilla zarandeados por el oleaje, que cada vez era más fuerte.

—¡Arf, arf, arf! ¡Vaya mierda!

Caímos los dos sobre la arena parduzca, derrengados. Yo no encontraba aire para mis pulmones. Parecía que me había aplastado

un camión hormigonera. En cambio el chico se levantó, llorando, y empezó a caminar hacia las callejuelas, pero de repente se dio la vuelta y volvió para recoger la tabla que se bamboleaba a unos metros.

¡Esta sí que me era buena! ¡Le sacaba del agua y el chaval se largaba, sin más, lloriqueando y sin una palabra de agradecimiento! Además, nadie parecía haberse dado cuenta de lo que había pasado, no hubo ningún grito de ayuda, nadie vino corriendo. Todo el mundo estaba ocupado en sus cosas y solo lo sabíamos él y yo. En realidad la escena, vista por un espectador desde tierra, no había sido muy diferente de las que se veían todos los días en aquel lugar: alguien zarandeado por las olas que se sumerge y vuelve a emerger. Nada digno de mención. Y encima el gordito se largaba sin un gracias.

Pero tengo que confesar que, durante unos instantes, me dio pena ese chico o, mejor dicho, tuve un jodido acceso de ternura. Empapado, rebozado en arena y derrotado por completo como un polluelo levantado en el aire por un halcón peregrino y que se ha escurrido de las garras y ha caído de nuevo al suelo.

Aunque al cabo de unos segundos, cuando la ternura desapareció tan rápido como si se hubiese tratado de un relámpago en una noche de Agosto (el símil me gusta porque un relámpago deja de iluminar el cielo, pero puede haber caído en un árbol cuyo tronco empezará a arder lentamente y continuará haciéndolo durante días o semanas, que en realidad fue lo que ocurrió con mis sentimientos por aquel jodido niño gordinflón) volví a pensar en mí mismo y en la forma de levantarme de la arena, porque creí que nunca más podría volver a hacerlo.

—Venga, Carlos, o te levantas ahora mismo o no lo harás nunca, imbécil…

Me conferí fuerzas a mí mismo y logré ponerme de rodillas y, tras varios intentos, me puse de pie y empecé a andar hacia mi casa. No sé cuando tiempo tardé en llegar, pero a mí me parecieron siglos. Hice una parada en el patio del riad para tomar aire y, cuando iba a subir las escaleras, vi que bajaban dos hombres refunfuñando. Al pasar por el primero me detuve un segundo en el rellano y escuché a la madre del niño gritando como la noche anterior y, de fondo, lo que me parecieron ser los lloros del chaval, pero no me paré mucho tiempo. Estaba tan destrozado que ni siquiera me metí el pico del mediodía, solo me tumbé en el suelo del salón a dormir. Hacía años que no me ocurría eso, lo de saltarme un chute.

III

—¡No me jodas! ¿Otra vez?

Tres días más tarde el corazón me dio un vuelco en el pecho al ver que se repetía lo mismo, una escena calcada a la del día del chapuzón obligatorio. Lo único diferente era la música que salía de los altavoces bajo la buganvilla. Esta vez era Ya Lili, de Balti. Yo estaba sentado en mi mesa de L'Auberge y el gordinflón había aparecido y se dirigía hacia las olas con su tabla, aunque en realidad lo que llevaba debajo del brazo no parecía en absoluto una tabla de surf, porque se estaba deshaciendo a pedazos; cuando los chavales la encontraron ya debía llevar mucho tiempo dando tumbos entre las rocas del acantilado.

—Esta vez no pienso ir —pensé, mirando a mi alrededor, pero al cabo de diez minutos ya estaba con el agua hasta el cuello y con su cara pegada a la mía, aunque él no tenía la misma expresión de terror, sino más bien de rabia y de frustración, y su aliento calentandome la mejilla.

—¡Suéltame, joder! ¡No pienso venir más a sacarte! ¿Me has oído?

Tampoco me respondió. Se levantó, recogió lo que quedaba de la tabla del suelo y se alejó hacia su casa con el bañador siseando al rozar entre los muslos y la tela metida entre las nalgas.

Esta vez yo no estaba tan cansado. Después de la paliza del primer día me había pasado veinticuatro horas durmiendo sobre las baldosas del salón, con la extraña sensación de que el cuerpo me pedía una dosis más suave de morfina, aunque después me la metí como siempre; pero en las siguientes me inyecté menos cantidad, y me sentía más espabilado.

Fui tras él. No sé qué me dio, a lo mejor fue un acceso de paternalismo, pero estaba furioso con el chico y tenía ganas de darle una patada en su culo gordo, aunque no pude alcanzarle en la calle porque era más ágil de lo que parecía y ya había llegado al riad.

No estaba seguro del número en qué vivían él y su madre. Toqué con los nudillos en la primera puerta encontré. Me abrió el chico.

—¿Pero estás loco o qué? —le grité, de sopetón, lo que le hizo dar un respingo del sobresalto, pero al mismo tiempo miraba hacia adentro, para ver si salía la madre. El chico se quedó mirando hacia el suelo. Todavía llevaba arenas en las mejillas y el pelo le goteaba.

—¿Estás solo o qué? ¿No está tu madre?

Asintió sin decir nada. Encontré muy raro que nadie hubiera salido a ver porqué había un energúmeno gritando en la puerta.

—¿Puedo hablar con ella?

El chico dudó. A estas alturas yo ya no estaba enfadado, pero el

cansancio que volvía de nuevo a inundar todo mi cuerpo me estaba poniendo de un humor de perros.

—Está bien, chaval… No volveré a sacarte del agua. Si lo que haces es vigilar para meterte cuando yo esté en el restaurante te equivocas…

Pero su expresión de sorpresa indicaba que no hacía eso en absoluto y que yo estaba diciendo sandeces. Me di cuenta de que no iba a poder hablar con su madre si no le empujaba para apartarlo del portal, y no tenía ningunas ganas de hacer eso. Me di la vuelta y me largué de allí, despotricando contra todo.

Es curioso, los motivos por los que uno lleva a cabo algunos de sus actos. A veces son tan intrincados que explicarlos conlleva tanto esfuerzo que solo el mero hecho de pensarlo te sumerge en el agotamiento.

Pero lo intentaré, joder. No tengo nada mejor qué hacer.

1 —Mientras subía hacia mi casa para darme una ducha y sacarme toda la arena y la sal de encima me di cuenta de que algo, un hecho repentino y fortuito, estaba empezando a atarme a aquel chico.

2- Yo no quería atarme a nadie. Había venido precisamente a Taghazout para desengancharme del recuerdo de Tania. No quería amigos, ni colegas, ni vecinos. NA-DIE.

3- Pero la relación ya estaba ahí y no podía hacer retroceder el tiempo y llamar, por ejemplo, a Adif, y decirle que fuera él mismo a sacar al gordinflón del agua el primer día que se metió. Aunque dudo mucho que el dueño del restaurante se lanzara a rescatarlo, por tanto, a estas alturas el chico ya se habría ahogado delante de mis narices.

4- ¿Podría vivir con eso? ¡Joder, Carlos, pues claro que sí! Tenía una colección de muertos a mis espaldas como para formar una fila india que llegara hasta las puertas del cielo donde San Pedro les daba la bienvenida.

El agua empezó a caer desde la alcachofa de la ducha sobre mi cabeza y entonces sucedió algo muy extraño y a lo que daré muchas vueltas el resto de mi maldita vida que esperemos que no dure mucho.

Lo olvidé.

Los cuatro motivos por los que no debía inmiscuirse en las tonterías de aquel niño gordo al que se le había ocurrido empezar a hacer surf el día en que yo almorzaba en el restaurante, su único público.

El agua se llevó esas poderosas razones junto con la arena y las piedrecillas y conchas que llenaban los bolsillos de mis bermudas, que sacudí en el plato de la ducha antes de lanzarlas a un rincón.

Salí del baño con un ataque de amnesia, me puse un Jack Daniel (por fin me lo habían traído del colmado) y estuve viendo durante horas los programas de Al Aoula en la televisión.

Normalmente sobre las siete de la tarde, antes de cenar, me metía un pico, pero no lo hice, sino que me vestí y salí a la calle.

Llevaba una semana en Taghazout y todavía no había salido por la noche. Algunos días pedía la cena a L'Auberge, pero casi siempre se quedaba intacta, así que dejé de hacerlo. No cenaba, solo alcohol y morfina.

Las callejuelas estaban desérticas, pero se oía jolgorio de fiesta en la parte alta del pueblo. Subí hacia allí y pregunté en el colmado a Yusuf donde podía comprar un buen equipo de surf.

—Aquí al lado, amigo —me respondió, como si yo estuviera ciego. Volví la cabeza y, pegado a su tienda, vi un rótulo que ponía "SURF SHOP ANCHOR POINT"—. Pero tú no compras, amigo… Los turistas alquilan por una semana…

—No, quiero comprar —respondí.

La tienda estaba a punto de cerrar. Era un local pequeño atestado de tablas que olía al material de los trajes de neopreno de manera asfixiante. Un olor a salitre y a goma de neumático quemada. Al fondo se divisaba la cabeza de alguien cubierta con una gorra.

—¿Hola?

—¡Sí!

Apareció el chico de la gorra. Era altísimo, de dos metros de altura y delgado como un palillo. El rostro atezado, torturado por el sol y el viento marino. Vestido de surfer, por supuesto. Me tendió la mano con expresión desconcertada.

—Soy Hassan.

—Yo Carlos. Ehh… quiero comprar un equipo para un niño.

—¿Comprar? Mejor alquilar…

—No, no, comprar. El niño es de aquí, vive aquí…

Su expresión se volvió todavía más extraña. Empezó a decirme nombres de niños del pueblo.

—¿Assim? ¿Habib? ¿Reda?

Yo ya me estaba poniendo nervioso.

—¡Joder, no sé cómo se llama! Está gordo, tiene el culo gordo… —separé los brazos con las manos abiertas para demostrar lo gordo que era el chico mientras me estaba arrepintiendo de haber dicho eso y no algo así como que quería una jodida tabla hecha en Taghazout para mi sobrino de España, o algo parecido.

—¡Ahhh, Haidar! —dijo, con alivio.

Así que se llamaba Haidar, que significaba "león". La verdad era que el nombre le pegaba, era muy apropiado.

—Sí, sí, supongo que sí. ¿Qué tienes para él? No importa el precio…

Pero Hassan no iba a ponérmelo tan fácil.

—Haidar no hace surf —me dijo, sonriendo e imitando el mismo gesto que había hecho yo para denotar lo gordo que tenía el culo, hinchando también los carrillos para demostrar también lo gorda que era su cara.

En aquel momento eso me irritó mucho. Esa forma de escarniar al pobre niño que yo mismo había hecho antes. Viéndolo como espectador te dabas cuenta de lo ridículo que resultaba y de cómo envilecía a su autor.

—Sí que hace surf… —respondí—. Está… está empezando, pero necesita buen material y un… curso… ¿Tú haces cursos?

Hassan aumentó más si cabe su grado de sorpresa. Debía pensar que aquella era la noche más rara de su vida.

—Sí, aquí hacemos cursos de surf.

—Vale, esto es un adelanto —le tendí un billete de quinientos dirhams—. Mañana por la mañana llamas a este teléfono y le dices a Adam, el nombre está escrito aquí, a cuánto asciende el material y el curso, da igual lo que valga. Tendrás el dinero en un par de horas. El mejor material y las horas que hagan falta. ¿Sabes dónde vive el chico?

Hassan asintió con la cabeza.

—¿Puedes ir a su casa mañana a buscarle? Dile que es un regalo de alguien que no quiere volver a bañarse con él.

Hassan continuaba asintiendo, estupefacto.

Nos dimos la mano y las llevamos al pecho. Después di media vuelta y, de camino a casa, me metí en una fiesta de surfers. La fiesta no estaba mal. Joder, y yo me sentía muy bien. Creo que nunca me había sentido mejor en mi vida. Era una sensación muy extraña. Las cervezas circulaban y el ambiente era muy relajado bajo las palmeras que se cimbreaban con la brisa marina como zancudas en un lago poco profundo. En un momento dado sonaba Aquarela, de Toquinho e Vinicius De Moraes y, aunque yo no conocía a nadie y ningún círculo se abría para recibirme, me paseé por la terraza ajardinada con la cara levantada hacia la luna llena y, por primera vez en años o, porqué no decirlo, en milenios, disfruté de la vida.

Sí, disfruté de la vida…

Al día siguiente me trajeron los muebles. Estuve esquivando a los montadores, incluido el dueño de la tienda de Agadir, que me buscaba con una servil fascinación para darme las gracias. Le saludé una vez con cara de pocos amigos y me instalé en el suelo de la terraza. Al final la noche anterior estaba tan borracho y tan feliz que no sentí la necesidad de meterme un chute y, al levantarme, empecé a pagarlo. Cuando una persona que ha consumido drogas opiáceas y opioides como la heroína, la morfina, la codeína o la metadona durante un tiempo intenso y prolongado, deja de hacerlo, aparece un amplio rango de síntomas conocidos como síndrome de abstinencia.

¡Ja, ja, ja! ¡Ese era el sermón típico que te ofrecían las clínicas de desintoxicación caras el primer día de tu ingreso! Lo había escuchado bastantes veces antes de salir corriendo. Los efectos, ansiedad,

rinorrea o nariz chorreante, estornudos, lagrimeo, dolores musculares, calambres abdominales, náuseas y vómitos, por ofrecer un listado no demasiado detallado, pasarían perfectamente por una gripe común a los ojos de un neófito, e incluso de un médico si no tuviera la ocasión de ver tus venas agujereadas hasta la saciedad. Pero no es una gripe. Y además está el efecto psicológico. Sientes como si te despellejaran lentamente. Yo lo asocio siempre a la Ling Chi, muerte por mil cortes o muerte de los cien pedazos, una forma de pena de muerte china utilizada hasta principios del siglo XX. Hubo un fraile español al que mataron con este método en Filipinas, allá por el 1700. Pues un síndrome de abstinencia de la morfina es lo más parecida a la Ling Chi, lo puedo jurar, lo he sufrido demasiadas veces. Cuando les dije a los montadores, con mi neceser en la mano y el aspecto de un muerto enterrado hacía veinte años que terminaran de una vez en el baño porque tenía que usarlo enseguida se apartaron indicándome que podía entrar mirando hacia otro lado.

Después de pincharme me tumbé en el suelo y me volví a dormir. En un momento dado creí escuchar de nuevo los gritos de desesperación de la madre de Haidar, pero estaba seguro de que solo eran los desvaríos de un yonqui.

Al salir del baño mi casa estaba a punto para ser estrenada. El resultado me gustó bastante. Los muebles eran de madera envejecida y tratada. Había mesas de hierro con tapa de cerámica, taburetes, pufs y cojines grandes para sentarse, con exóticos colores y estampados rojos y plateados; ah, y muchas alfombras, me gustaban las alfombras, porque tenía una extraña afición a dormir en el suelo.

Eran las cuatro de la tarde. Me metí un pico bastante suave y salí a la calle. Me había olvidado de lo de Haidar y el material de surf, la verdad, pero lo recordé al salir de las callejuelas y darme cuenta de que el día era muy desapacible; el cielo estaba cubierto de nubes bajas y de color grisáceo, lo que convertía la atmósfera en opresiva y muy deprimente. Sin embargo en el mar había mucha actividad. El viento era propicio y levantaba olas constantes de un metro y medio de altura. En medio de ellas se bamboleaban decenas de cuerpos sentados sobre sus tablas, esperando a que llegara la ola adecuada, entonces se disparaba el resorte y el surfer ascendía y volvía a caer de manera vertiginosa; si controlaba sus movimientos y los ejecutaba en el órden correcto se mantenía sobre la tabla y era lanzado a cien por hora mientras su cara reflejaba el éxtasis, que apenas duraba unos segundos, pero si cualquier gesto le desequilibraba desaparecía entre la espuma que lo devoraba como Saturno a sus hijos.

Me senté en mi mesa del restaurante y le pedí a Adif algo ligero. Me trajo una sopa Harira y luego un dulce llamado Chebakia. Después me sirvió lo de siempre, un qáhue, el café árabe con cardamomo, y una

copa de *Mahía* con hielo.

En el momento de llevarme la taza de café a los labios distinguí a Haidar dentro del agua. Se me había olvidado por completo, lo cual es increíble; a lo mejor porque estaba tan poco acostumbrado a las emociones que no conllevaran mi propia autodestrucción o no dirigieran mis pasos por el borde del abismo de la muerte que mi subconsciente creyó que la alegría que había sentido al comprarle el material de surf a aquel niño era algo ilusorio, un sueño en medio de un chute demasiado fuerte de morfina.

Vi su cuerpo sentado sobre una tabla de color rojo y amarillo, preciosa, vestido con una camiseta térmica con franjas verdes, esperando la ola propicia. A su lado estaba Hassan, el de la tienda, con su cuerpo alto y delgado y su cabeza pequeña. Le indicaba algo con el brazo, seguramente el momento adecuado para empezar a remar con los brazos y los pies.

Y de pronto Haidar se tumbó y se dio impulso, justo cuando la ola, antes de formar su cresta, le catapultaba hacia lo más alto.

Me levanté de la silla. Tuve que hacerlo, como si el asiento estuviera de repente al rojo vivo.

Haidar descendía ya sobre la cresta espumosa con un gesto reconcentrado. Era el momento de ponerse de pie. Lo hizo y… desapareció entre la espuma mientras su tabla, esta vez sí, sujeta a su tobillo por el leash, volaba un metro sobre la superficie y volvía a caer.

—¡Toma ya!

Hassan braceaba para ir en su ayuda. Por unos instantes no se divisó la cabeza de Haidar, pero de repente salió del agua y remó hasta su tabla. En la siguiente ola se dejó llevar sin intentar ponerse de pie y los dos llegaron a la orilla con suavidad.

Yo empecé a llorar. De verdad, lo juro. Al salir del agua, chorreando, con la tabla bajo el brazo y el pelo cayéndole sobre los hombros, el bañador surfer, la camiseta térmica… parecía el jodido Keanu Reeves en Le llamaban Bodhi. Hassan le decía algo, felicitándolo. La banda de chiquillos, boquiabiertos, le observaba subida en una de las barcas azules varadas en la playa.

Lloré durante un buen rato. Adif me trajo el segundo café y luego me iría trayendo más copas de *Mahía*.

IV

Era otro día; el sol brillaba de nuevo.

Pero yo continuaba inmerso en una extraña ensoñación.

En resumen, mi vida era demasiado bonita, tanto como lo pueda ser la de un alcohólico impotente adicto a la morfina.

Pero lo era, porque mi rutina diaria consistía en levantarme a las nueve, mucho más pronto de lo habitual, e ir a desayunar a l'Auberge mientras observaba a Haidar cabalgando las olas.

El chico mejoraba, día a día. Conseguía subirse a la tabla en dos de cada cinco intentos. Me encantaba lo que hacía con el pelo cuando sacaba la cabeza del agua, sacudiendo su melena vigorosamente para apartarse los mechones de delante de los ojos. Algunos de los surfers veteranos se acercaban a felicitarle y comentaban las características de su tabla. Yo lloraba, borracho de *Mahía*. Cada vez me hacía menos efecto el jodido licor de higos y las botellas vacías se amontonaban en los cubos de la basura de l'Auberge.

Aquella noche, cuando todo cambió para Haidar y su mundo se dio la vuelta por completo, yo estaba viendo un infame spaghetti western en Almaghribia-tv. Por la tarde había escuchado de nuevo gritar a su madre, y después conversaciones de hombres en el pasillo. Miré a través de la mirilla de la puerta y vi a los mismos dos hombres que encontré en el zaguán el primer día en que saqué a Haidar del agua. Esta vez me fijé un poco más en sus atuendos. Uno de ellos era funcionario del estado, se notaba a la legua, y el otro abogado, vestido con un traje bastante caro de Ermenegildo Zegna. Parecía que ninguno de sus asuntos tenía que ver conmigo, así que lo olvidé, aunque me quedé con sus caras. Tenía la impresión de que necesitaría acordarme de ellas en algún momento.

Más tarde, a eso de las cuatro de la madrugada, me despertaron los erráticos haces de las sirenas de un coche de policía que penetraban en el dormitorio por la celosía de las contraventanas.

—¿Pero qué mierda está pasando?

Salí a la terraza y me asomé, pero fuera lo que fuera lo que hubiera ocurrido no podía divisarlo desde aquel lado del edificio. Tendría que salir al pasillo.

Al abrir la puerta pasaban dos policías hablando entre ellos. Escuché fragmentos de sus frases en árabe: “La cabeza reventada…” “... loca de atar” “... no tienen parientes.” “el juez no contesta al teléfono”. Cuando dejé de oírlos salí al pasillo y me asomé al exterior.

Había un cadáver sobre el pavimento de la calle. Era el de una mujer, aunque desde esa altura y con el desconcertante parpadear de las sirenas no podía distinguir los rasgos de su cara. Pero estaba

muerta, eso seguro. Sus extremidades formaban una especie de esvástica contra el suelo, igual que si hubiera pasado por encima de ella una apisonadora. Miré hacia arriba y vi a un policía con una gorra de plato que observaba hacia abajo desde la azotea. La calle bajaba en pendiente hacia el mar y en la fachada del edificio estaba más hundida que en la parte trasera, así que era como si la mujer hubiera caído desde un sexto piso. Llevaba la cabeza tapada con un pañuelo, como era costumbre, y el carmesí de la prenda se confundía con el tremendo charco de sangre que la rodeaba como al halo de una santa.

—Joder, vaya follón…

—¿La conocía?

De repente tenía a los dos policías a mi lado. Me dieron un buen susto.

—Ehh… No, no… Llevo… llevo aquí solo dos semanas… —balbuceé.

Uno de los hombres sacó una libreta y pasó varias páginas hacia adelante, al estilo de las antiguas series de detectives.

—El hijo de la mujer, Haidar, nos ha dicho que usted es su único pariente…

—¿Qué? ¿Esa es la madre de…? ¡Joder! —Volví a asomarme al vacío para ver el cuerpo diminuto y aplastado. Apenas recordaba el rostro de la mujer aquel primer día, aunque sí sus gritos desesperados que se escuchaban casi a diario en toda la finca.

—¿Es cierto? ¿Es usted su pariente?

La verdad era que estaba conmocionado en ese momento. He visto muchos muertos en mi vida, así que no se trataba del cadáver que formaba una esvástica ahí abajo; era más bien la forma tan repentina de truncar una de las pocas etapas felices que debía haber tenido aquel niño. Aunque yo no pensaba con tanta claridad en esos momentos, de hecho lo que más deseaba del mundo era irme a la cama. Los policías lo notaron, porque el de la libreta la cerró y el otro ya se daba la vuelta para bajar de nuevo al piso de la mujer.

—No… yo… apenas los conozco. Saludé a la mujer el día en que llegué, pero nada más. El chico se habrá equivocado…

El agente se llevó la mano a la visera de su gorra de plato y se despidió de mí con un murmullo. Entré en mi casa y cerré la puerta. Me tumbé en la cama e intenté volver a dormirme, aunque sabía que era imposible, pero lo intenté con todas mis fuerzas. Me daba mucha rabia que el chico hubiera intentado involucrarme en sus problemas. Ya era la segunda vez, o mejor dicho, la tercera, contando con las dos que tuve que lanzarme al agua a rescatarle, que me complicaba la vida, pero esta vez no estaba dispuesto a consentírselo, y menos en una cosa tan jodida…

¡Pero qué tonto soy! Si es que se me puede clasificar de esta forma

tan somera. Imbécil, más bien, estúpido y el nivel puede subir hasta el infinito.

¿Pero cómo se me pudo ocurrir meterme en la cama e intentar ignorarlo? Aquel gordinflón era como una astilla que se te mete bajo la piel, imperceptible al principio, pero tarde o temprano un dolor que nunca termina te obligará a prestarle atención.

La empatía no era la palabra que más me caracterizaba, pero no tuve más remedio que visualizar, de la forma más soslayada posible, pero sintiéndolo en mis carnes, al fin y al cabo, el sufrimiento del chico. ¡Qué mal debía estar pasándolo!

Y los policías ya le estarían diciendo: “El hombre del que nos hablaste dice que no es familia tuya”

—Bueno, Carlos… Ya te han complicado la vida, tío. Viniste aquí a olvidarlo todo y… bueno, qué le vamos a hacer… —murmuré mientras me vestía, aceptando de una vez por todas que el destino estaba echado y que tendría que rebuscar, de nuevo, algún as en mi manga para salir lo más indemne posible de aquello, al menos en el plano emocional.

Al cabo de veinte minutos y dos Jack Daniels con mucho hielo me asomé a la puerta de la casa de Haidar. La entrada me resultaba familiar de aquella vez, cuatro o cinco días atrás, en la que fui para hablar con su madre y echarle la bronca por la inconsciencia de su hijo, pero ella ni siquiera salió a ver quién era. Empezaba a darme cuenta de que la madre del chico debía padecer algún tipo de enfermedad mental, seguramente una fuerte depresión, y me lo confirmó enseguida el estado de la casa. Había un completo desorden, sobre todo con la ropa, tirada por todas partes; y el suelo, lleno de arena que traía Haidar de la playa. Platos sucios encima de la mesa del salón y la cocina atiborrada de vajilla para lavar…

Y allí, sentado en el sofá delante de la televisión apagada, estaba él.

Apreté los labios y me acerqué. Lloraba a lágrima viva, hipando con violencia. Iba vestido con una muda seca de ropa surfera que le hacía parecer mayor, pero no era más que un jodido polluelo que se ha caído del nido al lado de una colonia de gatos asilvestrados.

—Chico… —le puse la mano en un hombro, lo que le hizo dar un respingo del sobresalto. —Lo siento mucho…

Cuando me miró enseguida vi la decepción reflejada en sus ojos. El policía debía haberle dicho que yo no quería saber nada de sus problemas de una forma despiadada, harto ya de aquello y con ganas de terminar el servicio y largarse a casa. Eso debió de haberle arrollado como si lo hubiera hecho un camión de veinte toneladas. Yo me sentía en ese momento como el hermano que ha matado a la mascota preferida del otro nada más que por envidia y ahora se arrepiente. ¿Cómo podía arreglarse eso? ¿Había forma humana? La

cosa estaba difícil.

Haidar volvió a inclinar la cabeza y continuó llorando. Joder, no parecía un niño de nueve o diez años, sino un adulto de cincuenta.

Miré alrededor. Todos los policías eran hombres, y también los sanitarios de la ambulancia, y seguramente el juez y los empleados de la funeraria. Ninguna mujer que pudiera siquiera consolar de una forma especial a aquel niño aterrado. Tampoco había ningún otro vecino. De hecho, en aquel instante me di cuenta de que, al parecer, no había nadie más viviendo en aquel edificio aparte de Haidar, su madre y yo.

Me senté junto a él. El policía que antes me había preguntado si era pariente entró en el salón y se quedó petrificado por la sorpresa durante unos instantes, pero enseguida pareció aliviado por el hecho de que el chico ya no estaba tan solo y desvalido como antes. Yo empecé a frotarme los ojos, que se me cerraban por el cansancio y el alcohol. Había escuchado lo de "el juez no coge el teléfono" e intuía que la espera sería larga.

Y además no tenía nada que decirle a aquel chaval, aunque lo de "chaval" y "chico" eran calificativos demasiado exagerados para él. Era solo un niño de nueve años, o quizá diez, pero era un niño asustado que acababa de perder a su madre y no parecía tener a nadie más que quisiera sentarse a su lado durante horas y horas.

Por mi parte lamentaba no ser de verdad un pariente y tener así algo que decirle. Es que no le conocía en absoluto salvo el episodio del surf, y no es que eso hubiera creado muchos vínculos entre nosotros, al menos para mí; yo solo había vivido aquella aventura con un marcado afán de egoísmo, nada más que eso, la desesperada tentativa de sentirme bien de nuevo, como aquella noche en que le compré la tabla y le apunté a esos cursos. Pero sentirme bien no implicaba a Haidar en persona, solo a su idea, nada más.

—Llora, chico, llora… Tienes que estar bien jodido…

Encontré muy extraño decirle eso de "cálmate", "todo irá bien", "la vida continúa" y el resto de gilipolleces, y no pensaba hacerlo.

De vez en cuando los policías subían, echaban un vistazo y volvían a bajar a la calle para esperar la llegada del juez y su autorización para la retirada del cadáver. En ningún momento me preguntaron porqué yo había dicho que no era pariente si ahora estaba allí sentado, aunque mi actitud no fuera tampoco demasiado afligida. Era evidente que no conocía a la mujer muerta, porque no expresaba ningún tipo de dolor. Yo sabía que tarde o temprano, mañana o pasado, a más tardar, volverían al edificio para observarlo todo desde otro punto de vista y de paso hacerme unas cuantas preguntas. No me importaba, les diría la verdad, lo del rescate del chico y lo de la tienda de surf. Tanto Adif como Hassan lo confirmarían. Todo el mundo estaba contento y

cobrando sus facturas, así que no querrían echarlo a perder.

—Túmbate, estarás mejor…

Hacía frío. Le levanté los pies y le tapé con una colcha de ganchillo que estaba sobre una aparadora. Continuaba llorando, pero esta vez en silencio. La suya debía ser una angustia tan absoluta, tan sin esperanza, tan muda, que mi mente era incapaz de imaginársela. Me senté en el suelo con la espalda apoyada en el respaldo y al cabo de un rato terminé quedándome dormido. Es curioso, duermo muy bien en situaciones de angustia o peligro y muy mal cuando todo transcurre con normalidad. Aquella noche dormí las dos horas más plácidas de mi vida.

Me despertó la llegada del juez cuando el sol ya entraba a raudales en el salón de la casa desvelando miles de partículas de polvo en suspensión que parecían dotar al aire de una condición como de terciopelo. El hombre no me preguntó nada a mí, solamente señaló a Haidar e interrogó al somnoliento policía con la mirada. El otro asintió con la cabeza y eso fue todo. Yo esperaba documentos, trámites o citaciones, pero nada. Había imaginado durante la espera que una de las primeras preguntas que me harían no sería si estaba implicado en el suicidio de la madre del chico, sino qué hacía en Taghazout. Y yo no hacía nada. Supongo que se extrañarían porque debería estar haciendo algo, pero yo no me sentía en absoluto llamado a hacerlo. ¿Por qué tiene uno que hacer cosas? Por fortuna eso no sucedió. Se largaron de allí.

Al cabo de media hora en la que no se oyó ni un murmullo en la calle me levanté y me asomé a la terraza. Ya no estaba la ambulancia, ni los coches de policía, ni siquiera el cadáver de la mujer, solo una mancha carmesí que alguien había tratado de limpiar con agua, pero solo había conseguido agrandarla más todavía.

—Joder, vaya marrón, ¿y ahora qué?

Haidar no se había movido de su sitio, pero no dormía, sino que estaba despierto, lloriqueando exactamente igual que el momento en que me senté en el suelo a esperar.

Los “detalles técnicos”, el entierro, el funeral, las flores… yo no tenía ni idea de eso.

—Chico… Ehh… —me puse a balbucear—. Mira, haremos una cosa. Voy a mi casa y te traeré una medicina. Te la tomarás y a descansar un par de horas, ¿de acuerdo?

No dijo nada, ni siquiera movió la cabeza. Mi intención era ir a buscar una caja de Diazepam que siempre llevaba en mi neceser de pincharme y darle uno o dos para que durmiera la mayor parte del día y, al despertarse, lo peor ya hubiera pasado. Era lo que solía hacer yo cuando me daba una neurosis de las fuertes, dormir, convertirme en una cosa, pero me preocupaba mucho dejarle sin vigilancia aunque

fueran unos minutos. No conocía a esa criatura y no tenía ni idea de cuál iban a ser sus reacciones al encontrarse solo. ¿Y si se lanzaba él también desde la azotea? ¿O salía de allí y se metía en el mar para ahogarse? Desde luego yo no podría correr detrás de él para impedírselo, caería desmayado por el esfuerzo a los diez metros.

—Está bien, vas a venir conmigo a mi casa, al menos hoy y un par de días más, hasta que pase todo esto, ¿de acuerdo?

Sin respuesta.

—Coge lo que necesites, ropa, cepillo de dientes… Anda, chico…

Le agarré suavemente del brazo para conminarle a que se levantara, pero se revolvió con furia al notar el contacto de mis dedos. Vale, ni siquiera podía tocarle, el problema era peliagudo.

—Oye, yo no soy psicólogo ni nada de eso, pero se que estás hecho un lío. Los adultos a veces hacemos cosas extrañas que no tienen sentido. No intentes entenderlo porque no se puede, solo tienes que ponerte en la cabeza que nada de lo que ha pasado ha sido culpa tuya. Y tampoco hubieras podido evitarlo aunque quisieras. Tu mamá no estaba triste por tu culpa, eso es lo más importante. Tú solo eres un niño y los niños no pueden arreglar los problemas de los mayores…

La verdad era que la perorata no me estaba saliendo nada mal, aunque una licenciada en psicología infantil a lo mejor se llevaría las manos a la cabeza al oírla.

Intenté de nuevo ayudarle a levantarse con la mano en su brazo y esta vez no la rechazó como antes. Empezaba a hacer mucho calor en aquel salón tan falto de una buena limpieza. Al parecer la madre de Haidar había descuidado por completo las tareas de la casa por culpa de la depresión.

Se levantó y caminó conmigo hacia la puerta sin hacer amago de querer recoger nada del baño. Ya vendría yo después, cuando le hubiera hecho efecto el Diazepam, o si no llamaría a Yusuf para que me trajeran artículos de higiene.

Mientras caminábamos a paso de tortuga por el pasillo me fijé en que los dos hombres del día anterior, el funcionario y el abogado, hablaban en el patio del riad, junto a la fuente sin agua, con grandes aspavientos. Me hubiera encantado oír lo que decían, pero desde aquella distancia era imposible. Algo me decía que tarde o temprano aquellos dos iban a cruzarse en mi camino.

Llegamos a mi puerta. Debían ser las diez de la mañana y el sol entraba a raudales, pero eran rayos de tonalidades lúgubres, en forma de un *scherzo* macabro.

—Espera, ven… túmbate en la cama. ¿Tienes que ir al baño? Te prepararé un vaso de leche caliente.

Rebusqué en los armarios. No había leche. Saqué rápidamente el teléfono para llamar al colmado, pero Haidar ya salía e iba a sentarse

en el sofá; tuve que reaccionar con rapidez para conseguir encaminarle hacia uno de los dormitorios vacíos. Por suerte los montadores habían hecho también las camas y solo tuve que abrir las sábanas y empujarle suavemente para que se acostara. Estaba sin fuerzas, parecía una marioneta sin tutor. Era increíble que fuera el mismo niño que la mañana del día anterior se levantaba sobre la tabla de surf mimetizándose con el oleaje. Pero la apariencia exterior llevaba a engaño, por dentro debía tener los nervios tensados, al borde de una ruptura, como la cuerda de un arco combado hasta el límite.

Fui a por un vaso de agua y le obligué a tomarse dos comprimidos de Diazepam. Cerró los ojos al cabo de diez minutos con una expresión de placidez engañosa en la cara. Al ver que se dormía suspiré con alivio.

—Yusuf, hola, sí… necesito leche y cacao, y alimentos que le gusten a un niño… Yo no lo sé, nunca he alimentado a uno. ¿Tú tienes hijos? Pues tráeme lo que coman los tuyos… Sí, la madre del chico. Sí, él está conmigo ahora, no tiene a nadie más…

Volví al dormitorio y comprobé que Haidar seguía durmiendo profundamente y no tenía visos de despertarse. Aparté la colcha porque hacía calor, los mechones de pelo que le caían sobre los ojos ya estaban mojados de sudor. Entonces pensé que sería interesante echar un vistazo a su casa e intentar averiguar algo más sobre los motivos que habían llevado a su madre a lanzarse aquella noche desde la azotea del edificio. Tenía que darme prisa, no me apetecía nada dejar a ese niño durmiendo solo en una cama extraña.

Subí los escalones deprisa dando vueltas a las llaves en la mano cuando me topé de bruces con la pareja de antes.

Se sorprendieron tanto como yo. El funcionario, sudoroso, llevaba un juego de ganzuas en la mano, ensartadas en un gran aro de metal. Habían intentado forzar la puerta de la casa de Haidar sin conseguirlo y ahora se largaban.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —les espeté, con cara de pocos amigos. El que tenía pinta de abogado y que vestía el mismo traje caro de la anterior ocasión adelantó su mano con una sonrisa fingida, enseñando sus caninos, pero yo no levanté la mía.

—Mi nombre es Omar y trabajo para la Asociación de Sociedades de Gestión y Fondos de Inversión Marroquíes —se presentó, devolviendo la mano a su bolsillo.

Yo desplacé mi mirada desde sus ojos hasta el juego de ganzúas que el otro intentaba ocultar tras su espalda.

—¿Y esa gente para la que trabajas os ha mandado a forzar la puerta de una casa en la que acaba de morir una mujer?

Omar miró al otro furtivamente. Ahora él también se había puesto a sudar.

—Bueno, en realidad la casa, y todo el edificio, pertenece ya a la Sociedad de Gestión. La señora Abdel Hamed no pagaba el alquiler desde hacía seis meses y tenía que haber dejado la casa desde hace tiempo…

Empezaba a enfurecerme y a entenderlo todo.

—Vale, así que vosotros la habéis estado presionando hasta que ella no pudo más…

Los hombres se miraron, dubitativos, ahora sin ningún disimulo.

—De todas formas la propiedad ya es nuestra, y el edificio entero. La Sociedad de Gestión tiene planes para este edificio en ruinas…

Me eché a reír.

—¿El edificio? De eso nada, yo acabo de comprar el segundo primera.

El abogado abrió los ojos como platos.

—¡Eso es imposible! Tenemos las escrituras de todos los inmuebles de este lugar.

Maldita sea, ya no aguantaba más. Había empezado a recrear dentro de mi cabeza la escena de aquellos dos desgraciados advirtiéndole a la madre de Haidar que tenía que dejar la casa al día siguiente. Ella, seguramente sin tener dinero ni un lugar donde meterse y con una depresión de caballo, rogándoles que le dieran más tiempo; el abogado entornando los ojillos y amenazándola con el dedo: “O te vas de aquí mañana o cambiamos la cerradura con todas tus cosas dentro”

—Esperadme un segundo, que voy a por mis documentos de propiedad… —les dije, dándome la vuelta. El abogado gritó: “¡No necesitamos ver sus documentos!”, pero no le hice caso. Entré en mi casa, abrí mi maleta y saqué la pistola que más me gustaba últimamente, una Colt semiautomática del .45 con silenciador. Volví al pasillo y les disparé a cada uno un tiro en la cabeza.

V

Me encanta la munición del .45. En realidad el cartucho .45 tiene su origen en las amargas experiencias del Ejército estadounidense en Filipinas, donde los revólveres del .38 Corto muchas veces no eran capaces de detener de un disparo a un atacante decidido y, a menudo, bajo los efectos de alguna droga. Debido a esto, se tuvieron que reutilizar los viejos revólveres "del oeste" que disparaban el .45 Col.

Es una munición sucia, tengo que admitirlo, sobre todo para ser usada en el corredor de un edificio, y eso que hubo suerte y gran parte de los sesos de los dos hombres salieron volando sobre la pared de un medio y medio de altura y cayeron a la calle, en el mismo lugar donde había reventado la cabeza de la pobre madre del niño que dormía en mi casa. Así que se confundirían con ellos. La misma vecina volvería a echar un cubo de agua y los perros se llevarían lo que quedara.

Tuve que darme prisa para quitarme la camiseta y las bermudas y, desnudo, vendar las cabezas de los dos hombres para evitar que siguiera saliendo sangre y luego costara tres veces más limpiar el pasillo.

Después los arrastré hasta mi casa y los envolví con la alfombra del salón.

Eso me dejó agotado. Llamé de nuevo a Yusuf.

—Mete en el pedido diez botellas de lejía.

Y luego a la tienda de decoración de Agadir.

—Necesito un congelador grande. Si puede ser para hoy mismo. Que se pueda cerrar con un candado, y compradme también un candado. ¿En cinco horas? De acuerdo.

Esperé ansioso a que llegara el chico del colmado y, cuando se hubo ido, vertí las diez botellas de lejía en las paredes y el suelo del pasillo para borrar todo rastro de sangre.

Después me metí un chute glorioso.

Vale, vamos con las clases teóricas:

1- La manera de explicarle a un niño la muerte de sus padres dependerá fundamentalmente de la edad del niño. Cuando tenemos dudas, una declaración sincera como: "Sencillamente no conozco la respuesta a esa pregunta", puede ser más reconfortante que una explicación en la que realmente no creemos o que no es cierta y que pudiera generar confusión.

2- Hay que ser muy sincero. La sinceridad es explicar la verdad sin necesidad de enmascararla con eufemismos que no ayudan a entender lo que se quiere decir.

3- No agobiar. El razonamiento de los niños es rápido y no se

complican demasiado.

Pasé el resto de la tarde apoltronado en el sofá viendo en Assadissa TV la ceremonia de clausura de la feria marroquí en el Centro Nacional de Exposiciones de Abu Dhabi, en los Emiratos Árabes Unidos. Haidar seguía durmiendo, aunque en las últimas dos horas se revolvió mucho en la cama. Yo tenía el volumen de la tele muy bajo y cada vez que oía el siseo de las sábanas o el crujido de los muelles del colchón iba a mirar qué ocurría.

A las siete trajeron el arcón congelador. Lo hice poner en la terraza y lo enchufé inmediatamente. En cuanto se fueron los transportistas metí con mucho esfuerzo los dos cuerpos dentro. Ya se habían puesto rígidos y no paraban de soltar ventosidades al moverlos. Siempre he odiado tocar a los muertos, pero hay veces en las que uno no puede evitarlo por mucho que lo desee. Aquella era una de ellas.

Tuve que subir al arcón y dar saltos sobre cuerpos para lograr que se encorvaran y cupieran los dos. Luego eché cubos de agua hasta cubrirlos por completo para que formara un bloque sólido y opaco, por si alguien abría el arcón. Desde arriba solo se vería una superficie de color blanco, como si fuera un glaciar.

La operación me dejó de nuevo agotado y sin ganas de nada, pero llegaba el momento en que el chico se despertara. Fue cerrar el candado del arcón y lanzar las llave sobre uno de los muebles de la cocina para que se quedaran ahí un tiempo indefinido y aparecer Haidar en el salón, con los ojos legañosos y los hombros inclinados hacia abajo, como si la gravedad hubiera doblado su efecto sobre el planeta en los últimos cinco minutos.

—Hola, ¿cómo estás?

No respondió, por supuesto. De hecho no hablaría durante los próximos dos días.

—¿Quieres un vaso de leche con cacao y galletas? Siéntate, te lo preparo.

Lo hizo. Se sentó con las manos sobre las rodillas, mirando al suelo. Suspiré de alivio mientras llenaba un vaso de leche, porque parecía haber pasado lo peor, pero qué va. De repente, cuando me acercaba con la bandeja, empezó a sollozar ruidosamente.

—Oh, no, chaval. Tranquilo…

Ya había soltado la primera gilipollez, mira por donde. Intenté enmendarlo, sentándome a su lado y apretándole el hombro contra mi pecho.

—Sí, venga, llora… llora todo lo que te haga falta… tienes todo el derecho del mundo, al fin y al cabo…

No se resistió a mi abrazo. Todo su cuerpo se convulsionaba por el llanto. Tenía que esperar y ser la persona más paciente del mundo con ese niño, seguir su propio ritmo, y no el mío, aunque enseguida

comprendí, y aún no sé si es algo que me dignifica o me denigra, que su concepto del paso del tiempo era muy similar al mío por no decir idéntico porque, al fin y al cabo, y si he de ser sincero, nunca he sabido muy bien qué hacer con el tiempo. ¿Cómo utiliza uno el tiempo? ¿Cómo es posible gastar un año entero contemplando el mundo pasar ante tus ojos sin obtener el más mínimo resultado? No me importaba, a pesar de hacerme esa pregunta me traía sin cuidado, de ahí la semblanza con el concepto que debía tener un niño de nueve años del transcurrir de los días, las semanas, los meses…

Me estaba entrando mucho sueño y no podía pensar bien, pero empezó a rondarme una idea en la cabeza: ¿y si le enseñaba el producto de mi propia venganza contra los que habían influido en que su madre se suicidara? Ven, Haidar, le dije, vas a ver algo. Nos levantamos y fuimos hacia la terraza, donde estaba el arcón. ¿Te acuerdas de estos dos? Abrí la tapa, metí la mano en el agua helada y levanté la cabeza del abogado por el pelo mientras ejecutaba una carcajada de satisfacción. Pero la reacción del niño no fue la que yo esperaba. En vez de alegrarse y agradecérmelo, abrió los ojos con un gesto de horror y empezó a gritar hacia la calle palabras que no entendía. ¡Cállate! le grité. ¡He dicho que te calles! Me asomé sobre la barandilla y vi que la callejuela estaba llena de gente y que muchas personas, al escuchar los gritos del niño, empezaban a correr hacia mi casa.¡Cállate! ¡Cómo no te calles te meto a tí ahí dentro!

¡No! De repente me desperté, sobresaltado. Haidar separó su cabeza de mi hombro (no me había dado cuenta cuando la había apoyado) y me miró con un gesto de extrañeza. Me había quedado dormido y estaba soñando. ¡Pfiuuu! ¡Menos mal! La escena me había dejado petrificado, con un resquemor en el estómago que empezaba a provocarme una dolorosa quemazón.

—Bufff… Me he quedado… dormido ¿no? Lo siento, estoy… bastante cansado…

Estaba cansado y al mismo tiempo me daba una vergüenza terrible haberme quedado dormido cuando se suponía que yo era el adulto que velaba por el llanto del niño.

—Oye, Haidar… ¿entiendes lo que ha pasado? Con tu madre, quiero decir… Nadie te lo habrá dicho directamente todavía pero… ¿entiendes que tu mamá se ha muerto?

¡Por Dios! ¿Era así? ¿La forma correcta de hablarle a un niño sobre la muerte que recomendaban los psicólogos? Fuera como fuera era horrible.

Por supuesto no contestó, aunque su silencio contenía una afirmación, lo sabíamos los dos.

—Venga, tómate la leche…

Por suerte había acertado con lo de pedirle a Yussuf que me enviara

lo mismo que desayunaban sus hijos. Haidar empezó a romper galletas dentro de la leche con cacao y a comérselas con una lentitud maquinal y la mirada fija en la televisión. Estuvimos viendo programas insulsos en diferentes cadenas hasta que se hizo de noche.

—Oye, Haidar… antes dijiste a los policías que yo era tu pariente. Ehhh… ¿y tu papá?

Silencio.

—¿Tienes primos, o algún tío?

Nada.

—Bueeeeno… —Crucé las manos detrás de mi nuca, mirando al techo—. ¡Habrá que cenar! ¿Quieres una pizza?

Esta vez respondió afirmando con la cabeza, aunque sin mirarme en ningún momento.

Me levanté y llamé a l'Auberge.

—Adif… Buenas, sí, ¿puedes enviarme dos pizzas? Una es para un niño, sí, es Haidar. Sí, sí, está conmigo… Sí, saltó desde la azotea esta noche. Ah, y también trae algún postre. No sé, el que le gustaría a tus sobrinos…

La cena llegaría en media hora. En todo Taghazout ya sabían lo de la madre de Hadir y que yo le había acogido en mi casa. Seguro que al día siguiente vendría la policía para hacerme una visita y que al cabo de varios días volverían para preguntarme sobre dos hombres desaparecidos que habían sido vistos por última vez dirigiéndose hacia aquel edificio. Para entonces ya tenía que haber planeado una estrategia, aunque en realidad nunca planeo nada y, como siempre, estaba totalmente seguro de eso, improvisaría algo para salir del paso.

De momento llamé a Adam para preguntarle sobre el tema de la compra de mi casa. Le había estado dando vueltas mientras veíamos la tele a las palabras del abogado: "Todo el edificio es propiedad de la Sociedad de Gestión".

—Adam… Hola, ¿cómo estás…? Sí, bien, aquí en Taghazout. Oye, me ha dicho un vecino que…

Le conté una estrafalaria historia sin disimular que me la estaba inventado. Eso le puso en alerta, y precisamente esa era mi intención, desentrañar el tono de su sorpresa, si era espontánea o fingida. De momento me pareció más lo primero que lo segundo.

—Compré el inmueble a la *Agence Immobilière d'Agadir*. Es de una familia de origen sirio —me explicó. —Su notario es Abdallah Marrash, y la dirección en Agadir es *18 Immeuble M2, rue hôtel de ville*.

Adam pronunciaba estupendamente el francés, de hecho creo que su madre era de la región de Auvernia, de un pueblo cerca de Vichy.

—Vincent le dio el visto bueno a la operación —continuó. Vincent Van der Veken era el asesor inmobiliario de la SICAV con sede en Brasschaat, Bélgica, que gestionaba mi dinero.

—Está bien, puede ser un malentendido, pero compruébalo otra vez. Y busca información sobre esa Sociedad de Gestión.

—Te llamo en una hora, máximo dos… —respondió, solícito.

Colgué el teléfono y observé a Haidar, pero enseguida aparté la vista. Maldita sea, cada vez que le miraba la quemazón de mi estómago me obligaba a encogerme de dolor. Vale, sí, eran nervios. Tener a aquel chico sentado en el sofá de mi casa me ponía histérico. ¡Yo solo sabía cuidarme de mí mismo! Y pasar de eso a estar a punto de celebrar en mi casa una noche de chicos era demasiado para mi estabilidad emocional.

Intenté tranquilizarme con un par de chupitos de Moskovskaya recién sacado del congelador. Llegaron las pizzas. Haidar empezó a devorar la suya viendo la televisión, y después de terminársela miró la mía de reojo, a la que yo solo le había quitado un trozo.

—Toma, para tí…

Se terminó la mía en un santiamén.

—También hay postre… Vamos a ver…

En la bolsa había una bandeja de pastelillos Baqlawa. Empezó a comérselos con un gesto de placer que me alivió un montón.

—Oye —le dije, aprovechando la ocasión—. Te vas a quedar a dormir aquí esta noche, ¿te parece bien? —Él asintió con la cabeza, aunque sin mirarme directamente a los ojos—. De todas formas en tu casa no hay nadie, y no quiero que te quedes solo… —añadí, pero enseguida me arrepentí de haberlo hecho. La expresión de Haidar se había oscurecido al oír aquello, y había dejado el último pastelillo que estaba a punto de llevarse a la boca de nuevo en la bandeja. ¡Qué difícil resultaba tratar con una persona con la que tenías que sopesar todas y cada una de tus palabras! No estaba en absoluto acostumbrado a eso. Durante un instante me irrité y le miré con los labios fruncidos y los dientes apretados, aunque por suerte él no se dio cuenta; pero enseguida se me pasó, como por arte de magia. Era el efecto insoslayable de algo que no logré percibir hasta mucho más tarde; el embrión de un sentimiento que nada en el mundo podía evitar que se extendiera por mi organismo: empezaba a querer a ese chico.

De verdad, empezaba a quererle.

—Escúcha, yo… No tengo hijos, ¿sabes? Y no sé cómo se habla con los niños. Tendrás que decirme tú las cosas que te gustan, porque yo no las puedo adivinar. No tengo ninguna prisa, tómate el tiempo que te haga falta. Y si quieres llorar, hazlo cuando quieras, hazlo delante de mí, nunca voy a reírme de ti cuando llores por tu madre, porque yo haría lo mismo… ¿de acuerdo?

Igual que haría durante los dos días siguientes, me contestó moviendo solo la cabeza, de una manera casi imperceptible.

Por mi parte estaba orgulloso de mis últimas palabras, pero a la vez

sentía que desprendían una peste a cinismo tan intensa que debía poderse oler hasta en el último rincón del planeta. Yo, Carlos, que había provocado tantas lágrimas en hijas, esposas y padres que se podrían haber llenado piscinas, ahora me volvía un benefactor e intentaba convertirme en el sustituto de una madre que no volvería a abrir más los ojos. ¿Cómo se podía caer tan bajo? Pero por otro lado, ¿qué podía hacer? ¿Salir por la puerta y marcharme de Taghazout hacia algún otro lugar, lo más lejano posible, para continuar con mi vida como si nada hubiera ocurrido? La verdad es que lo sopesé durante unos instante mientras me inyectaba la dosis de morfina de antes de dormir, asqueado todavía por el discursito que le había soltado a Haidar, pero la imagen de aquel niño sentado en el sofá con un pastelillo Baqlawa en la mano, antes dos cajas vacías de pizza, me perseguiría durante toda la existencia si salía en ese momento de aquella casa. Vivía apartando fantasmas, eso era cierto, pero estaba convencido de que aquel no podría encerrarlo en un armario. Saldría cada noche para aterrorizarme.

Esa noche el pico me estaba amodorrando un montón, pero en medio de la niebla que inundaba mi cerebro empecé a tener la impresión de que estaba dejándome un cabo suelto… y no lograba saber de qué demonios se trataba.

Antes de que mi electroencefalograma se convirtiera en una línea horizontal decidí deshacerme de los cadáveres. A lo mejor eran ellos los hilos de la madeja que no lograba desenredar. Busqué en la agenda de mi móvil y llamé al contacto que había etiquetado como "carnicero".

—¿Rashid? Carlos. Bien, como siempre. Tengo una recogida. Sí, en Taghazout. Que me llamen cuando estén en el pueblo. Es un arcón congelador de unos dos metros. Lleno hasta arriba. Trescientos kilos. Mejor un camión pequeño. Sí, tiene ruedas. Dos tipos bastarán. Llama a Adam. No, no tienes el número, es el 0032 3 288 58 99.

Asunto arreglado. En un par de horas me desharía de los dos fiambres y podría olvidarme de ellos. No sabía qué es lo que hacían con los cuerpos. Creo que la organización de Rashid, que limpiaba la basura de la mafia del Norte de África y de Holanda, tenía granjas de cocodrilos y de esta forma desaparecían cientos de kilos de carne humana todos los años. En realidad a los muertos les daba igual. ¿Qué importaba donde uno yaciera una vez muerto? ¿En el estómago de un reptil o en una torre de mármol en lo alto de una colina? Muerto, uno dormía el sueño eterno y esas cosas no importaban. Dientes afilados y jugos digestivos eran lo mismo que piedra y tierra para uno. Sólo se dormía el sueño eterno, y no importaba el lugar donde uno hubiera muerto o donde fuera a parar.

—¿Tienes que ir a tu casa a buscar algo? —le pregunté a Haidar—.

¿Ropa, o cepillo de dientes?

No respondió. Me senté a su lado a ver la televisión. Había estado cambiando de canal durante cinco minutos, sin parar, pero no encontraba nada que le gustase. Le dije si quería usar mi móvil.

—Tiene internet. Puedes ver vídeos, juegos online… Lo único es que va a llamarme alguien en un rato. Cuando lo hagan me lo pasas enseguida…

Se quedó fascinado cuando empezó a ver vídeos de los youtubers famosos. Fui en busca de los auriculares porque necesitaba tranquilidad, y cuando se los puso me dediqué a mi entretenimiento favorito, que era ver programas insulsos en la televisión, todo lo contrario que él.

—Dime… —al cabo de una hora, más o menos, me llamó Adam. Haidar me pasó el teléfono.

—Nos hemos metido en un lío inmobiliario —me soltó, sin darme ni siquiera las buenas noches—. Pero es un error de Vincent, no mío. La propiedad fue embargada por el Banco Popular de Marruecos hace un año, pero se ve que antes el propietario intentó venderla con un anuncio en el diario Le Matin, que es el que encontré yo en internet…

—Al grano —le conminé—. No me cuentes tus jodidas cagadas durante una hora…

Empezó a hablar más rápido. Adam sabía perfectamente con quien se las gastaba. A pesar de que nuestra relación por teléfono, que se había estado forjando durante los últimos dos años, parecía muy amigable, no se le pasaba por alto quién le había llamado hacía muy poco, Rashid el Carnicero, y para qué eran los quinientos mil euros que se le solicitaban. Adam intuía que esa cantidad no era para comprar chuletas, pero los dos flamantes BMW's y sus casas en Amberes y en Ibiza bien que compensaban el miedo que pasaba hablando conmigo en momentos como ese.

—Está bien. Los bancos se han estado vendiendo el inmueble entre ellos hasta llegar a esa Sociedad de Gestión, que en realidad está controlada por el mayor fondo buitre del mundo: Black Rock. Esta gente recorre el planeta buscando gangas inmobiliarias, vaciando edificios y revendiéndolos, o construyendo complejos de lujo en su lugar. Hicieron mucho daño en España durante la crisis del 2008.

—¿Puedes comprar todo el edificio?

—¿Qué?

—La casa donde vivo yo forma parte de un edificio. Es una especie de Riad venido a menos. Debe haber otras cinco casas, pero me parece que están vacías. Quiero comprarlo todo, acaban de cambiar mis prioridades. Me da igual si tienes que pagar otra vez por la mía, pero quiero joder a ese fondo.

—Black Rock es muy chungo, tío. Estamos hablando del gobierno en

la sombra de los Estados Unidos…

—No me digas que tú y Vincent no podéis comprarles a esa gente un edificio que se cae a pedazos en un maldito desierto de Marruecos. —Ya me estaba empezando a enfadar de verdad. Le dije la frase que sabía que más le dolería—. Entonces, ¿para qué os pago?

Adam titubeó unos instantes. Yo había salido a la terraza y estaba sentado sobre el arcón, que vibraba funcionando a toda máquina, intentando congelar los doscientos litros de agua que había vertido dentro. En el cielo la luna llena dejaba ver sus cráteres de millones de años. Era un cielo menos brillante que Oued Tahadart. En Oued Tahadart sí que podías ver todas y cada una de las constelaciones, incluso la galaxia Andrómeda, el objeto más lejano visible a simple vista, con la misma nitidez que Sirio A.

—Está bien. Dalo por hecho —respondió, al cabo de unos instantes.

Yo había puesto el altavoz, y casi me había olvidado de él, mirando hacia las estrellas. Colgué sin responderle.

Me senté de nuevo en el sofá y le di el móvil a Hadir para que se distrajera. Estuvimos así un par de horas hasta que llamaron los hombres del carnicero. Les di la dirección de mi casa y llegaron en cinco minutos. Eran dos hombres vestidos con chilaba. El congelador tenía ruedas, así que lo sacaron tranquilamente por la puerta y desaparecieron sin una sola palabra, solo el acostumbrado saludo y después la despedida.

—Bueno, chico, ¿no tienes sueño?

Me dijo que sí con su movimiento de cabeza habitual. Yo estaba derrengado, ya eran las tres de la madrugada.

—Vámonos a la cama. Te puedes llevar el móvil si quieres y mirarlo un poco más, no lo necesito esta noche… Ehhh, por las mañanas me levanto tarde. No me esperes, desayuna con tranquilidad, todo está en la cocina. Si quieres salir o ir a tus clases de surf puedes hacerlo, ¿de acuerdo?

Asintió, esta vez con los hombros, y entró en su habitación. Yo me metí en mi cama. Estuve pensando durante mucho tiempo cuál sería la forma correcta de tratar con él, como adulto o como niño, aunque las dudas se disiparon rápido. No creía estar haciéndolo tan mal, al fin y al cabo. Seguiría como ahora y observaría.

Aquella noche la fiesta surfer se celebraba en una casa cercana y la música penetraba en mi habitación, aunque no es que me molestara demasiado; incluso me descubrí tarareando en la duermevela. Por supuesto siempre acababan sonando los Beach Boys en una fiesta surfer, como un tributo al pasado, aunque en realidad los Beach Boys no hicieran surf.

I-I love the colorful clothes she wears
And the way the sunlight plays upon her hair

I hear the sound of a gentle word
On the wind that lifts her perfume through the air
I'm pickin' up good vibrations
She's giving me the excitations

VI

El día naciente había convertido la noche en una sutil humareda cuando me levanté, a eso de las once. Estaba empapado en sudor. El sol azotaba directamente las contraventanas de mi dormitorio hasta mediodía y lo convertía en una sauna. Tenía que plantearme instalar un aire acondicionado o cambiar de habitación.

Ese período, entre que uno se despierta lentamente, toma consciencia de que ha salido del mundo onírico y empieza a notar las sensaciones, placenteras o desagradables, que emite su cuerpo, es el que más me gusta del día desde hace mucho tiempo.

Me gusta reflexionar en ese momento, antes de levantarme, y lo sigo haciendo mientras tomo un café bien cargado y, si algo o alguien no me permite o interrumpe esos instantes de abandono, me pongo furioso y soy capaz de cualquier cosa, (Bien, abro paréntesis… esa personita que ocupa ahora uno de los dormitorios de mi casa se encargará en las próximas semanas de que mis momentos sagrados del día dejen de serlo y pierdan cualquier trascendencia que pudieran haber tenido hasta ahora. Ah, y sus intromisiones dejarán de ponerme furioso simplemente por agotamiento, porque no hay nada ni nadie en el mundo que pueda evitar que un niño de nueve años empiece a hablarte como un descosido al despertarse, sin importarle lo más mínimo que tú tengas sueño o te hayas paseado toda la noche por el salón, estragado por el insomnio), pero esa mañana no tuve ni tiempo de pensar en historias pasadas, en Elena, en aquellos días en la playa de *es Carbó* con la juventud como testigo único de nuestro amor, en mi hija Mackenzie, que apenas conocía, en…

Se escuchaba a alguien hablando sin parar en la televisión del salón.

—¡Maldita sea!

Salí del dormitorio en calzoncillos, hecho una piltrafa, y con un humor de mil demonios.

—¿Pero qué es ese ruido?

Haidar estaba mirando fascinado un video de una famosa youtuber. Resultaba que había descubierto el infinito mundo de los juegos online, los gameplays y los youtubers. Él mismo había aprendido solo a enviar los vídeos del móvil a la televisión.

Al oírme se sobresaltó y dio un respingo en el sofá, buscando el mando a distancia de la tele que se había metido entre los cojines. Durante unos segundos no lo encontraba y puso una cara de terror memorable, casi igual que la misma que tenía al sacarlo del agua el primer día que se metió con aquella tabla destrozada. Delante de él, en la mesa, había una taza, un cartón de leche, un bote de cacao y dos

paquetes de galletas vacíos. Al final encontró el mando a distancia y bajó el volumen de la tele al mínimo. Yo levanté la mano para que se calmara.

—No… no te asustes. Perdona, no estoy acostumbrado a… a que alguien que no sea yo ponga la tele tan alta… ¿Qué estás viendo?

No respondió, señaló la pantalla con un movimiento de barbilla. Era la youtuber Lyna Vallejos con el video "Crea tu propio mapa en Piggy. Nuevo modo de juego en Roblox". Yo no tenía ni idea de lo que se trataba. No sabía que en las próximas semanas las palabras Roblox, Parkour, Adop tme, Tycoon y un sinfín más pasarían a formar parte de mi vocabulario como el que dice "casa" o "coche"

—Puedes ver lo que te apetezca… ¿Quieres que vayamos a tu casa a por algún videojuego, o ropa, o algún juguete?

Negó agitando la cabeza, empecinado, sin apartar la vista de la tele.

—Está bien. Puedes ver lo que quieras, lo único es que necesito el móvil para… Espera, ¿me lo prestas un momento? Solo será un instante…

Llamé a Yussuf, el del colmado. Era el tipo de persona que encuentra lo que sea.

—¿Yussuf? Sí, necesito un teléfono móvil. ¿Puedes…? Sí, no importa la marca, de los mejores, uno libre, le pasaré los datos del mío. Me da igual el dinero, lo que valga. Oye… espera un momento… —Salí a la terraza y cerré la puerta—. La madre de Haidar, ¿puedes enterarte de en qué funeraria está? Supongo que en Agadir. Hazme ese favor y cóbrate las horas que sean necesarias. No sé cómo son los entierros en Marruecos.

Precisamente Yussuf acababa de enterrar a su madre no hacía ni dos meses. Me hizo un resumen de cómo funcionaban los ritos funerarios en el país: El fallecido o fallecida tenía que ser lavado un número impar de veces, una, tres o cinco. Si era una mujer el lavado tenía que hacerlo un grupo de mujeres y el último baño debía realizarse con perfume o almizcle. Después de esto, se envolvía a la fallecida en tela blanca, y tres días después, era enterrada. El mismo día de su entierro se realizaba una oración con la familia en una mezquita, basada en cantos y rezos del Corán. Los amigos y conocidos solían llevar comida u obsequios a los familiares como muestra de respeto y apoyo.

—Está bien… —Se me acababa de ocurrir una idea—. Yussuf, no quiero que Hadir piense que su madre era una mala persona, sino al contrario. Necesito que organices todo el entierro sin reparar en gastos, todo lo mejor. Mira, te ganarás diez mil dirhams si todo sale bien, ¿te parece suficiente? —Oí con claridad cómo tragaba saliva de la impresión—. Supongo que la mujer no tenía un lugar de enterramiento en el cementerio, a ver si hay tiempo de comprar uno, o si no alquila uno de los mejor situados hasta que se la pueda trasladar

al definitivo. Todos los gastos a la tarjeta que te dio Adam.

Yussuf dijo con la voz engolada que se pondría enseguida a trabajar. Colgué el teléfono, pero llamé de nuevo, porque se me había ocurrido una cosa más.

—Yussuf, para el día del entierro vamos a invitar a los vecinos del pueblo a ir con un autocar a Agadir. Págales si hace falta. Encárgate de organizar el traslado. Da igual el número de gente, los que sean, y que todos traigan un obsequio, que después podrán quedarse, lo único que quiero es que el chico crea que su madre era muy querida en el pueblo, ¿de acuerdo?

Al colgar estaba extenuado, pero una corriente de optimismo corría por mis venas, aunque no conseguía suplir la necesidad de un chute de morfina. Le di el móvil a Haidar.

—Ahora te traerán un móvil nuevo solo para tí. ¿De acuerdo? Voy a… vestirme. Si llaman a la puerta puedes abrir, debe ser tu regalo.

Abrió unos ojos como platos. Yo ya estaba acostumbrado a que no hablara y ni siquiera esperé una respuesta. Entré en el baño, me senté en el suelo y me metí el pico de la mañana, pero mucho más suave de lo habitual; por algún motivo desconocido notaba que una savia nueva inundaba mi organismo y ocupaba el espacio vacío que antes se encargaba de rellenar el veneno empujado por un maldito émbolo de plástico.

Al salir, al cabo de media hora, Haidar estaba sacando de la caja su nuevo teléfono móvil. Era un IPhone 11 Pro Max con pantalla de 6,5 pulgadas, gigantesca dentro de su mano.

—Vaya, con esa pantalla no te hará casi ni falta enviar los videos a la tele…

Ni siquiera me miró, pero me daba absolutamente igual. Necesitaba urgentemente un café. En el instante en que me metía en la cocina para prepararlo escuché un "gracias" que me sobresaltó, la verdad, porque no lo esperaba. Me quedé petrificado, con el alma en vilo, a punto de llorar.

Nunca olvidaré ese "gracias". No por lo que significara, no porque yo creyera que no lo merecía, sino porque descubrí por primera vez el tono de voz de Haidar. Él me había hablado antes, aquella vez que me lo encontré sentado en el suelo, junto a mi portal, al lado de las bolsas de la compra, pero ni siquiera le había escuchado. Su timbre era muy agudo e infantil, en contraste con su enorme corpachón que, solo por intuición, tenía que haberle proporcionado una voz de barítono. No, hablaba en realidad como una niña, y eso era lo que me emocionó y resultó inolvidable a la vez. Me esperaba mucha más dureza en alguien, aunque tuviera solo nueve años, que acababa de quedarse sin madre de una forma tan dramática. Pero su voz conservaba toda la inocencia que parecía posible encontrar en una persona.

Lloré todo el tiempo mientras esperaba que la cafetera silbara. Sí, puede que estuviera influenciado por la morfina, por supuesto, pero nunca solía emocionarme después de un chute, más bien al contrario, se me secaba el corazón y las entrañas.

Ese día no recibimos la visita de nadie, ni tampoco tuve llamada de Adam. Antes de almorzar convencí a Haidar de que teníamos que ir a recoger algunas cosas suyas a su casa, pero no porque tuviera ganas de que llenara la mía con sus cosas, sino por curiosidad, para observar cómo vivía antes con su madre. Ahora, después de la emoción de la única palabra que le había escuchado en dos días, no me apetecía en absoluto ir allí yo solo; me hubiera sentido como un traidor si lo hubiera hecho.

La casa estaba igual que la última vez que entré. El abogado y el funcionario no habían podido abrir la puerta, a pesar de haberlo intentado, porque alrededor de la cerradura aparecían un sinfín de arañazos, y eso que abrir aquella antiquísima puerta para alguien acostumbrado era un juego de niños.

A Haidar no le sentó muy bien regresar al lugar, porque sus hombros se inclinaron hacia el suelo a la primera bocanada de aire que respiró y empezó a deambular de manera lenta y mecánica por la casa. Al verlo, estuve a punto de decirle que nos fuéramos de allí, pero luego vi que estaba recogiendo ropa con mucha lentitud, incluida una fotografía de su madre y él, sonrientes, en algún lugar cerca del mar. Por lo que pude ver antes de que metiera la fotografía en una mochila escolar la imagen pertenecía a tiempos más felices.

—¿Cómo se llamaba tu madre? —le pregunté. Recordaba algo sobre el proceso de duelo que había leído en alguna parte hacía tiempo. Lo realmente doloroso para alguien que ha perdido a un ser querido es que la gente que le rodea deje de hablar de ella o de él. Eso se hace por decoro, para evitar herir los sentimientos, pero el efecto es el contrario. Constatar que todo el mundo está olvidando a esa persona es lo más doloroso para el que la quería. Parece monstruoso que yo diga eso, pero bien pensado la gente que muere en mis manos no lo hace, precisamente, de una forma anónima, quiero decir que suele salir en los periódicos, y no una, sino varias veces, porque casi siempre hay una investigación policial de por medio; así que los familiares nunca sienten ese olvido tenebroso. Lo dejo ahí, porque nunca logro ascender más en la escala de la empatía y llegar a entender la rabia y el deseo de venganza que deben sentir hacia mí, el fantasma que borró a alguien de sus vidas.

Como me tenía ya acostumbrado, Haidar no respondió a ninguna de mis preguntas. Recorrí las habitaciones mientras él continuaba recogiendo cómics y algunos cuadernos escolares en su dormitorio. La distribución de la casa era idéntica a la mía, aunque esta no había sido

reformada nunca y estaba en un evidente estado de deterioro. Un dormitorio vacío lleno de cajas de cartón tenía todas las paredes enmohecidas por la humedad del suelo. Las cajas, fajadas con adhesivo de color marrón, denotaban que la mujer estaba esperando a que los echaran pronto de aquella vivienda. Con disimulo, entré en el que debía haber sido su dormitorio y observé el contenido de los cajones de la mesita de noche. En uno de ellos había numerosos documentos. Los metí todos en una bolsa de plástico. Aquella tarde les echaría un vistazo y, si fuera necesario, se los enviaría a Adam por mensajería urgente. Mientras lo hacía vi una carta del Banco Popular de Marruecos advirtiendo de una órden de desahucio contra Dúnya Abdel Hamed.

—Así que te llamabas Dúnya… —me dije para mí mismo—. Bueno, Dúnya, al menos esos hombres no volverán a joder a nadie más. Date por vengada en este aspecto…

El dormitorio de Dúnya, al igual que la casa en general, presentaba un aspecto de lamentable abandono. En otro cajón de la mesita encontré varias cajas de medicamentos ISRS, inhibidores selectivos de la recaptación de serotonina: Prozac, Celexa y Paxil. La mujer sufría un gran depresión, aunque, en parte, al ver aquellas cajas, me alegré de que tuviera la idea de lanzarse al vacío y no la de tomarse una sobredosis y que Haidar la hubiera encontrado muerta o agonizando en la cama por la mañana, al extrañarse de que no se levantara. No sabía si el niño había llegado a ver el cuerpo de su madre aplastado contra el suelo de la calle, pero tenía la impresión de que no había sido así, en ese caso debería estar mucho más traumatizado.

—¿Lo tienes todo? Vale, ya podemos irnos…

Mientras recorríamos el pasillo me llamó de nuevo Yusuff con algunos detalles más sobre el entierro de Dúnya.

—El ataúd es de madera, pero cuando va a hacerse el enterramiento se retira, para que el cuerpo quede en contacto con la tierra —me explicó—. Después se coloca una lápida de mármol plana grabada sólo con escritura árabe porque la decoración como esculturas o flores no están bien vistos… —matizaba eso porque yo no era del país, me aclaró—. Una vez que se entierra el cuerpo en un cementerio musulmán se suele visitar la tumba el tercer día y después el día nueve, y otra vez a los cuarenta días…

—De acuerdo. ¿A qué hora hay que estar en la funeraria?

Me respondió que sobre las diez de la mañana. Estaba en la Avenue Mohamed V.

—Muy bien, Yussuf. Nos veremos allí. Pídele a Hassan que también venga, por favor.

Ya estábamos llegando a nuestra puerta.

—¿Sabes qué, Haidar? Mañana le haremos una despedida preciosa a

tu mamá. Se llamaba Dúnya, ¿verdad? Es un nombre muy bonito.

Se quedó petrificado ante la puerta, con su mochila escolar repleta, tanto que no la podía cerrar, agarrada con las dos manos y apoyada sobre su barriga.

—Será en Agadir. Y se me acaba de ocurrir algo… Tú necesitas ropa, y yo también. No puedes presentarte vestido de surfer. ¿Te apetece que nos vayamos a Agadir esta noche? Iremos a cenar y dormiremos en un hotel. Así mañana no habrá que madrugar tanto. ¿Qué te parece?

No respondió, solo bajó la vista hasta el suelo. Yo lo interpreté como un sí.

Le dije que vaciara su mochila y metiera en ella ropa interior y sus cosas de aseo. Yo hice lo mismo con mi bolsa del ejército francés. Estaba de un humor excelente, ni yo mismo me reconocía.

—Bajaremos a la explanada de la playa a buscar un taxi para que nos lleve a Agadir, pero antes almorzaremos. ¿Tienes hambre?

Pues claro que tenía. Yo, en cambio, estaba tan inapetente como siempre; ni siquiera el desacostumbrado optimismo que recorría mi cuerpo lograba que se me abriera el estómago.

Por el camino encontramos a un grupo de surfers que regresaban a sus alojamientos. Algunos reconocieron a Haidar y le saludaron, expresándole sus condolencias. La noticia se había extendido por todo el pueblo. Él no respondía, solo bajaba los ojos hacia el suelo, intimidado, pero a nadie le extrañaba que se comportara de esta manera.

Al llegar a l’Auberge Adif también le dijo unas palabras a Haidar en árabe, con la mano en el pecho. Yo se lo agradecí con la mirada. Pedimos pizza para él, y para mí una ensalada ligera, aunque sabía que la dejaría casi entera. En esos momentos Hassan salía del agua junto a un grupo de franceses que habían contratado un curso. No se acercó, pero al distinguirnos sentados en las mesas levantó la mano hacia nosotros a modo de saludo. Haidar le correspondió levantando a su vez la mano. Me gustó mucho aquel gesto.

Sobre las cuatro entramos en un viejo Peugeot desvencijado que hacía la función de transfer hacia el aeropuerto de Al Massira para los surfers que regresaban a su país. El trayecto a Agadir era de unos treinta minutos. Me quedé dormido al instante, en cambio Haidar miraba el paisaje con mucho interés. Yo solo veía una extensión interminable de costa atlántica, a la izquierda, y pequeñas lomas devoradas por el sol a la derecha, tapizadas de hierbajos resecos. Había estado contemplando este paisaje desértico durante dos años en Oued Tahadart, y ahora que había conseguido escapar de mi destierro eremítico no me apetecía en absoluto regresar a la vida contemplativa, ni aunque fuera solo por media hora.

Me despertó la voz del conductor, un hombre desdentado de unos setenta años. Se había detenido en el paseo ante la playa porque no sabía a dónde ir y Haidar no le contestaba.

—¿Qué? Ah, sí… Espera un segundo.

No me había acordado del hotel. Yo nunca reservaba hoteles por adelantado, pero abrí la aplicación de Booking.com para ver la disponibilidad. Últimamente odiaba los hoteles caros, con sus empleados circunspectos y sus estúpidos cisnes esculpidos con las toallas sobre la cama, pero pensé que a Haidar le gustaría ir a uno.

—Vamos al hotel Khalij- ¿Lo conoces? Está en el Secteur balneaire…

No conocía el trayecto. Me senté en el asiento delantero y fui indicándole la ruta que marcaba el navegador del móvil. Al llegar le pregunté directamente al botones de la entrada.

—Está completo. Vamos al Atlas. Boulevard 20 Aout…

En el hotel Atlas sí que había habitaciones disponibles. Pagué al contado y por anticipado y le dejé al *concierge* el teléfono de Adam para la cuenta de los gastos extra.

—Bueno, primero la ropa y después tú, si quieres, a la piscina…

Nos compramos la ropa para el funeral directamente en la tienda del hotel. A Haidar tenían que arreglarle los bajos del pantalón, pero con una buena propina estarían listos a las nueve del día siguiente.

Después, cuando él vio la piscina gigante puso tal cara de sorpresa por poder bañarse en aquel lugar que el cansancio que yo llevaba acumulado bien valió la pena. Tumbado en una hamaca, a la sombra de una palmera y adormecido por el crujido de sus hojas mecidas por una brisa ligera, con un Jack Daniels en la mano, observé a aquel niño durante horas, extasiado por sus ansias de felicidad e incansable físicamente a pesar de sus veinte kilos de más.

En ese momento creí que lo estaba haciendo bien, sí, y lo sigo pensando, al menos lo hice bien al principio. Después… bueno, yo no puedo ser feliz, así que todos esos recuerdos no dejan de ser espejismos en un pueril intento de encarrilar el río desbocado de la muerte.

Esa noche, acostado en su mullida cama, Haidar me obsequió con un segundo "gracias". Ya he dicho que no esperaba en absoluto su gratitud, ni concebía mis actos deudores de su agradecimiento. Lo hacía… no sé porqué, y aún no logro encontrar una explicación, pero la teoría de una jugada más del cruel destino que parece asediarme desde que nací se abre paso con mucha facilidad cuando pienso en todo aquello.

Habíamos cenado en el restaurante. Haidar se había hinchado a comer en el buffet, tanto que noté las miradas de reproche de las mujeres con niños ricos y esqueléticos que estaban sentadas en las mesas de alrededor. Niñas y niños hastiados de comer ensaladas de

cinco estrellas que miraban a Haidar con una envidia malsana en sus pupilas encendidas. Él devoraba pizzas, hamburguesas y helados. Yo le observaba comer con mi plato vacío y el hielo de mi whisky fundiéndose en el vaso.

Luego nos sentamos en el bar y él se fue a ver un espectáculo infantil en el mini club. Yo me quedé leyendo en el móvil, tomando un Canadian Club. Por suerte en los hoteles internacionales los clientes podían tomar alcohol. Había vuelto a leer desde hacía unas semanas, después de varios años sin hacerlo. En ese momento estaba con una novela corta de Ford Madox Ford llamada El buen soldado. La novela me gustaba, pero estaba escrita en 1915 y, claro, requería de una dosis de entusiasmo extra por su lenguaje anticuado, aunque en algunos aspectos las cosas que decía eran incluso más modernas que ahora. Cuando Haidar regresó del miniclub yo estaba inmerso en un párrafo que me hizo reír, de verdad, me reí unos segundos a carcajadas, lo que hizo que los que estaban sentados a mi lado me miraran de arriba a abajo con disimulo. Decía: "*Muy bien, pongamos que fui yo quien la mató y que se trata de un tema muy penoso. A nadie le gusta pensar que ha matado a una persona. Es lo natural*." ¡Ja, ja, ja! ¡Qué gracia me hizo eso! Los escritores escriben mucho sobre la muerte y el asesinato, en ocasiones de una forma tan certera que parecería que se dedican a esa profesión (la de asesino) de manera habitual.

Cuando ya no pude más con las relamidas frases de Madox Ford me dediqué a algo que me gustaba mucho, la lectura de las vidas de los asesinos confesos. Lo último que había buscado, según rezaba el historial del navegador, era la vida de Johnny Martorano, un asesino a sueldo de la banda Winter Hill, al mando de Whitey bulger. Martorano confesó veinte asesinatos en Boston, pero había que contar que deberían haber sido, al menos, el doble. Al final fue condenado a doce años de prisión. Era muy curioso que circulaba por internet una lista con los nombres de las veinte personas que Martorano confesó haber liquidado. Me imaginé a aquel italiano en su celda releyendo la lista de sus víctimas una y otra vez, sonriente. Muchos criminólogos le consideraban a él y a sus amigos Whitey Bulger y Stephen Flemmi como asesinos en serie, pero el propio Martorano dijo una vez en una entrevista: "Podría ser un gángster, pero no un asesino en serie. Los asesinos en serie nunca se detienen, porque disfrutan. Yo nunca disfruté." También me hizo mucha gracia aquello. Martorano sí que disfrutaba, aunque se empecinara en negarlo, pero su subconsciente le enviaba recompensas que pasaban desapercibidas para sus recuerdos posteriores. Lo sabía porque a mí me pasaba lo mismo. Te gustaba matar, pero no querías reconocerlo, así que lo apartabas en un lugar recóndito de tu mente y el suceso quedaba como algo neutro, sin ningún efecto en tu estado de ánimo. No existe nada en el mundo más

fascinante que el acto de acabar con otra vida humana, más aún si es con tus propias manos. Seas la guardiana de un campo de concentración nazi, un pistolero del salvaje oeste o un matón de un clan mafioso de Boston o, como yo, alguien que no busca a la muerte pero ella se empeña en salir a recibirle… Todos quieren siempre más.

Haidar volvió bostezando de la actuación para los más pequeños en el miniclub. Al parecer se había aburrido bastante.

—Venga, vámonos a dormir.

Subimos a la habitación y al cabo de un rato estábamos acostados, aunque yo tenía los ojos como platos y estuve contemplando la luz de la pantalla de su móvil reflejada en el techo hasta las tres y media, como mínimo.

Por la mañana la escena en el buffet del desayuno resultó calcada de la de la noche anterior. La madre rica y estirada, las niñas con sus zumos naturales y sus tazones de cereales y Haidar con una torre de croissants y donuts de chocolate en el plato. Al final las niñas se rebelaron y las vi comer donuts debajo de la mesa mientras la madre iba a por más zumos detox. Por mi parte un café y media tostada, que apenas pude tragar.

Fuimos a por la ropa. Acostumbrados a bermudas y camisetas holgadas, lo dos nos removíamos inquietos dentro de los pantalones largos y las chaquetas de hilo. Pedí un taxi al *concierge* y a las diez estábamos en la funeraria.

Una vez allí… bueno, todo resultó a pedir de boca. La cara del pobre niño al ver a su madre, amortajada con el rostro descubierto, maquillado de una forma exquisita, dentro de un ataúd de madera noble, en la estancia más lujosa de la funeraria… Las piernas le flaquearon y a duras penas pude sostenerle. Durante unos instantes horribles pensé que me había equivocado por completo al organizar aquello, quizás hubiera sido mejor si hubieran enterrado a la mujer en una tumba desconocida y Haidar no hubiera sabido nunca más nada de ella. Pero por suerte no era así. Me di cuenta por su mirada. Me miró como si supiera que yo había organizado aquello, porque no podía ser real. Tuve que soslayar sus gestos de interrogación porque ya me había puesto a llorar y no quería parecer demasiado blando.

Inmediatamente empezaron a llegar los vecinos de Taghazout, con Yussuf y Hassan al frente, todos llevando paquetes de comida que dejaban sobre una mesa aledaña. Haidar los miraba con la boca abierta. En ese momento tuve otro ataque de remordimientos, porque me sabía mal el engaño; la mayoría de aquella gente no debía conocer a Dúnya Abdel Hamed. Tenía la impresión, aunque no había hablado con nadie de ello y ahora me arrepentía, de que tanto Haidar como su madre no habían vivido siempre en Taghazout, primero porque el niño no se sentía parte de la pandilla de chavales que recorría el

pueblo y porque ninguno de los vecinos que ahora le daban el pésame en una fila india se había acercado al riad para interesarse por él o preguntar sobre los detalles de la muerte de Dúnya. Posiblemente ella llevaba poco tiempo en el pueblo y no se relacionaba con los vecinos debido a su depresión, y por tanto su hijo tampoco.

Las plañideras empezaron su función y la comitiva, ya solo de hombres, se puso en marcha hacia el cementerio. Al llegar ya estaba preparada la fosa. Haidar empezó a llorar en el momento en que traspasamos el arco de la entrada, y yo también; es que ver a aquel niño con su traje nuevo, tan solo, era desconsolador, posiblemente lo más trágico que haya visto nunca, o que recuerde. Ahí de pie, mientras echaba tres puñados de tierra, prometí que velaría por él mientras me quedara vida. Lo prometí muy en serio.

Fue en el taxi de vuelta a Taghazout al día siguiente donde tuvimos nuestra primera conversación. Después de despedirnos de los asistentes regresamos al hotel y, mientras almorzábamos, le dije si le apetecía quedarse un día más. Movió la cabeza para responder que sí y la tarde y la noche transcurrieron exactamente igual que las anteriores, Haidar bañándose, yo bebiendo, Haidar hinchándose de comida en el buffet (la madre de ojos censuradores ya no estaba) y yo bebiendo en vez de cenar; quiso ir de nuevo al miniclub y creo que esta vez le gustó más, aunque no sé qué es lo que hacían allí. Aquella noche le escuché hablar en sueños, cosas ininteligibles, balbuceaba. Estuve sentado al lado de su cama una hora, entre las tres y las cuatro, observándole.

—¿Vas a ser mi papá?

¡Paung! Eso fue como un disparo de mi .45.

—¿Qué?

—¿Ahora eres mi papá?

¡Paung! Directo al corazón, que empezó a palpitarme con fuerza en el pecho.

¡Me había hablado! Llevábamos diez minutos en el taxi y yo estaba empezando a dormirme con la cabeza contra el cristal.

—Ehh… No… Ehh…

—No lo sabes.

—¿Qué?

—¡Qué no lo sabes! —respondió, algo enfurruñado y perdiendo el interés. Sentí que se alejaba de nuevo. Claro, una cosa era prometer algo frente a una fosa excavada en la tierra y otra hacerlo de nuevo ante la mirada ansiosa y escrutadora del objeto de esa promesa. No era lo mismo. Era muy, muy diferente.

—Bueno… —intenté serenarme. Hacía mucho calor en aquel coche y estaba sudando a mares—. ¡Oiga! ¿Puede subir el aire? Mira Haidar, yo… yo no soy tu papá, y eso lo sabes perfectamente… Antes de nada

deberíamos hablar de muchas cosas. No, espera, he empezado mal, joder. Te puedes quedar conmigo todo el tiempo que quieras, si te refieres a eso, pero… claro, no somos familia, y no tengo ni idea de cómo funciona el papeleo en este país.

Aquel niño de nueve o diez años, todavía no estaba seguro, se había mantenido callado durante tres largos días, así que tampoco es que resultara muy extraño lo que sucedió a continuación: su garganta se desbocó, y un chorro de voz de un tono muy agudo empezó a salir por su boca como si fuera una cascada procedente de un deshielo glaciar. Habló y habló, y luego siguió hablando. Qué hacían él y su madre en Taghazout. Cómo habían huido de su padre. Porqué no tenían dinero. El miedo que sentía porque su madre no le decía nunca nada, solo miraba al suelo; esos dos hombres que les dijeron que tenían que irse a la calle en una semana, cómo él, por su cuenta, había empezado a meter sus cosas en cajas de cartón que sacaba del patio trasero del restaurante porque su madre no hacía nada de nada y había escuchado a los hombres decir que todo lo que se quedara dentro de la casa lo iban a perder, y Haidar no quería dejar allí sus cómics preferidos, etcétera, etcétera…

Por mi parte, mientras seguía escuchándole, tuve la sensación, sin mirar a mi alrededor, de que no había nada más en el mundo que ese niño; no había una playa desierta que se desenrollaba a mi derecha, ni unas colinas tapizadas de parduzcos matojos en el lado contrario, y sí, en cambio, un silencio tirante, un silencio que se bebía cualquier sonido salvo la estridente voz de Haidar. Tuve que luchar contra aquella sensación para no ponerme a gritar y provocar, así, que se callara de nuevo. Logré dominarme y escuchar, algo que volvería a hacer muchísimas veces en su compañía.

—...Y quiero ser youtuber. He encontrado un programa para grabar videos, pero no sé cómo poner música. ¿Tú sabes cómo se descargan los videos de Youtube? Y también tengo que hacerme una cuenta de correo. ¿Tú sabes hacerla? Me gustaría tener un ordenador con Minecraft. Mis amigos del colegio tenían Minecraft, pero mamá no quería comprarme ningún ordenador, era demasiado caro. Cuando sea youtuber tendré un millón de suscriptores. ¿Sabes que Manucraft y Tinenca viven juntos? Tinenca ha tenido una hija que se llama Amaya. Ayer estuve jugando un montón a Piggy, pero con el móvil te dejas los dedos, es más fácil con un ordenador. En el hotel ponían videos de youtube y yo les dije que quería uno de Tinenca y se rieron, pero otra niña dijo que tambíen quería ver uno de Tinenca y al final lo pusieron. ¿Sabes que Tinenca compra todo lo que Amaya toca en una tienda de juguetes y se gasta un millón? ¡Un millón! Luego se lo envían a casa y Manucraft se enfada porque le llenan el salón de cajas. El primer video que haré será de una hora y pondré un reto de mil likes. A lo mejor

haré un Gachalife. Lo llamaré "La niña odiada que se convirtió en princesa…"

Llegamos a Taghazout y continuaba hablando. El taxista se rió de buena gana al ver que, mientras le pagaba, de pie junto al vehículo, Haidar pensaba que yo caminaba a su lado y seguía hablando solo, mirándose los pies. Yo también me reí, encogiéndome de hombros, y aceleré el paso.

—Bueno, si quieres, podremos ir otra vez a Agadir la semana que viene y te compramos ese ordenador.

Levantó la mirada y me observó con sus ojos profundos. No sabía si hacerlo o no, pero le puse una mano encima del hombro mientras subíamos las escaleras de nuestra casa. No se apartó.

Estaba girando la llave de la puerta cuando escuché voces en el patio, junto a la fuente polvorienta. Ya estaba ahí la policía en busca del abogado y del funcionario. Se trataba de dos inspectores jóvenes, los dos con bigote y gafas de sol, de tez muy morena. Abrí la puerta e hice pasar a Haidar, yo me entretuve un rato con mi bolsa del ejército francés en la mano, para que tuvieran que preguntarme a la fuerza de dónde venía y así poder explicarles con pelos y señales lo del funeral de la madre del niño.

——Salam Aleikum —les dije, al verlos aparecer en el pasillo.

—Aleikum Salam —respondió uno de ellos, sorprendido. Debían haber investigado en el registro de la propiedad donde, según había dicho el representante de la Sociedad de Gestión, constaba que todo el edificio les pertenecía y sólo había un inmueble con inquilinos.

—¿Vive usted aquí? —preguntó el más alto, quitándose las gafas y enseñándome la placa de la Gendarmería Real de Marruecos.

—Sí, en esta casa —respondí, señalando la puerta con un movimiento de cabeza.

—¿Tiene el piso alquilado?

—Ehhh, sí, a la Sociedad de Gestión.

Eso pareció satisfacerles.

—¿Puede identificarse?

Les enseñé un documento de identidad español a nombre de Miguel Ángel Riera Saavedra y un permiso de residencia con el nuevo formato que duraba hasta diez años del Ministerio de Interior Marroquí, tramitado ex profeso para la Colonia de Españoles residentes en Tánger. Tomaron nota de todos los datos en una libreta.

—¿Le ha visitado alguien de la Sociedad de Gestión en los últimos días?

—No, me mantengo al corriente del pago de alquiler a través del banco, pero hace tres días estuvieron montando una trifulca en casa de la mujer que se tiró desde la azotea.

Los dos jóvenes se miraron con un gesto de sorpresa. Venían de

Rabat, y no tenían ni idea del suicidio de la madre de Haidar. Eso me gustó, más trabajo para ellos, otro cabo de la madeja que deberían desenredar y que les llevaría unas cuantas horas de oficina. Yo no quería ningún tipo de problema con la Gendarmería Real. Podías vivir una vida bastante tranquila si te alejabas de ellos.

—Sí —continué, forzando mi voz para que se notara temblorosa—. Vengo ahora mismo de Agadir, del entierro. Una lástima, lo de esa mujer. No aguantó la idea de que la echaran a la calle y no tener a dónde ir…

El hecho de que siguiera contándoles una historia que les pillaba totalmente desprevenidos no les gustaba nada. Ambos debían estar pensando que tenían que preparar mejor los casos antes de empezar a investigar sobre el terreno.

—¿Recuerda a qué hora fue esa trifulca? —me preguntó el de más atrás, levantando un poco la cabeza.

—Bueno… Ehh… Empecé a escuchar gritos sobre las diez de la mañana, y duraron mucho tiempo. Cuando me asomé a ver qué pasaba vi a dos hombres en el patio, caminando hacia el portal. Ya no se escuchó nada más, pero esa noche la mujer subió a la azotea y se tiró abajo.

De nuevo pusieron caras de circunstancias y se revolvieron incómodos. No veían la hora de llegar a la Central y ponerse a investigar el suicidio de esa mujer, porque seguro que estaba relacionado con las desapariciones, denunciadas por separado por las familias, del funcionario del registro catastral de Agadir y del empleado del Banco Popular de Marruecos.

—Está bien, ¿va a quedarse más tiempo en el pueblo?

—Unas cuantas semanas. Soy el representante de la marca Pukas… ropa de surf. Queremos abrir una tienda y estoy mirando posibilidades.

Todo cuadraba. Había visto esa marca de ropa en la tienda de Hassan y los policías sabían que Taghazout era un destino de surferos.

Se despidieron de mí, pero antes de irse les escuché caminando y hablando en la azotea.

Haidar estaba absorto en el sofá, mirando los videos de su móvil en la tele. Me puse un Jack Daniels y me senté en la terraza. Tenía una vista magnífica del damero de tejados de Taghazout, tachonados de antenas parabólicas y ropa tendida de mil colores distintos. Nunca he sido un apasionado de los paisajes, aunque los reconozco, pero no los admiro. Los paisajes bonitos me aburren, por eso concentré la vista en los pequeños detalles: una mujer que tendía la ropa, otra que cocinaba en un hornillo a la sombra de un toldo, dos hombres charlando y moviendo los brazos con grandes aspavientos, la pandilla de chiquillos del pueblo deambulando entre los acantilados del final de la playa en

busca de tesoros; en fin, escenas de un pueblo marinero de la costa atlántica africana que, lamentablemente, mostraba una evidente fecha de caducidad, el tiempo en que la presión del turismo de surf daría paso a una vorágine constructora cuando los visitantes dejasen de llegar en taxis y lo hiciesen en autobuses.

Pensaba en todo aquello cuando me llamó Adam.

—El asunto está muy complicado —me dijo, sin apenas saludarme. Noté algo extraño en el tono de su voz. —He hablado con la delegada de Black Rock en Rabat, pero no quiere ni oír hablar de vender nada. Se están expandiendo en el país aprovechando la crisis y ya han comprado cuatro mil millones en inmuebles a precios de risa, la mayoría a los bancos; muchos de ellos con inquilinos de dudoso cobro en zonas turísticas que van a revalorizarse hasta un quinientos por cien en una década, según sus previsiones. Así que llegamos tarde, nos han dado un empujón en el maldito juego de la silla.

—¿Y lo mío? ¡Estoy viviendo aquí, Adam! ¿Te acuerdas? ¡Tú compraste esta casa!

Suspiró durante casi medio minuto antes de responder:

—Está en manos del bufete de Isaac Charia, en Rabat. Son muy buenos. Denunciaremos al estafador e intentaremos recuperar el dinero pero…

—Estoy esperando.

—Me temo que tendrás que irte de ahí, Carlos. En definitiva, esa vivienda ya estaba embargada cuando nos la vendieron de forma irregular.

—Tengo que irme de aquí.

—Lo siento mucho.

—¿De cuánto dispongo? ¿Días? ¿Semanas?

—No lo sé. La tía de Black Rock es una hiena y no pude sacarle mucho, pero parece que tienen algún lío con un empleado desaparecido, eso te puede dar algún tiempo. Oye, déjame que te busque otra casa en ese pueblo, si te gusta tanto.

—Hummm… Hummm…

Lo dejé ahí y corté la llamada. Me hervía la sangre en las venas. No por mí, por supuesto; a mí me importaba un pimiento la especulación inmobiliaria y los fondos de inversión internacionales que dejaban en la calle a miles de personas todas las semanas pero… estaba Haidar… y también estaba Dúnya, cuyo cuerpo empezaba a hincharse bajo la tierra. ¿Qué le diría a ese niño cuando tuviéramos que sacar la ropa de su madre de los armarios, y sus fotografías de pequeño, y sus libros del último curso del colegio y sus pijamas de invierno para irnos a vivir a otro lado? Y cuando derribaran el edificio para construir un hotel en su lugar ¿qué le diría?

“No he podido hacer nada para evitar que te jodieran bien jodido, a

tí y a tu madre. Me han vencido. Tenemos que irnos de aquí con el rabo entre las piernas y nuestras cosas en cajas de cartón. La vida es así, Haidar. Has nacido para que te dieran palizas y así va a ser hasta que te mueras...” ¿Eso? ¿Iba a poner esa mierda como excusa?

—¡Ja, ja, ja! —de repente me eché a reír como un descosido—. ¡Ja, ja, ja! ¡Ji, ji, ji! —¡Por supuesto que no le diría eso! ¡Ja, ja, ja! Solo de pensarlo… me moría de la risa. ¿Yo? ¿Decirle a ese niño que no podía hacer nada para vengar su derrota?

Escuché abrirse la puerta de la terraza a mi espalda. Era él, que no había podido resistir la curiosidad al ver que me doblaba sobre mí mismo debido a las carcajadas.

—¿Vendrá hoy a buscarme Hassan? ¿Tengo que ir a clases? —dijo con timidez, sin atreverse a preguntarme directamente porqué me reía.

—¡Ja, ja, ja! No… no lo sé… Ven, ven aquí…

Le atraje hacia mí por un brazo y le senté en mis piernas en un gesto irreflexivo. Buff, pesaba un montón.

—Ji, ji, ji… ¿Has estado alguna vez en Rabat?

La pregunta provocó una reacción en cadena en aquel chiquillo, muy parecida a la escena del taxi cuando regresábamos de Agadir. ¡Sí, él y su madre vivían antes en Rabat! Pero un día…

—Papá estaba siempre enfadado y nos gritaba todo el tiempo. ¡Mamá decía que la quería matar! Me despertó y yo me puse a llorar porque tenía mucho sueño. Mamá había hecho la maleta y solo pude coger los cómics de los X-Men, me los había regalado mi primo Ahmed y son mis preferidos. Yo tenía mucho sueño y me quedé dormido en el coche. Mamá me dijo que íbamos a una casa nueva, pero no me gusta ninguna de las que hemos vivido…

Yo había dejado de reírme. ¡Por Dios, cuánto me recordaba ese niño a mí mismo! Estaba realmente sobrecogido. No le pregunté nada, ni le interrumpí; me di cuenta enseguida de que Haidar tenía una necesidad ineludible de hablar con alguien y de contarle lo que pensaba de todas las cosas que le estaban sucediendo y de las que no entendía ni los motivos ni las consecuencias.

—...No me gustan los niños de aquí. Un día me bajaron los pantalones para ver mi “colita” y se rieron de mí. Mamá me regañó porque me los había bajado y dijo que iba a hablar con las madres, pero si hace eso los niños se enfadarán y me tirarán de las rocas. Me dijeron que me tirarían por el acantilado si se lo contaba a alguien. Una vez mamá no se despertó en dos días. Yo estuve mirando la tele pero me aburría mucho. Me fui a dormir con ella…

VII

Rabat es la capital del Reino de Marruecos. La segunda ciudad más populosa del país tras Casablanca, con unas novecientas mil personas viviendo en su área metropolitana. Desde Taghazout hay unos seiscientos kilómetros, seis horas y pico de trayecto.

Fuimos hasta Agadir en taxi y allí alquilé un vehículo con conductor.

Nos hospedamos en el hotel Jardin Des Roses, más que nada por la excelente piscina y por el minigolf. En realidad el hotel lo eligió Haidar., y a mí me encantó que lo hiciera.

—¿La suite prestige? —me preguntó, divertido, mirando la aplicación de reservas de hotel.

—Lo que quieras, aunque no la reservaremos online —respondí—. No me gusta eso, prefiero hacerlo directamente en la recepción.

—¿Y si ya no quedan? Aquí pone “últimas dos habitaciones disponibles”

—Siempre pone lo mismo, eso es para meterte miedo… —Qué difícil era explicarle a un niño las medidas que tomabas en función de la seguridad. Reservar hoteles en aplicaciones significaba dejar un rastro que podría seguir hasta el perro de tu vecino, aunque lo hicieras con un pasaporte falso.

La suite prestige estaba disponible. Al entrar Haidar se tiró en el sofá y me dijo:

—¿Tú eres rico?

Me reí.

—Se podría decir que sí, pero que conste que me gusta más ser pobre que rico. Si venimos a este sitio es por tí.

—Por mí no hace falta —respondió—. No tienes que gastar tanto. Me puedo bañar en el mar cuando volvamos.

Me desarmaba con sus frases ingenuamente rebuscadas.

—No te preocupes. Te lo mereces. Tú solo pásalo bien y disfruta. Si tú te lo pasas bien yo estoy contento… Oye, ¿te acuerdas de dónde vivíais con tu papá y tu mamá?

—Sí, nuestra dirección era Rue Moulay Youssef, 24. Tercera puerta, sexto piso.

—Ah, muy bien. Tienes buena memoria. ¿Y cómo se llamaba tu papá?

—Como la calle: Youssef. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada, por saberlo. ¿Quieres ir a la piscina? Después de cenar jugaremos al minigolf.

Aquella noche se durmió pronto. Estuvo jugando en la piscina con

una niña de su edad y terminó agotado. Después de echar unas partidas al minigolf pregunté por una niñera en la recepción. Al cabo de una hora tocó a la puerta una chica de unos dieciocho años, muy alta. Haidar ya dormía. Le dije que no sabía el tiempo que iba a tardar y que pidiera lo que quisiera para comer y beber, que lo cargaran a mi cuenta si tardaba demasiado. Luego bajé a la calle, caminé unas manzanas y subí a un taxi.

Primero fui al asunto más importante. Le pedí al taxista que me llevara a una dirección del *quarter* de Takadoum, la Rue de la Mosquée. Me dejó ante un edificio de ladrillo rojo, ahí vivía uno de mis camellos. Toqué en el telefonillo de la entrada pero nadie me respondió. En realidad no me esperaba, yo ni siquiera recordaba su nombre, era un enfermero del Hôpital Cheikh Zayd que lograba sustraer morfina de la farmacia. Yo solo consumía morfina de hospital, aunque a veces me costara mucho encontrar proveedores, pero no había nada que no pudiera comprarse con un buen fajo de billetes. Regresé al taxi y le pedí un trozo de papel y un bolígrafo al hombre, después apreté los interfonos de otros cuatro pisos al azar.

—*Amina vit-elle ici? Je cherche Amina Abdel Fayrouz! Tu peux m'ouvrir?*

Los vecinos escuchaban un guirigay de conversaciones entrecortadas y siempre había alguno que le daba al botón por inercia. Subí por las escaleras hasta el tercero B y, jadeando, garabateé en la nota que necesitaba suministros y que me llamase a mi teléfono, terminando con mi nombre, Carlos. Aquello asustaría bastante al camello, me gustaba hacer eso de vez en cuando para evitar que intentasen colarme morfina de otro tipo comprada a cualquier yonqui de mala muerte, veinte veces más barata que la de hospital, por el mismo precio. Pero no se trataba del precio, si ya me costaba lo indecible cualquier esfuerzo físico como subir tres pisos de escaleras, (antes de poder escribir la nota tuve que esperar diez minutos para recuperar el resuello) qué haría con las venas llenas con cafeína, lactosa y sacarosa, lo que se empleaba para adulterarla.

Al bajar pagué al conductor y luego deambulé un rato por las calles hasta que encontré otro taxi.

—*Rue Moulay Youssef, 24 ans, s'il vous plaît.*

El antiguo hogar de Haidar estaba en un barrio de reminiscencias marineras que expelía un intenso aroma a posidonia descompuesta en cada uno de los poros de sus bloques de cemento y en cada centímetro cuadrado del alquitrán del asfalto de sus sucias calles.

—*Ça va être très tard?* —me preguntó el taxista, chasqueando los labios. Le di un billete de cien dirhams. No me convenía perderlo porque no debía ser nada fácil encontrar un transporte en aquella parte de la ciudad.

—No, una media hora, quizá un poco más.

El hombre refunfuñó, pero asintió con la cabeza, guardándose el dinero y acomodándose en el asiento.

En aquel lugar ni siquiera había telefonillo. La puerta del edificio tenía la cerradura desencajada y se abría sin llave, con un ligero empujón. Golpeé la puerta del primer piso, según me había indicado Haidar.

—*Société de gestion d'actifs immobiliers! Banque populaire!*

En los barrios deprimidos a quién más se teme siempre es a un enviado del banco con una carta de desahucio. Me abrió un hombre de unos treinta y cinco años, vestido a la manera tradicional y con cara de tener un humor de perros.

—*Êtes-vous le mari de Dúnya Abdel Hamed? Le père de Haidar?*

La mención de su mujer y de su hijo huidos le hizo dar un respingo sobre sus pies calzados con babuchas. Fue a decir algo, pero yo ya había sacado mi .45, que llevaba en una funda sujeta al cinturón, en el lado derecho de mi espalda y le disparé dos tiros en la frente. El hombre no cayó de espaldas, sino hacia adelante. A veces sucede. En la dinámica del punto material, la ecuación de movimiento determina la posición futura de un objeto o partícula móvil en función de otras variables como, su velocidad, su aceleración, su masa y cuantas variables le puedan afectar en su movimiento junto con las condiciones iniciales, pero no creo que nunca nadie, desde que han inventado esas espléndidas cosas llamadas proyectiles de fuego, se haya tomado la molestia de formular hacia dónde caerá un cuerpo humano con la frente agujereado por un peso de punta de doscientos treinta grains. Ah, y un boquete en la parte trasera de su cabeza del tamaño de la lente de unas gafas con los bordes repletos de cabellos incrustados y de esquirlas de huesos tan diminutas como pequeñas hormigas.

Todos esos detalles los vi cuando se tambaleó hacia adelante y cayó junto a mí, con el tiempo justo para apartarme unos cincuenta centímetros.

—¡Mierda!

La cabeza había quedado fuera, en el rellano, y ya se estaba formando un charco de sangre. Sin ni siquiera averiguar si había alguien más en el piso, le agarré de los tobillos y tiré del cuerpo que se bamboleaba sobre el suelo hasta meterlo en el interior. Después corrí hacia un sofá y, con dos grandes almohadones, limpié lo mejor que pude la sangre del suelo, al menos que no se viera desde la escalera. Luego dejé los almohadones junto a su cabeza para que el charco carmesí no saliera de nuevo por debajo.

Me largué de allí enseguida. No tenía ningún interés en husmear en el piso. ¿Para qué? Ese maltratador de mujeres ya no haría más daño

en el mundo. Incluso podría haber asesinado a Haidar si, como sucede en muchas ocasiones, la rabia del cobarde se dirige también hacia los seres que más ama la mujer, sus hijos, y acaba también con ellos. Así que había evitado dolor y sufrimiento acabando con la raíz, y eso me alegraba mucho cuando salí de la finca y subí de nuevo al taxi.

—*Avenue Abderrahim Bouabid, Angle avenue Almelia* —le di la nueva dirección al conductor, pero este no arrancó.

—خذ الأمور بسهولة ، فأنا أعمل لدى بنك شعبي وسأقدم إشعارات الإخلاء. يبذل الأشخاص قصارى جهدهم لعدم العثور عليهم وإعطائك الإشعار. لذلك جئت في هذا الوقت. إنه عمل خطير.

(Tranquilo, trabajo para el Banco Popular y estoy entregando notificaciones de desahucios. La gente hace todo lo posible para que no los encuentre y les pueda entregar la notificación. Por eso vengo a estas horas. Es un trabajo peligroso.)

Le hablé en árabe para vencer sus recelos. En aquellas calles sería imposible encontrar otro taxi y tendría que caminar media hora hasta llegar a una parte más céntrica de la ciudad, y eso no me apetecía nada. Pareció funcionar. El hombre arrancó de una vez por todas.

Los servicios financieros de Black Rock en Marruecos los llevaba el Attijariwafa Bank. Me bajé del taxi delante de un edificio de cristales oscuros, de seis pisos de altura. Adam me había enviado la ficha de la delegada de la empresa de inversión estadounidense en el Norte de África, se llamaba Aliyah Bathich. Una mujer de unos cincuenta años vestida, en la fotografía, con un insulso traje sastre de rayas ejecutivas. Tenía su despacho en el cuarto piso.

Despedí al taxista y estuve deambulando un buen rato por la zona, aunque en realidad no me hubiera hecho falta. Me sentía extenuado y añoraba estar tumbado en una cama mullida como un recién nacido el útero materno.

Maté a esa mujer al día siguiente en su despacho, mientras Haidar se bañaba en la piscina vigilado por los animadores del mini club. Rápido y limpio, como quien aplasta un mosquito en el instante en que te está clavando su probóscide en forma de estilete y su abdomen está hinchado con tu sangre. Me grabaron unas veinte cámaras cuando entraba y salía, pero me daba igual.

Por la tarde fuimos a dar una vuelta por la ciudad. Tomamos el tranvía a Salé y luego volvimos atravesando el río en una barquita de remos que pasaba cada poco.

—¿Voy a ir a ver a mi papá? —me preguntó Haidar, durante el trayecto en la barquita.

—No lo tenía pensado, ¿quieres verle? ¿No decías que era malo?

Bajó la cabeza, reflexivo.

—Sí, era malo. No quiero que vayamos a verle.

Antes de regresar al hotel fuimos a un centro comercial para

comprar su ordenador nuevo. Hablamos con un vendedor y dejé que eligiera él mismo, pero en un momento dado volvió a quedarse mudo, como antes, y se alejó de mí y del vendedor con la cabeza gacha, mirándose las sandalias.

—¿Qué te pasa?

—Es que… son muy caros. No quiero que me compres eso tan caro…

Me eché a reír, aliviado. Pensaba que se trataba de otra cosa.

—Olvida lo de si es caro o no es caro, Haidar. Ahora eso no es ningún problema. Las cosas han cambiado. Yo tengo dinero y quiero que te compres lo que te guste, de verdad.

Al final eligió un súper equipo gamer, incluso una silla giratoria que parecía del espacio. Pedimos que nos lo enviaran todo a nuestra dirección de Taghazout.

Al día siguiente visitamos el zoo. Él no paró de tomar helados y refrescos.

—Tendrás que volver a las clases de surf —le comenté, mientras pagaba su cuarto cucurucho—. Te estás poniendo muy gordo.

Como respuesta se empezó a mover la barriga con las manos haciendo el payaso, pero fue tal el vaivén que el helado acabó en el suelo. Nos reímos los dos durante un buen rato, mientras le pedía otro y también uno para mí. Hacía siglos que no tomaba un helado.

¿A qué es absurda?

Esa escena.

¿A qué es cruel? ¿Una pantomima?

Me refiero a la misma escena, la del helado y las risas de un padre y su hijo, como las vería un observador ajeno.

😢😢😢 (Esto me lo enseñó Haidar, lo de los emojis).

No puede ser más horrible. ¿Por qué tenía que hacerle eso a aquel maravilloso niño? A veces he pensado que puedo sufrir el síndrome de Asperger, aunque se trata de un total y absoluto autodiagnóstico. Se suele decir que el estigma sobre la falta de empatía en las personas con Síndrome de Asperger invisibiliza la auténtica sensibilidad de este colectivo. Porque más allá de lo que se pueda creer, sí sienten, sí ven y sí aprecian las emociones ajenas. Teniendo en cuenta esta definición creo que podría encajar en ese síndrome, pero en cambio no en muchas de las otras características, así que, en realidad, no sé cómo soy capaz de, como hice aquel día en el zoológico de Rabat, fingir de esa manera tan real una felicidad que no existe.

Cinismo…

A lo mejor solo soy un neurotípico estúpido y cínico. Quién sabe.

Volvimos de Rabat uno de los escasos días lluviosos del verano. Antes de irnos el camello al que había dejado una nota me trajo la morfina de mejor calidad que se podía encontrar en el país, lo pude

constatar al instante, en los baños del hall del hotel. Al llegar a Taghazout furiosas cascadas de agua embarrada descendían por las callejuelas hacia la pequeña ensenada que formaba la playa, pero los surfers no habían buscado refugio, sino que corrían hacia abajo, descalzos, con sus camisetas térmicas, gritando de emoción. Haidar dijo que le apetecía meterse en el agua. Se cambió rápidamente y bajamos, yo refugiándome de la lluvia bajo los escasos aleros, porque no tenía paraguas. El mar bullía de actividad mientras las cascadas saltaban desde los acantilados tiñendo el agua de un color terroso sobre el que flotaban un sinfín de figuras, esperando la ola perfecta. Me pareció que había más gente de lo acostumbrado dentro del agua.

—Muchos turistas nuevos —me corroboró Adif, una vez que me hube sentado en l'Auberge.

—¿Europeos? ¿Americanos?

—Algunos americanos, sí. De un equipo de televisión. Mira, uno solo está con la cámara.

Miré hacia donde señalaba la mano de Adif y vi a una persona vestida con un traje de neopreno meciéndose al albur de las olas, justo antes de la rompiente, con una cámara en la mano derecha, que mantenía fuera del agua para filmar las evoluciones de los que lograban levantarse sobre sus tablas.

—Buena publicidad —indicó Adif—. Más gente, muchos dirhams…

No dije nada, solo asentí con la cabeza. Haidar se había situado entre los recién llegados, al lado de Hassan, y esperaban pacientemente sobre el agua chocolateada.

Al regresar a casa después de almorzar llegó el ordenador.

—Yo me encargo de montar la silla y tú el equipo, porque de ordenadores no tengo ni idea —le sugerí.

Se encerró en su dormitorio y apenas salió en los dos días siguientes.

—¡Ven a jugar conmigo! —oí que me llamaba al cabo de un par de horas. Estaba jugando al Call of duty Modern Warfare. La verdad es que me dejó impresionado el juego, aunque en el ordenador solo podía jugar uno por partida. Cuando mataban a uno de los dos (a mí en dos segundos) seguía el otro. Fuimos pasando pantallas, ajenos a todo, durante horas y horas.

Para mí esto es una cosa realmente asombrosa…, asombrosa por la luz que proyecta sobre la complejidad de mi carácter, porque yo, conscientemente, no había tenido nunca ni la más mínima idea de desarrollar el papel de padre, nunca se me ocurrió que pudiera suceder. Sí, tengo una hija, pero ni aún así. Ella es algo tan lejano y distante que la considero como una muñeca que estuviera expuesta en la vitrina de una juguetería. En aquellos momentos debía de actuar de una manera muy extraña, como las personas que se recuperan de una anestesia, aunque Haidar ni dijera o hiciera nada para destacar esta

anomalía. Es como si uno tuviera una doble personalidad, una de ellas totalmente desconocida para la otra. Aunque el análisis de mi propia psicología no tiene ninguna importancia, porque es demasiado ruin para ser descrita con palabras. Ya basta.

Empezaron dos semanas… digamos… que las más agradables de mi vida, obviando aquellas que pasé con Elena en los maravillosos arenales de Es Cargol y Es Dolç, en Mallorca, justo antes de que mi destino se cumpliera y casi se llevara su vida por delante.

Haidar salía todas las mañanas para sus clases de surf. El deporte le sentaba de maravilla y fue perdiendo peso, estilizando su porte, el largo pelo se le fue tiñendo de rubio por la acción del sol y la sal del mar. Se hizo muy popular entre la colonia de surfers. Salió en varios canales de televisión especializados, me dijo Hassan, encantado porque su escuela tenía lista de espera, iba a contratar a varios monitores.

Almorzábamos todos los días en l’Auberge, que ya era como nuestra casa. El hecho de que Haidar estuviera siempre por allí empezó a atraer a surfers, que normalmente acudían a los restaurantes de la parte alta del pueblo, donde se celebraban las fiestas.

En cuanto a mí… Era la primera vez que sentía que, al inyectarme mis dosis de morfina, no buscaba única y exclusivamente la autodestrucción, sino aplacar mi síndrome de abstinencia, nada más que eso. Sé que parece lo mismo, pero son dos cosas muy diferentes. No quería morirme en ese momento, buscando las palabras que mejor resuman mi estado de ánimo. Aliviar mi necesidad y continuar junto a aquel niño al que… quería tanto.

¡Sí, le quería! ¡Amaba a ese niño, maldita sea!

Se habían formado en mi interior un conjunto de cosas inexplicables que, en algún momento, estaba convencido, casarían a la perfección. Pero no pensaba entonces en esas cosas, lo recuerdo con toda claridad mientras en el interior de mi mente se reproduce una escena: estaba apoltronado, de manera un tanto rígida, en una de las sillas de l'Auberge, eso es lo que recuerdo de una de aquellas tardes tan calurosas. Y que estaba atardeciendo. El tiempo había cambiado. El viento inmenso, viniendo a través de la espuma de las olas, rugía sobre el toldo de chamizo del restaurante. Pero la vista desde la terraza era perfectamente tranquila y brillante. Nada se movía, con la excepción de la inercia de las olas, primero la elevación, después la caída. Yo, como he dicho, estaba medio tumbado en una silla de esparto, esperando a que me trajeran el café y una copa de coñac. Haidar, de pie junto a mi, hacia girar entre las manos el extremo de un tallo de posidonia que se le había quedado enredado en el pelo. Miró hacia la zona más distante de la media luna que formaba la ensenada de la playa y dijo:

—Casi no recuerdo la cara de mi mamá.

Luego se volvió hacia mí y dijo, sin tratar de forzar su voz tan estridente e infantil ni intentar quitarle hierro al asunto, porque recuerdo con toda exactitud sus palabras:

—¿A que fue una tonta, tirándose desde el tejado?

No soy capaz de explicar la sensación de tiempo disponible que los dos parecíamos tener en aquel momento. No era como si estuviéramos esperando a que me trajeran la copa de coñac y el café, no era como si estuviéramos esperando a que las nubes plomizas dejaran caer lluvias torrenciales sobre aquel lugar perdido de la costa atlántica africana… era exactamente como si no hubiera nada que esperar. Nada en absoluto.

—Elegir tu propia forma de morir no es ninguna tontería, Haidar… —yo intentaba, simplemente, que se diera cuenta de que, si nos poniamos a hablar, tendríamos que hacerlo sobre muchas más cosas de las que eran necesarias—. Tu mamá pensó en tí mucho tiempo antes de eso, seguro; imagínate lo difícil que sería y cuánto debía quererte. No quiero que la recuerdes como una tonta, todo lo contrario, como alguien muy valiente...

—Es como si a mí me dieran miedo las olas y me ahogara a propósito. ¿No sería un tonto?

Adif me trajo el café y la copa. Di un largo trago de coñac antes de seguir hablando.

—Depende de cómo lo mires. Una estupidez sería lanzar piedras a las olas, eso seguro, ahí no te quito la razón… pero ¿enfrentarte a ellas? ¿a lo que más miedo te da? No, en eso no hay tonterías que valgan, eso es ser más valiente que cualquiera. ¿Te confieso una cosa? Yo no sería capaz de hacer lo que hizo ella. ¿Me consideras valiente?

Asintió con la cabeza.

—Pues recuérdalo bien: yo nunca sería tan valiente como para hacer lo mismo, así que imagínate a tu mamá. No era tonta, para nada… es más, creo que ella sabía que tú y yo nos conoceríamos después y que seríamos muy amigos…

Me terminé la copa y la dejé con una fuerza inusitada sobre la mesa. El pie se rompió y me hizo un corte en el dedo del que empezó a manar abundante sangre. Haidar se rió y yo me alegré un montón de oír la vibración de sus carcajadas. Con el dedo envuelto en una servilleta empapada de carmesí empezamos a subir las empinadas callejuelas hasta nuestra casa.

Aquella noche me llamó Adam.

—La… las cosas han cambiado algo, pero muy… muy poco…

Estaba bastante asustado.

—Tranquilízate y ordena tus ideas —le dije, con un tono severo. Respiraba de manera muy profunda. Agudicé el oído por si percibía

otras respiraciones a su alrededor, pero no se escuchaba a nadie más que a él. Si uno tiene el sentido avezado es increíble lo fácil que resulta saber cuántas personas rodean al que te está llamando. Una vez descartado que alguien le estuviera presionando, me di cuenta del punto en el que estábamos Adam y yo. Claro, la muerte se estaba acercando a aquel exitoso abogado, con una familia estupenda, con un cochazo en su plaza de garaje del centro de Amberes y con una fuente de ingresos ilimitada que no le obligaba a vestir una ridícula toga y a relacionarse todos los días con chorizos y drogadictos en un juzgado de guardia.

Pero en ese instante, después de atar cabos durante todo el día (por la mañana había llamado al Attijariwafa Bank y preguntado por la delegada de Black Rock, la señora Bathich, y una compungida secretaria, más compungida si cabe por el hecho de que ella misma había anunciado al asesino con toda la tranquilidad del mundo y le había encontrado un hueco de cinco minutos en la apretada agenda de la señora Bathich, porque el individuo se había presentado como un asesor inmobiliario de la promotora española Nyesa y ella creyó que si forzaba la reunión y su jefe lograba un buen acuerdo sería ascendida en la empresa y, ¿por qué no? ella podría llegar a ser la jefa de secretarias de la delegación de Rabat).

Pero atar cabos no era bueno, y mi abogado se estaba dando cuenta aquella tarde, antes de llamarme, porque la secretaria le había contado, en un acceso de sinceridad, que el representante de la empresa española era en realidad un asesino profesional, según la policía, y le había abierto un agujero en la frente y dos en el pecho, a ambos lados del esternón, a la señora Bathich.

—¿Adam?

—Ehhh… b-bien… Bueno, la s-situación sigue un poco estancada, en vista de lo últimos acontecimientos…

Aquello me puso furioso.

—Oye, te voy a decir una cosa, ¿vale? Has sido tú el que me has llamado, y no quiero llamadas estúpidas como si fuéramos dos adolescentes con la cara llena de granos y la hormonas para reventar. Si tienes algo nuevo sobre la operación de compra de este edificio dímelo, y si no, cuelga de una jodida vez.

Se oyó un click y la llamada se cortó.

Me quedé pensativo en la terraza, mirando el horizonte gris y brumoso sobre el océano Atlántico. No me gustaba nada. Adam estaba demasiado asustado. Aunque bien pensado no tenía ninguna prueba ni indicio de que yo estuviera involucrado en la muerte de aquella mujer.

Y justamente por eso Adam estaba demasiado asustado.

—Haidar, ¿conoces Amberes? —grité, hacia el salón, pensando que había visto su silueta en la cocina, pero no estaba allí. Le encontré en

su dormitorio, delante del ordenador, jugando a Roblox con algunos amigos virtuales.

—Haidar, ¿has estado en Amberes?

Ese sería un juego que practicaríamos muchas más veces. Yo le decía "¿Has estado en tal sitio?", otorgando a la frase un tono de interrogación cuando, al cabo de cuatro o cinco veces, él ya sabía perfectamente que "nos íbamos a tal sitio", que no se trataba de ninguna pregunta o sugerencia.

—¿Qué es "Ambires"? —respondió, con toda la inocencia del mundo.

—Es una ciudad muy bonita… Allí se fabrican los diamantes, hay un museo del chocolate, podemos ir a ese museo, y un zoológico…

—Ya he visto uno…

—Es cierto, oye, haremos una cosa… ¿te gustaría ver leones, elefantes y jirafas? Pero de las de verdad…

Por un instante el interés por mi pregunta superó al de la pantalla del ordenador.

—¿En un zoológico?

—No, en África… bueno, je, je, estamos en África ahora mismo, es verdad, pero me refiero a la África de las grandes sabanas, a Kenia o Tanzania. Podríamos hacer un safari…

—¿Y matar leones?

Me reí un montón y salí del dormitorio después de revolverle el pelo. Con un Jack Daniels en un vaso lleno de hielo, me puse a buscar vuelos para los siguientes días. Encontré un Rabat-París y lo reservé para un adulto y un niño con uno de mis pasaportes. Tenía que hacerle un pasaporte a Haidar, pero aunque quisiera tramitarlo de forma legal no había tiempo suficiente porque en aquel país la burocracia era muy lenta. No importaba, en Rabat, por una buena suma, conseguías un pasaporte al instante.

Haidar nunca había subido a un avión. Cuando en el Airbus A-320 de Easyjet al cabo de dos días en el aeropuerto de Rabat-Salé estaba fascinado, incluso me cogió la mano en el momento en que el aparato despegaba a doscientos noventa kilómetros por hora. Ese fue el primer gesto cariñoso desde que le había conocido. Hizo que se me encogiera el estómago y rogué a Dios que no me soltara nunca, pero no tardó en hacerlo, mirado por la ventanilla y señalando, con esa voz de flauta, todas las cosas que iba viendo.

—¡El zoológico! ¡Se ven los animales así de pequeños! ¡Y el mar! ¡Papá, ahí está el mar! ¿Hasta dónde llega el mar, papá, tú lo sabes?

—Hasta América, cariño…Es el océano Atlántico, donde tú haces surf. Bueno, en realidad el mar nunca se termina, da la vuelta a toda la Tierra.

Creo que respondí eso, pero es que no tengo ni idea, podía haber

sido cualquier otra cosa…
¿Me había llamado “papá”?
¿Ese niño… me había llamado…?
No una, sino dos veces.
¿”Papá”?
Es impresionante. El poder de una palabra. Supongo que pasa igual con la misma acepción del género femenino. Enseguida que se apagaron las luces pedí un whisky con hielo al chico del carrito de las bebidas.
—Para mí una Coca-cola, por favor… —dijo Haidar.
Me tomé mi bebida con la mano temblorosa, el corazón todavía me palpitaba en la garganta y sentía unas ganas de llorar terribles.
—¿Por qué te gusta tanto el alcohol, papá?
—¡Mmmmppff! ¿Qué?
La vista del cielo cubierto de nubes se había vuelto monótona y Haidar, con los oídos taponados por culpa de la presión, había dicho aquello casi gritando. No pude evitar echarme a reír. Una mujer de la fila de enfrente miró hacia mí por enmedio de los asientos, con las palabras MAL PADRE, escritas en sus ojos.
—¡Siempre estás bebiendo! ¿Por qué te gusta tanto el alcohol, papá?
Otra vez, y ahora creo que lo dijo más alto y más agudo que antes. Ya no fue una mujer, sino la mayoría de personas de los asientos que nos rodeaban los que me miraban sin disimulo, algunos riéndose de las ocurrencias de Haidar.
—Schhhh… cariño, espera, estás gritando sin darte cuenta —le dije, con una sonrisa en los labios—. Vamos a hacer una cosa juntos… apriétate la nariz y empuja fuerte, como si fueras a echar el aire por ahí. No te asustes, notarás como un chasquido en los oídos y se te destaparán. Los tienes tapados por la presión del aire.
Lo hizo mientras le indicaba cómo, pero yo odiaba esa maniobra porque me provocaba un agonizante dolor de tímpanos, solo me puse los dedos en la nariz. De repente empezó a mirar hacia todos lados, percibiendo sonidos y voces que antes no escuchaba.
—Vale, ahora te responderé, pero no grites más, ¿de acuerdo? A los adultos nos gusta el alcohol porque tenemos muchas cosas en las que pensar y al beber los pensamientos se colocan en órden, uno detrás de otro, dentro de la cabeza…
—¿Y los niños? ¿Por qué no nos emborrachamos?
—Primero porque no os gusta el sabor. Ningún niño come ni bebe nada que no le guste, eso solo lo hacemos los adultos, y después porque vosotros no tenéis tantas cosas en las que pensar como nosotros…
—Yo estoy pensando todo el tiempo en cómo hacer vídeos como los de Lyna… ¡Tiene dos millones de suscriptores!

Me reí de nuevo y le revolví el pelo. Me encantaba hacerlo. Me encantaba todo de él, pero el próximo Jack Daniels se lo pedí al camarero cuando él no me veía, de pie en el pasillo, con la excusa de ir al baño.

Amberes tiene medio millón de habitantes y es la ciudad más poblada de Bélgica, seguida por Bruselas. Está situada a orillas del río Escalda, cuya profundidad permite la navegación de buques de gran calado y su puerto es uno de los más grandes del mundo.

Llegamos en la época más fría del año, de hecho el Escalda estaba empezando a helarse y Haidar, acostumbrado desde su nacimiento a un clima semidesértico, comenzó a temblar desde el momento en que bajamos del avión.

—Se te pasará. Eso es como si alguien de aquí se fuera a vivir hoy mismo a Taghazout. Se pondría a sudar como un loco y no pararía en una semana.

Aquello le hizo gracia y se rió durante unos instantes sin dejar de tiritar.

Almorzamos en la cafetería Quinten Matsijs después de tomar un taxi desde el aeropuerto. Haidar pidió pizza, como siempre, y yo una ración de chuletas con patatas y tomate en rodajas que se quedaría entera. Aproveché para llamar a Reynaldo, al que conocía desde hacía muchos años; de toda la vida, como solía decirse.

—Hola Reynaldo, soy Carlos. Sí, todo bien… ¿puedes proporcionarme un automóvil con un conductor que sepa cerrar la boca? Para recorrer la ciudad. Dos días. Que me recoja en la Quinten Matsijs, tan pronto como pueda.

Cuando estaba tomándome el café después de salir del baño con mi neceser, entró en la cafetería un hombre joven, corpulento, y con una gorra a cuadros ladeada por encima de un par de ojos pálidos y de una cara decidida y jovial. Levanté la mano para llamar su atención.

—Todo listo. Con las baterías llenas y deseando correr —me dijo, a modo de saludo.

—Muy bien. Para empezar vamos a un buen hotel con piscina.

—Pues a ello.

Me senté junto al hombre en su Mercedes GLB. Nos llevó al Hyllit Hotel.

—Volveré en un par de horas —le indiqué a Haidar—. Si quieres puedes ir a la piscina y pedir algo para comer o beber en la cafetería, pero lleva siempre la tarjeta de la habitación encima, no la pierdas de vista, ¿de acuerdo?

Me fui algo intranquilo. Era la primera vez que le dejaba solo y él insistió que no quería a ninguna niñera, que ya tenía casi diez años. “Si me quedo solo en mi habitación puedo quedarme solo aquí” me dijo. Le dí la razón, y además no creía que fuera a salir por su cuenta a

una ciudad en la que nunca había estado. De todas formas le di cincuenta euros al botones para que se fijara si el niño que había venido conmigo bajaba al hall y, si tuviera la idea de salir a la calle, que hiciera lo posible para impedírselo.

—Dile que los niños de menos de quince años no pueden caminar solos por esta ciudad, yo qué sé.

—¿Sabes dónde está la Vegen Straat, o Vogen Straat, cerca del parque Spoor Noord? —le pregunté a mi chófer.

—No, pero si está cerca de ese parque la encontraremos…

Me senté de nuevo junto a él.

—El número que busco es el 2C, y cuanto antes mejor; pero no pares el coche delante de la puerta.

—Está bien.

Pasaron media docena de calles en silencio y entonce el chofer, dijo:

—Mataron a sus amigos en esa preciosa isla de Mallorca hace unos cuantos años, ¿eh?

—Sí.

Chasqueó la lengua.

—Esta profesión suya es mala cosa. Se la cambio por la mía.

—Bueno, los conductores de coches de alquiler tampoco son eternos.

—Puede que no lo sean —reconoció el jóven —pero a pesar de eso, si resulta que yo no lo soy, será para mí una sorpresa.

Aquella ocurrencia me hizo sonreír, pero no tenía ganas de seguir hablando y empecé a contestar con síes y noes hasta que se cansó de charlar.

Al final la calle se llamaba Vliegenstraat, así que tampoco me había fallado tanto la memoria. El coche se paró en una esquina oscura y el chofer me indicó con la mano la manzana vecina.

—Ahí tiene usted. Debe de ser la tercera o cuarta casa.

—Está bien —le dije. —Apaga el motor y tómatelo con calma, no creo que tengamos que salir corriendo.

Crucé la calle y eché a andar por la acera. Se trataba de un barrio de casas bajas, de tres alturas. Las fachadas no eran nada ostentosas, pero por dentro podían tener todos los lujos posibles. Sabía que la casa de Adam tenía una piscina climatizada en el sótano y un ascensor para subir a las plantas de arriba.

Era la una menos cuarto. Recordaba por nuestras conversaciones telefónicas que él decía que le gustaba almorzar en casa con su familia porque odiaba los sándwiches de pavo y comer de pie en una cafetería de abogados.

Así que me senté en un banco vacío, embutido en una chaqueta de North Face con capucha que me había comprado en la tienda del hotel, esperando que no tardara demasiado, porque no tenía calcetines de invierno y estaba empezando a dejar de sentir los dedos dentro de

los mocasines.

Por suerte mi abogado continuaba odiando los bruch fuera de casa, llegó en su Porsche Cayenne al cabo de quince minutos. Me levanté a toda prisa y me puse al lado de su ventanilla cuando se detuvo para meter la llave que abría la puerta del garaje.

—Hola Adam. Soy Carlos.

Antes de que su cara pasara a ser un calco de la de la protagonista de Pesadilla en Elm Street, ya me había dado cuenta de que algo no iba bien. Mi abogado estaba muy demacrado y las bolsas de debajo de sus ojos le cubrían las mejillas por completo de un color gris ceniza.

—P-p-pero… ¿tú? ¿Q-qué haces aquí?

—Shhh… muévete, pasa al asiento de al lado…

Empezó a moverse, obediente, pero yo solo quería distraerle para abrir la puerta trasera y meterme en el coche sin que él pudiera dar marcha atrás y arrastrarme con la puerta, si es que tenía la sangre fría para hacerlo; pero nunca se sabe de lo que es capaz un hombre aterrorizado.

—Vamos, sigue. No va a pasar nada, hombre, solo vengo a hablar contigo. Entra en el garaje como siempre. ¿Te espera alguien abajo?

Negó con la cabeza, pero luego dijo: —N-no, no…

El garaje tenía dos plazas y en la otra había un Volvo XC90, lo que indicaba que su mujer estaba en casa.

—¡Bueno, por fin nos conocemos en persona! —suspiré, al escuchar apagarse el motor—. Vale, entonces cuéntame. ¿Qué es lo que ocurre?

Adam tragó saliva antes de responder. No nos habíamos visto nunca las caras, pero tampoco es que ninguno de los dos demostrara demasiada curiosidad por el otro. De todas maneras yo sí que le di un repaso a su aspecto. Era un hombre apretado de carnes, de cara que antes había sido redonda, pero ahora no, con el cabello muy corto y gris.

—Me… me contactaron desde Estados Unidos, lo sé porque el acento era norteamericano. En-encontraron mis llamadas a esa mujer que mataron en Rabat. Además de lo que le ocurrió a ella parece que también ha desaparecido un empleado de una filial de la empresa que llevaba la zona de Tagh…

—Taghazout.

—Eso… No me gustó nada, tío. No me gustó el tono de esa gente…

—¿Eso es todo?

—Eso es todo. Yo no… yo no estoy acostumbrado a… a estas cosas, tío.

Me cubrí la cara con la mano izquierda y empecé a acariciarme las sienes mientras pensaba. Necesitaba pensar, pero al mismo tiempo había algo que, de pronto, me enfurecía un montón. El muy cabrón de Adam había cantado de plano, pondría la mano en el fuego por ello.

Les había soltado todo el rollo de que yo quería comprar el edificio, etcétera, a esa gente y ahora ya debía de haber alguien mucho menos pacífico que el funcionario y el abogado de camino a Taghazout. Eso era lo que me indignaba tanto, de manera que los dientes habían empezado a chirriarme. ¿Y si hubiera venido a Amberes solo y dejado a Haidar en el pueblo al cuidado de alguien? Adif, o Hassan, por ejemplo. ¿Y si les hubiera pedido que se pasaran varias veces al día por casa para comprobar que el niño estaba bien? Los que iban hacia allí en ese momento le hubieran encontrado en mi casa, solo… No quería ni pensarlo.

—Adam… nuestra relación debía ser de total lealtad, ya lo hablamos al principio, tío…

—¿Qué? —Intentó volverse hacia mí, pero le hice un gesto con la mano para que mirara de nuevo al frente—. ¿Por qué crees que no he sido leal? ¡No les he dicho nada, tío! ¡Te lo prometo! ¡Juro que no les conté nada de tí! ¡De verdad!

No tenía ganas de escucharle más. Únicamente pensaba en Haidar, solo en mi casa, absorto en su ordenador, y dos sicarios detrás de él. No podía soportarlo.

Saqué el lazo que llevaba en el bolsillo de la chaqueta y se lo pasé con un solo movimiento por delante la cara, para que no le diera tiempo de meter los dedos. Si lograbas que no metieran los dedos el lazo era el mejor instrumento del mundo para matar a alguien en un coche dentro de un garaje subterráneo. Además, el asiento te protegía de los arañazos, porque siempre arañaban hacia atrás, era algo que no salía nunca en las películas; pero en este caso las manos del abogado topaban con el reposacabezas, y yo podía apoyarme con las rodillas en el respaldo de su asiento. De esta manera el asunto apenas duró un instante, incluso más rápido de lo que yo esperaba. No estaba seguro de si estaba muerto, pero si no lo estaba y su mujer o sus hijos lo encontraban rápido, tendría la tráquea destrozada y con el tiempo que había estado sin oxígeno en el cerebro más valía que lo dejaran morir.

—La lealtad, amigo, eso es lo más importante, y queda bien avisado cuando te apuntas al club…

Tenía el móvil en un compartimento junto a la palanca de cambios. Me lo puse en un bolsillo de la chaqueta y salí por la puerta del garaje a la brillante luminosidad de la calle helada. Sin prisas, sin correr. Todo estaba en orden.

Igual que habíamos hecho en Rabat, Haidar y yo nos lo pasamos muy bien en Amberes. Un padre y un hijo, el primero esquelético y con la mirada enfebrecida de amor por el niño; el segundo, sano y rollizo, siempre a la expectativa, olvidando el pasado reciente con una ingenua y admirable determinación.

O eso creía yo.

El día de nuestra visita prevista al museo del chocolate tuvo una rabieta. Caminábamos por la calle, embutidos en nuestros chaquetones y lanzando nubes de vapor por la boca. Creí que simplemente se había levantado de mal humor, como me ocurría a mí todos los días.

—Quiero volver a casa… con mi mamá… —dijo, de repente.

—¿Qué?

Yo había localizado un taxi y estaba a punto de levantar la mano, pero al despistarme con sus palabras, lo perdí de vista.

—Quiero ver a mi mamá… —repitió.

—Haidar, tú sabes que ella… que ya no puedes verla…

Tenía que hablarle con sinceridad, vale, lo sé, (¿qué tal esto: "tu mamá se suicidó y está enterrada, y ya debe estar bastante descompuesta") pero venga, que alguien me de ahora mismo la receta perfecta para eso… ¿Nadie? Claro, porque no existe.

—¡La odio! ¡Tendría que estar ahora con nosotros y venir a ver ese museo! ¿Por qué no está? ¿Eh? ¿Por qué no está aquí?

La gente se volvía al pasar a nuestro lado. Nos habíamos detenido en la Quelinstraat junto a una tienda de jardinería con la entrada repleta de sacos apilados de tierra para plantas que expedían un intenso olor a almizcle y a algo parecido al carbón de eucalipto. Yo maldecía no haber pedido el taxi en el hotel, pero el manual exigía que no hicieras lo mismo varios días seguidos, así que esa mañana había decidido ir a buscarlo a la calle, lo que estaba siendo muy complicado.

—Las cosas no son como siempre queremos, Haidar (¿eso? ¿había dicho eso? ¡es la frase perfecta de un padre!) Todos los días de tu vida habrá cosas que no te gustan, pero tendrás que aceptarlas y dejarlas atrás. ¿Sabes algo? ¿A qué piensas que tener buena memoria es una cosa buena? Pues no, eso es lo peor que nos ocurre a los seres humanos, la capacidad para recordar. Tienes que hacer lo contrario, olvidar todo lo que puedas, borrar todo lo que viste ayer, y anteayer, y las semanas y los meses que ya han pasado, y concentrarte en lo nuevo que verás todos los días…

Seguía enfurruñado, con las mejillas encendidas por la rabia y el aire cortante. Las aletas de su pequeña nariz se abrían y cerraban con rapidez. Por fin divisé a un taxi y levanté a tiempo la mano.

—Vamos, campeón. Que el mundo es tuyo, es todo para tí… —le empujé suavemente por los hombros temiendo que rechazara mi contacto físico, pero se dejó llevar. Una vez en el vehículo caí de repente en la cuenta de que, para mí, aquella situación en la que estábamos, un extraño viaje en una ciudad desconocida y sin ningún motivo aparente para encontrarnos allí, era lógica y normal, pero para el niño que tenía sentado a mi lado con los labios todavía fruncidos por la rabia no tenía porqué serlo. Es más, no lo era en absoluto. Para

Haidar, la rutina era fundamental, en cambio para mí significaba una sentencia de muerte. Él necesitaba la seguridad de un hogar y una familia que siempre estuviera allí, que no muriera el día menos pensado y que su habitación, sus cosas, su ordenador, no estuvieran a miles de kilómetros de distancia.

Se calmó bastante en cuanto entramos en el museo del chocolate.

—Se parece a la fábrica de Willy Wonka —murmuró, con la boca llena. En la entrada ofrecían una degustación—. Soy el ganador del concurso.

Me reí un montón al oírle.

De regreso al hotel, mientras Haidar estaba abajo, en la piscina, vigilado a distancia por el botones, yo descansaba sobre la cama disfrutando del sopor de mi último chute. Se me planteaba un dilema terrible: ¿debíamos regresar a Taghazout o no? Estaba tan seguro de las cosas que mi asustadizo abogado les había contado a los servicios de investigación que le habían llamado desde la matriz de Black Rock que podía incluso reproducir sus supuestas palabras: "*Trabajo para una persona que compró una propiedad en ese lugar de Marruecos. Él recibió una visita de unos representantes de un banco local y le avisaron de que su inmueble era propiedad del banco. No, no sé si una de esas personas es el que ustedes buscan, pero mi cliente me pidió que realizara una oferta de compra por todo el edificio. ¿Los motivos? No tengo ni idea, pero esa fue la causa por la que llamé a la señora Bathich en varias ocasiones. ¡No, yo no la amenacé! ¡Ni tengo ni idea de quién la ha matado! ¡Sí, le conté a mi cliente que había estado hablando con esa mujer y que ella se negaba a negociar, por supuesto! ¡Soy su abogado…!*"

Tengo que admitir que me sentía muy ligado a ese lugar de la desértica costa atlántica de Marruecos. Sí, volveríamos. En aquellos momentos me sentía fuerte para proteger a Haidar contra lo que fuera. Él tenía que continuar con su normalidad, dar sus clases de surf al menos hasta que empezara el colegio... Un momento, no era época de vacaciones escolares, con razón no había ningún niño más que Haidar en el museo del chocolate. ¿Por qué demonios no iba a ningún colegio? Iba a preguntárselo en cuanto le viera, pero habría que buscarle uno para el próximo curso. A lo mejor un *college* británico… ¡No! ¡Ja, ja, ja! ¿Haidar en un *college*? Joder, esos cabrones le pondrían un apodo como "bollo de crema" o "donut" el primer día y no se lo quitaría hasta que se graduara con veinte años.

Me estaba riendo con mis propias cavilaciones cuando sonó mi teléfono. Era Reynaldo. Me extrañó mucho, porque creía recordar que Reynaldo nunca me había llamado hasta aquel momento. No tenía porqué hacerlo. Si necesitaba algo le llamaba yo.

—¿Carlos?

—Dime.

—Oye, ha ocurrido una cosa. El chofer que te envié… Resulta que creyó ver a alguien vigilándote hace dos días, cuando salías de una casa en la Vliegenstraat. No te lo dijo para no parecer entrometido, pero ha estado dando vueltas enfrente del hotel ayer y hoy. Ya sé que no tiene que hacer eso y se merecería que le rompiera una pierna por saltarse las normas, pero se ve que le has caído bien, resulta que eres su jodido héroe, según me ha contado. Bueno, pues dice que acaba de ver al tipo que te vigilaba entrando en el hotel. Un metro noventa, pelo rizado, moreno, largo hasta las orejas, con gomina de efecto mojado, vaqueros azules, desgastados, y americana con un pañuelo en el bolsillo izquierdo…

Se notaba que lo estaba leyendo.

—Buena descripción.

—Ya te digo, le has caído bien a mi chófer.

—Gracias, Reynaldo… Oye, no dés de comer hoy a tus cerdos, yo te enviaré el pienso.

—Je, je, je… Eso espero, están muy delgados.

—Ah, y otra cosa… No seas tan ingenuo.

—¿Qué?

—Al chófer yo le importo una mierda. Los que vigilaban la Vliegenstraat le conocen y le han pagado diez veces lo que le dás tú para contarte esa trola y hacerme salir de la habitación.

—¡Hijo de puta! ¡Ese mal nacido! ¿Pero cómo se atreve? Me encargaré de que se lo coma el verraco, pero vivo, te lo prometo...

Colgué la llamada y abrí enseguida el doble fondo de mi bolsa de viaje del ejército francés. Me puse el .45 en el cinturón trasero y me senté en el sofá de la suite, con la mirada hacia la puerta, mientras descolgaba el teléfono para llamar a recepción.

—*Réception de l'hôtel. Qu'est-ce que je peux aider?*

—*Bonjour, pouvez-vous trouver le groom de l'hôtel? Il est urgent.*

-Tout de suite.

—*Oui?* —El botones no tardó ni dos segundos.

—Oye, estoy en la suite con una mujer. No dejes que el niño suba por ahora, ¿de acuerdo? Inventa lo que quieras, pero que no suba. Triplico la propina.

—De acuerdo, señor —respondió, con un tono codicioso.

Ahora debía pensar cómo salir del atolladero de una manera muy rápida. Se me ocurrió algo enseguida. Fui al dormitorio y enrollé dos almohadas con una colcha, después abrí la puerta de golpe y lancé el bulto con apariencia humana contra la pared de enfrente; inmediatamente me tumbé en el suelo, boca arriba y asomé la cabeza al pasillo. El tipo estaba a mi izquierda, apuntando al fardo de las almohadas. Le disparé a la cabeza, debajo de la nariz. Sonó un “¡Ughh!” y se derrumbó de espaldas.

Me levanté enseguida, le puse una de las almohadas debajo de la cabeza que todavía se bamboleaba para que no ensuciara mucho la moqueta del pasillo de sangre y empecé a arrastrarlo hacia mi habitación. Joder, odiaba arrastrar cuerpos y ya llevaba tres en unas semanas. Eso me dejaba sin aliento. Salí de nuevo al pasillo para inspeccionar las manchas de sangre. Tampoco es que hubiera muchas, el proyectil se había quedado dentro del cráneo y solo había salpicado por el orificio de entrada; las señoras de la limpieza se quejarían a la gobernanta de que algún cliente borracho se había caído por la noche y debería haberse abierto la cabeza y eso sería todo.

—¿Reynaldo? Ya tengo una ración de comida para tus mascotas. Suite veintidós. Tercer piso.

—Estamos abajo. Ya tengo aquí a nuestro amigo. Tenías toda la razón. Joder, eres el mejor, tío.

—Daos prisa con el bulto.

Al cabo de cinco minutos llegaron dos hombres de unos sesenta años, ambos con el pelo blanco y decentemente vestidos, aunque con rostros patibularios, arrastrando cada uno un trolley con ruedas. Los limpiadores siempre eran gente así, vagabundos, alcohólicos, gente de la calle que era rescatada en el último momento de su vida y se les ofrecía un hálito de esperanza en forma de un buen sueldo y un lugar donde dormir y comer caliente todos los días. Esta gente se tomaba su trabajo muy en serio, era curioso. Solían estar de vuelta de todo, la mayoría arrastraba malos tratos a su familia y bastantes años de cárcel.

—Pasad. Ahí está.

Se pusieron a la faena después de dedicarme un saludo con la cabeza. Iban a despiezar al tipo ahí mismo, forrado con plásticos, y después se lo llevarían en los trolleys para echárselo a los cerdos. Las maletas eran bastante grandes, así que solo tuvieron que cortarlo por el abdomen. Manejaban los bisturíes con una precisión milimétrica evitando las salpicaduras de sangre, algún carnicero profesional les habría dado un curso. Al terminar uno de ellos roció todo el suelo con un spray que diluía la sangre y corrompía el adn.

—Echa un poco de eso ahí, en el pasillo —le indiqué al que manejaba el bote.

Cuando se fueron guardé la pistola y al instante sonó el teléfono.

—¡Se ha empeñado en subir! ¡No puedo retenerlo más!

Era el botones. Haidar venía hacia la habitación.

—Está bien. No te preocupes. Que suba.

Venía excitadisimo, con el pelo mojado y un albornoz del hotel que le estaba muy grande, pero disimulaba su gordura.

—¿Qué tal tu baño? —le pregunté.

—¡Bien! ¡Tienes que venir! —estaba entusiasmado—. ¡Hay una

piscina con un tobogán entre unas rocas! ¡Parece una selva tropical!

—¿Yo? ¿Bañarme en la piscina? De eso nada… —le respondí. Ni siquiera tenía bañador, pero la verdad era que podía comprarmelo en la tienda del hotel, o sino, uno de los de Haidar podía incluso irme bien. Maldita sea, es que el chico había subido ex profeso a buscarme para compartir conmigo su descubrimiento de una selva tropical en el subterráneo del hotel.

—Está bien… —deja que me pruebe uno de tus bañadores.

Al cabo de un cuarto de hora me encontré deslizándome por un endiablado tobogán, arrepintiéndome de haber nacido. Al caer al agua no lo esperaba y me pilló sin aire. Casi me ahogué en aquella maldita piscina para niños.

—¡No puedo más! ¡Yo no me tiro otra vez por ahí! ¡Tírate tú y yo te miro!

En realidad lo que Haidar quería era que le mirase, eso era todo, que alguien le prestara atención; y ese era mi papel en aquellos momentos. Me tumbé en una hamaca acuática de la piscina de burbujas y observé las evoluciones de mi amado sireno durante un buen rato, hasta que me quedé dormido.

Por la noche no salimos. No hubo novedades. Nos quedamos los dos en la habitación hasta muy tarde, yo viendo la tele y él jugando con el móvil. A las tres de la madrugada me pidió que me acostara en su cama porque tenía miedo. Mientras le entraba sueño continuó viendo videos de Tik-tok.

—¿No basta ya de mirar la pantalla? Te vas a quedar ciego —le dije.

—Vale… Buenas noches…- puso el móvil en la mesita y se acurrucó para dormir. Yo hice lo mismo, aunque sabía que no dormiría más de una o dos horas. Normalmente dormía más durante el día que por la noche.

—¿Puedo desayunar ahora? —dijo de pronto.

—¿Qué?

—Ya es mañana ¿no? Tengo mucha hambre, ¿ya puedo desayunar?

—De eso nada. No se desayuna hasta que uno se levanta de dormir.

—¿Me abrazas?

—De acuerdo.

Me solía pedir que le abrazara por las noches. Me acurruqué a su espalda y le pasé el brazo sobre el pecho. Olía a cloro de la piscina porque no se había duchado. Dijo que lo haría después porque estaba cansado y al final lo dejó para el día siguiente. Al cabo de unos segundos su respiración se hizo más lenta y profunda. En ese momento yo solía olerle el pelo. Me encantaba su olor, aunque esa noche fuera el aroma a salitre del NaCl, el Cloruro de Sodio.

VIII

A las once, la lluvia cesó como para tomarse un descanso, pero las cunetas estaban todavía rebosantes de agua. En la parte alta de Taghazout el agua llegaba a la altura del tosco pavimento de las aceras y una fina película acuosa cubría la superficie de los bordillos.

Regresábamos a casa después de la aventura de Amberes. Mojados, porque de repente nos había apetecido caminar bajo el diluvio que se cernía sobre nuestro amado pueblo pesquero del desierto. Era lo que tenían los viajes. Pasar de veintiocho grados a cuatro y viceversa, peor lo segundo que lo primero, porque al bajar del taxi, en el que rezaba en grandes letras de color rojo: "Nada dura para siempre. En la otra vida no hay teléfonos", el calor y la humedad nos pegaron la ropa al cuerpo, medio acostumbrados ya al frío del Norte de Europa. Haidar había echado a correr con las manos abiertas, como un futbolista después de marcar. Yo me puse a caminar detrás, sintiendo las gotas caer por mi frente, deslizarse por mis párpados agradecidos.

Lo siento… pero tengo que admitir que tampoco es que estuviese tan tranquilo y disfrutase tanto de la lluvia. Notaba algo en mi interior, un resquemor que no lograba apartar por mucho que lo espantara a manotazos de delante de mi cara.

Supongo que es algo parecido a lo que piensa un rehén al ser liberado después de la toma de un banco que ha durado días: "Esto es demasiado bueno para mí". Ya te has sentido muerto, ya has cruzado la frontera del pesimismo y, de repente… la vida se abre paso de nuevo y, entre las grietas, ves el atisbo de una ligera esperanza.

Sabía que ellos ya estaban allí.

Los perros de la guerra.

Sicarios.

Y que lo de Amberes había sido una toma de contacto. Ahora empezábamos a jugar de verdad en una liga profesional en la que el dinero podía correr como en las mesas de Las Vegas. Y que esta vez yo llevaba un paquete a cuestas al que me unía una especie de cordón detonante, porque era muy probable que Haidar me costara la vida.

Sí, así de crudo. Podía matar a quien fuera, el hombre o la mujer más curtidos del mundo en guerras de países, de carteles o de maras, pero quería demasiado a aquel niño como para perderlo ahora y no verle crecer y reír una semanas más, otro mes, otro año.

¿Pero qué podía hacer'

Nada, en realidad. Multiplicarme, no había otro remedio. Luchar más que nunca a pesar de estar ya al límite de mis fuerzas.

—¡Haidar, espera! —le grité, bajo el estruendo de la lluvia, cuando ya enfilábamos la pendiente de nuestra callejuela—. ¡Ven! ¡Tenemos

que hablar!

Se acercó, jadeante, y yo le empujé suavemente por el pecho hasta meterle en un hueco de un portal de color azul índigo.

—Siéntate aquí, tengo que decirte algo… Mira, ¿recuerdas a esos hombres que os amenazaron con que vuestras cosas se quedarían en la casa? ¿Crees que eran malos?

Asintió con la cabeza, el pelo chorreante que aún enviaba gotas intermitentes hacia la punta de su nariz desde la frente.

—¿Y no crees que merecían que alguien los matase? ¿No los odias?

Asintió de nuevo, esta vez de manera más fehaciente, levantando la comisura derecha de la boca.

—Está bien, mira, yo tengo una pistola…

Me saqué el arma de la parte trasera de la cintura y se la enseñé. Por un breve instante me sentí como un depravado enseñando su pene a una criatura, pero me repuse enseguida, era necesario.

Iba a soltarle un rollo sobre el bien y el mal cuando él se adelantó.

—¿Les has matado con esa pistola?

Bueno, ¿para qué dar rodeos?

—Sí, los maté con la pistola.

—¿Y los has enterrado en el desierto?

—Algo parecido, los he echado a los cocodrilos, para que se los coman —respondí, intentando adivinar qué película de mafiosos debía haber estado viendo (¿quizá Black mass?) para hacerme esas preguntas.

—Pero aquí no hay cocodrilos, será a los tiburones…

Era una cosa de la que habíamos hablado mucho, de si había o no tiburones en el mar que bañaba el pueblo. La respuesta generalizada de los que se dedicaban al negocio del surf era que no se acercaban a la costa y que las posibilidades de morir en manos de un tiburón en el mundo eran de una por cada cuatro millones, pero los pescadores más ancianos no opinaban lo mismo y contaban a los niños a la mínima de cambio que en su juventud se pescaban tiburones blancos de hasta cinco metros a pocas millas de la costa, algo que favorecía un montón la imaginación.

—Bueno, da igual si se los comieron los cocodrilos o los tiburones, el caso es que se los comieron y no volverán a molestarnos más, peeero… —(alargué las ‘es’ todo lo que pude) —han llamado a unos amigos suyos y ya deben estar por aquí…

—¿Vas a matarlos?

—Sí, ¡los mataré! ¿Me ayudarás?

—Dame una pistola.

—Bueno, no es mala idea, pero los niños no pueden tener pistolas de verdad hasta los… dieciocho años.

—Aún me quedan… nueve —contó dos veces con los dedos.

—Sí, pero lo único que tienes que hacer es lo que yo te diga, y rápido. ¿Vale? Si yo te digo ¡corre! o ¡no te muevas! ¿lo harás rápido y sin preguntar? Solo lo que yo te diga y nada más, ¿entendido?

Asintió de nuevo con la cabeza como si empezara la aventura de su vida, y en realidad era así, pero él no podía saberlo.

Llegamos a la entrada del Riad. Estaba abierta, como siempre, y el antiguo mármol brilló con furia en el momento en que las nubes se abrieron y dejaron pasar algunos rayos de sol. No se veía nada extraño. Le hice una señal con la cabeza a Haidar y subimos por las escaleras en silencio. Todo parecía normal. Al llegar a nuestra casa me fijé en la cerradura, si la habían forzado, pero tampoco vi nada fuera de lugar, solo que había una cerradura nueva. Le hice un gesto negativo moviendo la cabeza de lado a lado, pero con el dedo índice delante de la boca para que continuara callado.

No había nadie en el Riad, lo recorrimos de arriba a abajo. Lo único diferente era que alguien había cambiado la cerradura de la casa de Dúnya, la madre del niño.

—Vaya, no quieren que entres, pero eso vamos a arreglarlo enseguida.

Haidar estaba bastante decepcionado porque esperaba que ocurriera algo grandioso. Miraba constantemente el bulto del .45 en mi espalda. Yo estaba expectante, aunque en realidad, (me di cuenta más tarde, por la noche, cuando mi corazón dejó de latir de manera desbocada) lo que hacía era portarme igual que un niño, de manera temeraria e inconsciente. ¿Pero cómo se me había podido ocurrir entrar en el edificio con Haidar a mi espalda? Nos hubiesen matado a los dos como corderos lechales en un matadero. Tan fácil como una descarga eléctrica en la nuca, sobre el lomo. ¿Qué habría podido hacer con ese niño de andares pesados si de repente se nos hubieran echado encima dos o cuatro, o seis, perros de guerra?

Nada, Carlos, nada.

A ver si aprendes… Os hubieran matado, a tí y a tu hijo.

¡Por Dios, sonaba muy bien! "A tí y a tu hijo"

Pero mi cerebro enseguida formaba otra pregunta: ¿Por qué no podía comportarme como un niño si quería hacerlo? ¿Y si los perros hubieran estado ahí y yo les hubiera atravesado la cabeza delante de Haidar? Él me miraría el resto de su vida con la boca abierta, como un héroe.

Dejé mi bolsa del ejército francés en el suelo y saqué de ella un aro con un puñado de ganzúas. Me encantaba abrir cerraduras, y encima aquella, que había instalado algún cerrajero nervioso al que debían conminar para que se diera prisa los tipos de la inmobiliaria, era muy básica; no se había complicado en absoluto la vida. La abrí en menos de tres minutos, mientras Haidar vigilaba el patio del Riad, una misión

especial.

La casa olía a humedad, a clausura. Entramos para ver si habían tocado algo, pero todo seguía igual, en su perenne desorden.

—Bueno, tengo una idea. Iremos a ver a Adif, y de paso, almorzaremos algo. ¿Tienes hambre?

Pues claro, él siempre tenía hambre, una sensación que yo ya casi no recordaba.

Mientras nos dirigíamos hacia l'Auberge estuve completando el germen de una idea que se me había ocurrido mientras hurgaba en la cerradura. Taghazout era un pueblo muy pequeño, a lo mejor la población residente era de unas doscientas personas, la mayoría ancianas. El resto, entre cuarenta y sesenta, eran surfers de paso y turistas despistados. No sería difícil crear una red de alarma para detectar la llegada de los sicarios que habían empezado su trabajo en Amberes y que yo, (por suerte me había equivocado) pensaba que ya estaban allí. Era una estrategia que nunca había puesto en práctica. Siempre trabajaba solo, con la única excepción de aquellos años en Granada, cuando Jo y yo empezábamos nuestras carreras en este mundo oscuro y pestilente.

¡Cuánto te echo de menos Jo!

—Salam Aleikum —le dije a Adif, bajando los ojos.

—Aleikum Salam.

Adif se alegraba de verme, lo noté enseguida en su mirada. Por mi parte también había llegado a apreciar mucho a aquel jóven, aunque en demasiadas ocasiones le tratara de una manera algo desdeñosa.

—Tenemos que hablar.

—Sí, amigo, pero antes… ¿beber? ¿comer?

—¡Pues claro! Él viene hambriento. ¡Haidar, pide lo que quieras! Para mí, ya sabes, Adif…

Haidar se había acercado a la orilla y, sentado en la arena pedregosa, observaba las evoluciones de los cuarenta surfers que subían y bajaban sobre las olas teñidas de color chocolate por los riachuelos que descendían de los barrancos arenosos.

—No te preocupes, amigo. Yo sé qué pizza quiere el niño. La ordeno a cocina…

Entró en el local y salió al cabo de unos minutos con unos cubiertos para Haidar y un Jack Daniels para mí.

—Gracias, Adif. Siéntate, tenemos que hablar. Mira, la casa de Dúnya, la madre de Haidar, está embargada por el banco…

Empecé a explicarle la situación saltándome únicamente el tema de los muertos.

—...quieren quedarse con la casa y no dejan que yo se la compre. Yo quiero comprarla para Haidar, yo tengo dinero…

Adif asintió con la cabeza. Pues claro que sabía que yo tenía dinero.

—Mi abogado a hablado con ellos, pero no quieren negociar... Escucha, Adif, no podemos dejar que ese niño se quede sin la casa de su madre...

—محمد عبد الكريم الخطابي

—¿Qué? —Había dicho algo en árabe que yo no entendía. Una especie de nombre.

—Muhammad Ibn 'Abd el-Karim El-Jattabi.

—No sé quién es esa persona. ¿Alguien del pueblo?

Adif me miró con un aire de suficiencia.

—Abd el-Krim, mi héroe. Derrota a los españoles y a los franceses. Guerrillero. Corta gargantas de soldados españoles...

Empezó a mover la mano ante su cuello con el gesto de cortar, lo que, de verdad, hizo que me estremeciera.

—Vaya, me gusta, está muy bien, eso de invocar a un antiguo luchador. Y si pudieras hablar con el resto de gente del pueblo, los ancianos, los que observan a los recién llegados desde sus puestos de venta o desde los portales, para me avisen si ven a alguien extraño, husmeando o preguntando por mí, me harías un gran servicio. Tienes mi teléfono, puedes repartirlo si quieres...

—De acuerdo... —respondió, con mirada sagaz—. Pero tú busca quien era Abd el-Krim.

Fue lo primero que hice mientras él se dedicaba a servir el almuerzo al resto de mesas llenas de surfers. Google ofrecía muchos resultados sobre este personaje: Abd el-Krim había sido un líder rifeño que derrotó de manera aplastante a las tropas colonialistas españolas que dominaban el norte del actual Marruecos. El llamado "desastre de Annual" conmocionó a la sociedad española. El 21 de julio de 1921 una mezcla de factores provocó que la posición más avanzada en territorio enemigo del general Manuel Silvestre fuese pasada a cuchillo por guerrilleros de las cabilas locales. El resultado: entre 10.000 y 13.000 ataúdes llenos de soldados españoles muertos. Ahora entendía el gesto de Adif ante su garganta. Y me gustaba, sí. Cortaríamos el cuello a cualquier perro de guerra de Black Rock que enviaran a Taghazout.

—¡Adif! —le llamé cuando el trabajó aflojó y solo quedaban dos mesas. Se acercó y se sentó en la mía, algo que nunca había hecho antes. A lo mejor esa avance en nuestra complicidad había roto algunas de sus barreras de protocolo.

—En el riad donde yo vivo hay otras seis casas vacías. ¿Conoces a alguien que no tenga casa, o a alguna pareja de recién casados que vivan con sus padres y quieran independizarse?

—Sí, pero no tienen dinero para pagar...

—No tienen que pagar nada. Esas viviendas están vacías y son de un fondo buitre norteamericano que quiere derribarlo todo y levantar un

hotel de lujo, supongo, lo que hará que dentro de poco vivir en Taghazout sea tan caro que tengáis que iros a otra parte. Además, yo voy a comprarlas. Dentro de poco serán mías.

Durante unos instantes hizo gestos de avispado comerciante. En los altavoces sonaba *Ana Nejri w Zman Yejri*, de Zouhair Bahaoui. La humedad y el calor arreciaban mientras gigantescos cumulonimbos descendían sobre el pueblo en espirales de color añil oscuro.

—Pero si el hotel trae a Taghazout turistas con mucho dinero las casas de la gente también van a valer más dinero…

Eso hizo que yo torciera el gesto.

—No, Adif, esa es la forma más simple de verlo. El sistema funciona siempre igual en todos los lugares del mundo. Los habitantes del pueblo solo verán un mínima parte de los beneficios, la mayoría del dinero será para la gente que venga de fuera. Sí, sus propiedades valdrán más ahora, pero después, si sus hijos o nietos quieren comprarse una casa aquí, tendrán que pagar el mismo precio que un europeo o un americano, y te aseguro que no podrán comprarla. Tendrán que irse a otro lugar a vivir. Mira, Adif, te voy a ser sincero, a mí esto me importa una mierda, pero me da mucha rabia que la madre de ese chico haya muerto por culpa de un fondo de inversión que recorre el mundo haciendo lo que le da la gana…

¡Ja, ja, ja! Me hace gracia, pero en realidad no le dije ninguna de las últimas frases. Yo jamás compartía mis pensamientos con un extraño, y menos con esa familiaridad. Lo único que le dije a Adif fue: “No, Adif, esa es la forma más simple de verlo”, y ahí lo dejé, para que él reflexionara.

—Sí, es lo mismo que en أصيلة , Assilah. Lo compran todo americanos y rusos. Ningún marroquí puede vivir allí, demasiado caro…

Asentí fehacientemente con la cabeza y las manos abiertas hacia él, como indicándole: “¡bravo!”. Era el eterno dilema del progreso. Mi casa sube de valor cuando llega la especulación inmobiliaria, pero mis hijos no podrán comprarse ninguna cuando lo necesiten.

—¿Seguro que tú no cobras nada por las casas?

Esta vez negué con la cabeza, aunque no sabía muy bien qué es lo que estaba haciendo. Algo me decía que las cosas estaban tomando un rumbo demasiado incierto y que no me metiera en esos rollos de ayudar a la gente. Un demonio no puede ser un ángel, igual que un rottweiler no podrá ser nunca el perro guía de una persona ciega. Pero a veces la realidad puede disfrazarse. Veríamos qué salía de todo eso.

—Yo digo a la gente enseguida…

Se levantó y se fue hacia la barra, donde descolgó el teléfono y habló con diferentes personas durante media hora. Contemplé con horror que, al cabo de diez minutos, empezaban a aparecer hombres

jóvenes en la explanada, caminando a paso vivo hacia el restaurante.

—¡No, Adif! —le grité—. ¡Yo no pienso hablar con nadie!

Él vino corriendo hacia mí, con el teléfono en la oreja. Desde la cocina le perseguía un intenso olor a cordero asado.

—Son ellos, ¿verdad? Yo no pienso hablar, ¿eh? Encárgate tú. Encuentra un cerrajero y que cambie todas las cerraduras. Los gastos corren de mi parte. Distribuye tú las viviendas como quieras, a mí me da igual...

La idea de convertirme en benefactor de la comunidad no me hacía ninguna gracia, y muchos menos la imagen de una especie de besamanos en la que yo era el protagonista. En realidad lo que estaba poniendo en marcha era una barrera de "escudos humanos". Haidar llegó en ese momento. Había echado a correr al ver la cantidad de gente que se dirigía hacia el restaurante.

—¡Vámonos a casa Haidar! —le dije en cuanto estuvo al alcance de mi voz. Pero él tenía mucha hambre. Adif le puso la pizza en una caja de cartón y empezó a comer inmediatamente.

—¿Qué quería esa gente? —me preguntó con la boca llena, subiendo la primera callejuela cuesta arriba.

—Van a ser nuestros vecinos —respondí—. Vivirán en el riad.

—¿Y en mi casa también?

Me detuve en seco. No había pensado en ello.

—Ehh, sí... Escucha una cosa: tu madre estaría muy contenta al ver que otra gente puede vivir en ese lugar, así que lo que ella hizo ha servido para algo. ¿Me entiendes?

Qué va. ¿Cómo iba a entender un niño de nueve años algo tan sublime como la redención por el sacrificio de tu propia vida?

—¿Ha muerto para que otra persona tenga una casa? —dijo, con el timbre de su voz más estridente que nunca.

Me detuve en seco. De nuevo me había desarmado aquella criatura, su lógica aplastante.

—¡Sí, eso es! ¡Lo has entendido perfectamente! —celebré, mirándole divertido con las manos en jarras, aunque al mismo tiempo algo detrás de él llamaba mi atención, primero de forma casual, pero al instante la figura de una persona mirándome desde el pasillo del segundo piso del riad me obligó a focalizar toda la actividad de mi cerebro en ella.

Ahora sí. Ya estaban allí los perros de guerra.

Los llamábamos así en el argot del submundo que era en realidad todo mi universo.

Últimamente se trataba de ex-miembros de maras salvadoreñas o de albanokosovares tatuados hasta las cejas. Antes habían sido georgianos o ex agentes de seguridad norteamericanos a los que se les había terminado el millonario filón de la invasión de Irak. Gente que no preguntaba detalles del objetivo, seguros de sí mismos, amparados

en el pánico que provocaba la sola mención de los nombres de sus clanes.

En realidad eso me alegraba. Sí, que enviasen a perros de guerra estaba bien, significaba que los servicios de seguridad de Black Rock habían intentado reclutar gente entre los niveles más sofisticados y se habían topado con un muro infranqueable.

En definitiva, nadie en su sano juicio quería ocuparse de matarme.

Me refiero a ex-agentes de inteligencia o formadores de cuerpos especiales que necesitaban un dineral para costearse su adicción a la cocaína, pero no de forma tan desesperada. Esta gente "olía" al objetivo. Y mi olor no gustaba a nadie que deseara vivir unos años más.

Nuestras miradas se cruzaron. Noté cómo el tipo se estremecía. Llevaba toda la cara tatuada y la cabeza cubierta con una gorra de los Guns N' Roses.

Me metí rápidamente en un portal y tiré de Haidar hacia mí.

—Oye, ¿sabes lo que te dije de la gente que os estuvo molestando a tí y a tu madre? Pues están aquí, acabo de ver a uno…

—¿Vas a matarle? —me preguntó, con los ojos abiertos de par en par.

Eso me hizo mucha gracias.

—¡Ja, ja, ja! Pues sí. Le mataré con mi pistola, pero tú no puedes ver eso todavía. Es como… ¿sabes que a veces te digo que no veas según qué canales en Youtube porque son para mayores? Pues esto es lo mismo. Los niños no pueden verlo, aunque sean muy listos, como tú. Mira, necesito que te vayas a la tienda de Yussuf y me esperes allí, ¿de acuerdo?

—¿Se los vas a dar a los cocodrilos para que se los coman? —dijo, pero sin esperar respuesta, porque ya se alejaba por una callejuela lateral hacia la parte alta del pueblo, pisando con estrépito con sus sandalias sobre los adoquines mojados.

—Sí, sí, cariño mío… los cocodrilos van a darse un banquete hoy… —respondí, viéndole marchar, pero para mí mismo, en susurros. Era hora de trabajar.

Me encaminé hacia el patio del riad, pero antes se me ocurrió una idea. El tipo no podía estar solo, alguien debía esperarle más arriba. Volví a salir y me metí por una callejuela en la que apenas cabía una persona. El calor y la humedad eran terribles entre aquellos muros tan cercanos, a pesar de que cumplían su efecto de mitigar ese calor y esa humedad, estaban construidos de aquella forma después de siglos y siglos de experimentación. Salí a una calle un poco más ancha, en la que aún corría un hilo de agua de la reciente tormenta, y descubrí al segundo tipo. Estaba agazapado en un portal, mirando hacia todos lados. Tenía la cara tatuada, al igual que el otro, y además grandes

anillas en las orejas. Estaba muy bien situado y no había forma de acercarme sin que me viera. Desde un ventanuco de una casa de más arriba me llegaban las notas de una canción de Balti llamada Mawal.

—Salam Aleikum —escuché de repente, a mi espalda. Me dio un buen susto.

—Aleikum Salam —respondí, murmurando. Era un viejo pescador al que había visto muchas veces remendando sus redes en la playa, aunque él no salía ya a pescar, pero alquilaba su barca a los jóvenes. El anciano continuó su camino, pero a mí se me acababa de ocurrir una idea.

انتظر يا سيدي! هل تستطيع مساعدتي؟ أحتاج ملابس. اشتريت جلابتها مقابل خمسمائة درهم.

Le dije en árabe si podía hacerme un favor y venderme su chilaba por quinientos dirhams, aprovechando la música de Balti para que el tipo no supiera de donde venía mi voz. El viejo pescador me miró con cara de pasmo, pero su expresión cambió al ver el billete que yo había sacado de mi cartera.

Empezó a hablar dando la vuelta y regresando sobre sus pasos, subiendo de nuevo por la callejuela, mientras me decía que estaba loco si pensaba que iba a quitarse la ropa en la calle, y que si quería darle dinero por su ropa vieja de pescador que fuera con él a su casa.

—لن تتظاهر بأني أخلع ملابسي في الشارع. تعال إلى منزلي إذا كنت تريد ملابس للصيادين.

Le seguí, pensando que con el escándalo el tipo del portal acabaría largándose, pero no tenía ninguna otra idea mejor.

Al cabo de diez minutos me acerqué al sicario embutido en una chilaba que olía a pescado podrido, tarareando la nueva canción de Balti, que salía ahora por el ventanuco, llamada Valise, y le disparé dos tiros a la sien.

ماتبكيشي كان عبيت الفاليزة
والحي يروح و يرجع بين إماليه
ماتبكيشي ودمعتك عزيزة
واللي يمشي راجل ماتخفاش عليه
¡Pfiuu! ¡Pfiuuu!

El silenciador de mi .45 funcionaba muy bien, pero no se podía evitar que una bala saliera del cuerpo y rebotara en las paredes, o en los adoquines. Ese era el problema del .45, mataba a una persona en el acto a dos o tres metros de distancia, pero era raro que los huesos, aunque fueran los del cráneo, retuvieran los proyectiles. Lo mejor que pudiera pasar era que lo desviaran y la bala cambiara la trayectoria en un ángulo de noventa grados y penetrara hacia el pecho bajando por el interior del cuello. Allí se paraba seguro, rebotando en las costillas, haciéndolas puré. Un trabajito de muchas horas para un médico forense. El segundo de los proyectiles, sin embargo, salió de la cabeza

del tipo y se perdió rebotando calle abajo, provocando un estruendo de mil demonios. Mi intención era quedarme allí, escondido detrás de él, y matar al otro en cuanto apareciera, cansado de esperarme en el riad, pero ya era tarde para eso.

اي ناي ناه، اي ناي ناه ناه
اي ناي ناه، و شنقاسي بينهم انا
اي ناي ناه، اي ناي ناه ناه
اي ناي ناه، و شنقاسي بينهم انا

Continué tarareando la canción de Balti mientras pensaba. Intentar matar a perros de guerra acostumbrados a ser los depredadores era sumamente divertido, sobre todo porque ellos no concebían que hubiera alguien cazándoles. Su cerebro primitivo solo entendía que su objetivo era la presa, no el rey de los asesinos.

Coloqué de nuevo al tipo en la misma posición de antes, intentando disimular la mancha de sangre de la pared de aquel portal pintado de un precioso color añil, y empecé a subir la cuesta mientras llamaba a Rashid.

—¿Rashid? Carlos. Bien, como siempre. Otra entrega. Sí, en un portal en una calle paralela a la de la última vez. ¿Vienen los mismos? Bien, me gustaron. Un tipo con una gorra. Le verán enseguida. Y dentro de un par de horas habrá otro paquete. Sí, en las afueras del pueblo, dentro de un coche. Yo esperaré cerca, les haré señas… ¿Qué?

Rashid me dijo que me habían cortado el crédito, que lo estaba comprobando en aquel preciso momento.

—...pero no me importa. Yo siempre trabajo contigo, y tú lo sabes. Me pagarás algún día —me aclaró.

—Gracias, Rashid.

Corté la llamada mientras salía a la parte alta del pueblo, jadeando por el esfuerzo de la subida. Taghazout estaba metido en una hondonada y descendía en forma de terrazas hacia la playa. En la cresta de la colina estaba la carretera y la nueva calle principal donde Yussuf y Hassan tenían sus negocios. También se situaban allí la mayoría de nuevas casas de una sola planta construidas a toda prisa en los últimos años para alojar a los surfers, casi todas propiedad de inmobiliarias de Agadir. Pero allí arriba el paisaje era anodino y su único y poco atractivo aliciente era el paisaje desértico, sembrado de arbustos resecos, que se extendía hacia el interior, hasta donde alcanzaba la vista. Por eso los agentes de Black Rock estaba seleccionando edificios antiguos con inquilinos fácilmente asustadizos en las entrañas de los barrios pesqueros, los que resultaban irresistibles para los inversores de alto poder adquisitivo.

Lo primero que quería hacer era comprobar que Haidar continuaba en la tienda de Hassan y no se le había ocurrido volver al riad.

Sí, estaba allí, enseñándole una tabla de surf a un cliente que tenía

pinta de ser francés. Me alegró que el chico pusiera interés por ayudar a Hassan en la tienda, aunque esperaba que, si se quedaba conmigo, nunca le hiciera falta trabajar.

Ahora que estaba más tranquilo con Haidar tenía que encontrar el coche de los sicarios. Debía ser alquilado, y si no me fallaba mi intuición, seguro que era un modelo de alta gama, algo que yo jamás haría. Llegar a un poblado pesquero con un Audi Q7 como el que estaba viendo en ese preciso momento aparcado en la carretera enfangada era como escribir en un cartel: “Pégame un tiro” y ponértelo en la frente.

Empecé a andar por la carretera con mis sandalias pisando los charcos de barro mientras pensaba en lo que me había dicho Raschid sobre mi crédito cancelado. Vaya, la cosa iba más en serio de lo que había supuesto. Así que el nivel de alarma debía ser 2, y no 1, como pensaba hasta ahora. El nivel 1 significaba que podía resolverlo con mi .45. El nivel 2 requería un armamento algo más sofisticado y un par de llamadas a financieros que no me conocían de nada, solo sabían que gestionaban una fortuna a nombre de un inversor con la clave CF6X4R.

De pronto, bajo el fulgor del sol sobre los charcos que ya estaban a punto de evaporarse para siempre, se destacó la figura de un carrito tirado por un asno escuálido y montado por un chico de unos doce o trece años. Levanté la mano para detenerle. El carro iba lleno de sandías.

—¿Me lo prestas por un par de horas? —le dije.

El chaval me conocía. Sabía que yo era el que le había comprado a Haidar el super equipo de surf, y se echó a reír cuando le di un billete de quinientos dirhams mientras saltaba del carro y, tal como le había pedido, desaparecía corriendo hacia el pueblo, en busca de sus amigos a quien darles la noticia.

Tomé las riendas del burro y empecé a alejarme por la carretera. Estaba terriblemente cansado y tenía muchas ganas de que se terminara todo aquello por ese día.

Cuando estaba intentando que el animal se quedara quieto en la cuneta a la distancia suficiente del coche llegaron los limpiadores. Llevaban una furgoneta de una empresa de pan. No me reconocieron, pero no hacía ninguna falta que les indicara dónde estaba el paquete que debían recoger.

Y casi en el mismo instante en que la furgoneta desaparecía en el interior del pueblo vi al otro sicario que se escurría sigilosamente hacia el SUV. Ya debía haber encontrado a su compinche y también se había cruzado con los limpiadores, así que se había dado por enterado de que ese no era su día. Pero yo no aplicaba nunca ese refrán de “a enemigo que huye puente de plata” por más que a un montón de tipos

como ese les hubiera gustado. Arreé al animal para que caminara de nuevo, como si estuviera abandonando el pueblo, pero justo por el centro mismo de la carretera.

El Q7 pronto se puso detrás de mí. Me di la vuelta y descargué todo el cargador contra el parabrisas, dejando la última bala. El Audi viró a la derecha y se estrelló contra el talud embarrado con un CRASH inorgánico. Salté del carro y, abriendo la puerta del conductor, le saqué del coche y, en el suelo, le disparé bajo la nariz. Después le arrastré al otro lado para que no le vieran si pasaba alguien. Ni por asomo se me ocurrió intentar subirle al coche, no tenía fuerzas ni para respirar.

Cuando llegaron los limpiadores les ordené que se llevaran también el coche y ahí acabó mi trabajo por ese día.

Bastante limpio y ordenado.

Estaba satisfecho conmigo mismo, y para rematar mi satisfacción se me ocurrió pasar por la tienda de Hassan y que Haidar me viera con mi disfraz, seguro que se reiría un montón y me preguntaría si me había dado trabajo Adif para que le llevara el pescado a su restaurante.

Pero al llegar no estaba en la tienda. Encontré a un chico de unos catorce años, de rasgos muy parecidos a Haidar y de su misma complexión física.

—¿Estabas tú antes enseñando una tabla a un cliente? ¿Hace media hora?

El chico me dijo que sí.

—¿Conoces a Haidar? Estuvo aquí antes. ¿Hace mucho que se ha ido?

Llegó buscando a Hassan, me explicó, pero este se había ido a Agadir a comprar prendas de ropa. Sí, conocía a Haidar. Al no encontrar a Hassan se había ido enseguida.

No…

No, no, no…

Me estaba dando cuenta de mi error…

¡No! ¡No!

Salí corriendo, pero de todas formas ya sabía lo que había ocurrido.

Pasé junto al portal donde había matado al sicario. Solo quedaba un charco de líquido para descomponer el adn de la sangre.

Un griterío me llegó del riad justo antes de bajar por el último callejón.

Encontré un montón de gente fuera, delante de la fachada, y también dentro, rodeando la fuente del patio que, con la tormenta, aparecía llena de agua, como si hubiera retrocedido en el tiempo. Eran los que había convocado Adif en el restaurante, hombres jóvenes, la mayoría parientes suyos, para comunicarles que el extranjero

millonario había comprado el viejo edificio del riad y les dejaba vivir en él sin ningún coste. Encabezados por Adif, pegado al teléfono y llamando a un cerrajero de Agadir, la comitiva subió entre una algarabía festiva a visitar sus nuevas casas.

—¡Noooooo!

Fue el propio Adif el que me sujetó, pero no hacía falta, porque yo ya no tenía ni un gramo de fuerza en mis músculos atrofiados por la morfina.

Ni un gramo.

Haidar estaba en el suelo del pasillo, sobre un charco de sangre de color negruzco en el que pululaba una nube de moscas, con un orificio en la frente.

El sicario le había matado, probablemente por error.

Perdí el mundo de vista y caí desmayado, me dijeron. Me golpeé la cabeza. No tuvieron tiempo de sujetarme.

Lo siguiente que recuerdo es caminar esposado entre dos agentes uniformados de la Gendarmería Real y que me presionaban la cabeza vendada de manera burda para que no me golpeara al entrar en el furgón policial.

Al cabo de cuatro días me permitieron, o mejor dicho me obligaron, a hacer una llamada telefónica. No sabían qué hacer conmigo, nadie preguntaba por mí. Tumbado en un catre mugriento de los calabozos de la comisaría, acusado de asesinato, pero con tanta pena que el abogado de oficio dijo: “parece que al que han matado ha sido a él”.

Al final llamé por un tema físico e inaplazable. El síndrome de abstinencia empezaba a hacerse insoportable y ni siquiera mi desesperación por la muerte de Haidar lograba encubrirlo al cabo de cuatro días.

—Código CF6X4R. Necesito un abogado enseguida en la comisaría de la Gendarmería Real de Agadir, en Marruecos. Después quiero que busquen a Abdallah Marrash, en el *quarter* de Takadoum, Rue de la Mosquée, 4, tercero B, también en Agadir. Es un enfermero del Hôpital Cheikh Zayd. Que venga a verme a la comisaría, díganle que quiero la medicina para mi enfermedad. Sí, lo necesito todo para ayer. El nombre es Miguel Ángel Guerrero Martínez…

Vino un abogado de Rabat y, al cabo de dos interminables horas, me estaba chutando una dosis en los baños del sótano.

Me soltaron al día siguiente. Dos testigos, el viejo pescador de la chilaba y el niño del carro lleno de sandías, corroboraron que yo no estaba en el riad cuando alguien disparó a Haidar, y la muchedumbre de futuros inquilinos que me vio llegar y relató la escena a los detectives corroboró que yo no tenía nada que ver en eso. Porqué me había vestido de aquella manera y porqué había alquilado el burro y el carrito quedaron como parte del comienzo de una fiesta surfera de

disfraces.

Pagué otra sepelio en la misma funeraria que se había encargado del cuerpo de Dúnya Abdel Hamed hacía apenas dos meses.

Lo mismo, está vez para su hijo, sin escatimar en gastos.

Aquella misma tarde tomé un taxi hacia el aeropuerto de Rabat y compré el primer vuelo que encontré a cualquier parte. Después de cuarenta y ocho horas me caí de un taburete en una cantina de La Habana, cerca de un pequeño puente sobre el río Almendares que separa La Habana propiamente dicha de la Gran Habana.

—¿Qué ocurrió, m'hijo? —me preguntó la camarera después de levantarme y pedirle el quinto Cuba Bella.

—Algo terminó como la Fiesta del Guatao —le dije, lo que significaba que un asunto acabó de forma desastrosa.

Yanet, la camarera, acabó de dar forma a ese cóctel nuevo que todo habanero que pudiera permitírselo (el original o un sucedáneo de los que había miles de clases diferentes) bebía en aquella época: Primero tomamos la receta original del daiquiri (ron blanco, zumo de limón, y almíbar) y la convertimos en un frapé, luego le agregamos dos ingredientes nuevos, la granadina y el licor curaçao azul, para crear indicaciones visuales de la bandera cubana.

—Tás muerto en vida, m'hijo. Es como si te viera en el otro lao —me dijo, mientras me acercaba el vaso.

—Ño, me saqué la Rifa del Guanajo —le respondí, con los ojos llorosos, y no volví a hablar más en toda la noche. Desperté a eso del mediodía tirado en una orilla húmeda y fangosa del Almendares, rodeado de parras y árboles gigantes.

El dolor por ese niño era inmenso, no me lo sacaba de la cabeza.

Mi maldita memoria, a la que no conseguía ahogar ni con mil cócteles de curaçao azul, me devolvía una y otra vez, como si fueran plásticos con los que el mar tapiza una playa del sudeste asiático, el tono agudo de la voz de Haidar, sus grandes ojos almendrados, sus pechos bamboleantes, su apetito voraz por las pizzas.

—¡Ja, ja, ja! ¡Te gustaban mucho las pizzas! ¿Te acuerdas, Haidar? ¡Tú comías y yo te miraba! Esos trozos que se inclinan hacia abajo, chorreando grasa…

Hablaba solo, deambulando por la ciudad. Una mañana, cerca de Miramar, empezaron a seguirme dos mujeres que agitaban una gigantesca lata de salsa de tomate, robada del algún restaurante caro, gritando: "¡15 pesos! ¡Para nuestros hijos!". Les dí los quince pesos y, allí mismo, sentado sobre la acera, abrí la lata con una navaja y empecé a beberme el contenido. Hacía tres días que no comía nada.

Tenía la impresión de que, por fín, me iba a morir. Acabaría mis jodidos días en la Habana, hasta que una astuta funcionaria del MININT con su uniforme caqui con charreteras verdes y falda hasta la

rodilla, el pelo tirante, me abordó en la calle:

—¿Quién es usted? —me preguntó.

—Turista —dije, mirando al suelo, tambaleándome.

—¿Tiene acreditación para estar aquí? —me gritó.

Le enseñé mi pasaporte con la Visa de entrada.

—Vino por treinta días, le quedan dos… —me devolvió el documento y pasó por mi lado, ignorándome. En ese momento me di cuenta, de rodillas y llorando a lágrimas viva por Haidar, el niño que me llamaba papá, de que la condena que arrastraba no acabaría con mi cuerpo tirado en un callejón de Cerro, de Plaza o de Vedado, tampoco esta vez. Era imposible morir, por lo visto.

Aquella noche me desperté dando alaridos en el hotel. Había tenido una horrible pesadilla. Haidar salía del armario, con la cara descompuesta y llena de tierra, metiéndose un dedo en el agujero de la frente. Bebí un interminable trago de coñac mientras el teléfono no dejaba de sonar debido a las quejas de los vecinos y me levanté de un salto para ir al aeropuerto.

IX

—De acuerdo, el patrimonio total de su cartera invertida en la gestora Black Rock es de treinta millones de dólares, distribuidos en los siguientes productos: BGF World Technology Fund, BSF European Absolute Return Fund, iShares Core S&P 500 UCITS ETF e iShares Core € Corp Bond UCITS ETF…

—Vale, mañana por la mañana quiero traspasarlo todo al fondo BMO, de Aberdeen.

La chica con la que estaba hablando tecleaba furiosamente en su ordenador.

—Vaya, es una buena elección. El BMO ha aumentado el peso en Rusia comprando la cadena de supermercados Magnit para rentabilizar el aumento del consumo de los países emergentes…

—Y también necesito concertar una cita con Arthur Fink, el responsable de Aladdin, para última hora de esta tarde —la interrumpí.

La asesora financiera con un master en Princeton que gestionaba mi cartera de inversión vaciló unos instantes.

—Supongo que sabe que nuestros servicios incluyen un asesoramiento personalizado, de forma presencial o telemática, las veinticuatro horas del…

—Haga lo que le digo. Estaré en Nueva York toda la semana —insistí. Corté la llamada enseguida.

Resultaba tan curioso… Hasta el momento tenía una parte de mi dinero en la compañía de inversión que enviaba a los perros de guerra que habían terminado matando a Haidar. El dinero no entendía de causas, rencores y venganzas y recorría el planeta tan rápido como una ráfaga de viento.

Pero esta vez la ráfaga llegaría hasta el otro extremo del mundo en forma de sangre pulverizada.

Me guardé el teléfono en el bolsillo y miré hacia el rascacielos que se erguía delante de mí, majestuoso y altivo como el cetro de un emperador. Era el edificio Park Avenue Plaza 55 East 52nd Street, la sede de la gestora de activos más grande del mundo que despegó gracias a la caída de los gigantes Bear Stearns y Lehman Brothers, en la crisis financiera de 2008. En la actualidad gestionaba activos por valor de seis coma tres billones de dólares, lo que suponía un tamaño mayor incluso que el de la economía alemana.

Tras observar durante unos instantes el rascacielos subí a un taxi y le pedí que me llevara al Papaya Dog, en la 55. Allí estuve esperando sentado en una mesa de la terraza a que mi teléfono sonara mientras

comía medio hot dog (después de un rato sin tocarlo vino un mendigo que me había estado observando y me preguntó si no quería lo que quedaba. Le dije que no con la cabeza) y me bebía cinco cervezas.

—Le hemos concertado una cita con el señor Arthur Fink, a las cuatro y treinta y cinco. Tendrá su autorización para acceder al edificio y subir hasta el piso treinta y dos en la recepción.

—Gracias.

Eran las tres y veintidós. Tomé otro taxi y me dirigí de nuevo al Park Avenue Plaza.

El software de riesgo financiero Aladdin era utilizado para predecir las consecuencias que podrían tener para una cartera los peores escenarios. Sus usuarios incluían fondos de pensiones, aseguradoras y gestoras de activos. Black Rock utilizaba Aladdin en operaciones por valor de más de dieciocho billones, y representaba el treinta por ciento de sus ingresos.

A las cuatro y treinta y siete, mientras le estrechaba la mano, disparé a Arthur Fink, un hombre de pelo canoso de unos sesenta y cinco años, en la frente y debajo de la nariz, y le dejé sentado en su escritorio, vuelto hacia la inmensa cristalera de su despacho ante la que pavoneaba el skyline de Manhattan. Antes de salir le hice varias fotos y un video con el móvil. A continuación disparé a sus dos secretarias, les hice fotos y me largué de allí.

A las seis en punto envié el video y las fotografías a un correo electrónico que salía en la página web de CBS News, tomando el tercer Spritzer en la barra del Sky Terrace, en el Hudson Hotel.

Después de aquellos años de vida ascética en Marruecos había vuelto a los gustos caros y refinados. Una prostituta de lujo me estuvo mirando durante un buen rato, a ver si le arreglaba la noche, pero la disuadí con un gesto de mi dedo índice doblado hacia abajo, señalando a mi entrepierna y moviendo la cabeza en sentido negativo, dejándole entrever que la polla no se me levantaba.

Al día siguiente el reportaje gráfico de la masacre en el despacho de Arthur Fink y un traspaso de treinta millones hacia un fondo ruso a primera hora de la mañana desencadenó un oleada de ventas en los fondos gestionados de Black Rock, con el consiguiente agujero de un billón de dólares en su patrimonio.

Yo me quedé una semana enclaustrado en mi suite del Hudson Hotel, chutándome dosis brutales de morfina y llorando por Haidar, pobre criatura. Lo que más me dolía era que estuviera solo en aquel cementerio de Agadir, solo bajo tierra, sin nadie en la superficie que velara por él y le transmitiera su amor; pero acababa consolándome pensar que le hubiera hecho mucha gracia lo del despacho del edificio de Black Rock, mi forma de atacarles en su centro neurálgico.

“¿A ese tipo del despacho de cristal y a las dos viejas brujas que

trabajaban para él se los comerán los cocodrilos?"

—¡Ja, ja, ja! En este caso no, Haidar, porque justamente quiero que todo el mundo los vea. Cuando se echa a alguien a los cocodrilos es para que no se sepa nunca más de él, nunca jamás…

"A no ser que un cocodrilo le cuente a otro lo que ha cenado y alguien les oiga"

—¡Ji, ji, ji! Eres el mejor Haidar… Eres el niño más divertido y espabilado que he conocido nunca… Tendrías que… que estar ahora aquí, conmigo para… para recorrer la ciudad juntos y… ¡Joder, tío! ¡Llevo todo el día llorando!

La frontera entre lo irreal y lo tangible era sutil y muchas veces inexistente, y a mí, después de un chute de lo más cargado, solía confundirme, de forma que hablaba con Haidar durante horas mientras el mayordomo, que esperaba en la cocina de la suite a que le ordenara alguna cosa, escuchaba con la boca abierta.

Maté a seis personas más en los siguientes cuatro días. Al azar. Tomaba un taxi hasta Park Avenue Plaza, esperaba a que saliera alguien solo de la sede de Black Rock y le seguía hasta un restaurante, un garaje o un salón chino de cuidado de uñas. Tres mujeres y tres hombres, pura casualidad. Cuatro de ellos con el lazo y dos con el .45. En baños de cafeterías, en ángulos muertos de aparcamientos o en bancos de parques soleados ante lagos repletos de patos y cisnes. Sabía que alguien que hasta ese momento se consideraba muy listo llevaba varios días sin dormir constatando que la operación de Amberes y la de un jodido pueblo de pescadores de Marruecos había sido un error absoluto, el mayor error de toda su carrera en los departamentos de inteligencia de grandes compañías cotizadas, y que el asesino solo pararía cuando le diera la gana, y que nada ni nadie en el mundo podía hacer nada para detenerle.

"¿No te has cansado ya, papá? ¿Cuándo vas a volver a casa?" me preguntó Haidar una semana después, ante el Citibanamex, el Banco Nacional, la filial de Black Rock en Ciudad de México, en la demarcación de Cuauhtémoc, Isabel la Católica 44, Colonia Centro.

—Nunca me cansaré de vengarte, cariño mío —le respondí—. Igual que nunca me cansaré de recordarte.

Eso pareció gustarle y se quedó en silencio mientras yo esperaba, sentado en un banco, a que saliera por la puerta alguien a quien resultara fácil matar.

Dejé nueve cadáveres más en Ciudad de México.

Pero no me bastaba, no lograba saciar mi rabia; siempre continuaba teniendo sed.

Entonces hice algo totalmente ilógico e inesperado para quienes observaban día y noche una pizarra con cruces marcadas en planos de ciudades, dedicados a la extenuante tarea de predecir mis pasos: volví

a Nueva York y maté a la vicepresidenta de la compañía, Hellen Mcleod, y a sus tres guardaespaldas.

Fue más bien casualidad. Estaba tomando un perrito con salsa de cebolla en el Papaya Dog cuando se detuvo una limusina y esa mujer descendió del coche ¡para venir a almorzar a mi lado! La reconocí por las fotografías que salían en Google. La vicepresidenta, nada más y nada menos… y yo a dos mesas de distancia, contemplando embobado la silueta del Empire State.

Le disparé a la cabeza primero a ella, porque los escoltas está programados para agruparse y cubrir a su protegido, y fue facilísimo matarles antes de que pudieran ni siquiera sacar sus armas, reunidos los tres sobre la mujer, cabeza con cabeza.

"Ahora sí, ¿no, papá?" me dijo Haidar ese día, al anochecer. Yo estaba tirado en un camastro de una sucia pensión. Aquella vez, por algún extraño motivo, no me había hospedado en el Hudson. "¡Quiero volver a casa, papá! ¡Estoy cansado de hoteles y de perritos calientes! ¡Tampoco son tan buenos, los del Papaya dog ese!"

Yo le miré, sentado a mi lado, y, mientras levantaba la mano para acariciarle esa melena de surfero, le sonreí.

—Sí, de acuerdo, cariño. Vale, volvamos a casa. Creo que… bueno, he aplacado mi sed por una temporada…

Decidí regresar en barco y compré un pasaje en el transatlántico Princess Cruises que zarpaba de Fort Lauderdale. El trayecto duraba dieciséis días, desde Fort Lauderdale a Punta Delgada, en las Azores, luego Santa Cruz de Tenerife y por último Casablanca, donde me bajaría, aunque la nave continuaba hasta Barcelona. A Haidar le encantó la idea del transatlántico, sobre todo cuando vio la cantidad de niños que iban a bordo y el inacabable programa de actividades de animación. Lo mejor para él era, por supuesto, la piscina donde se podían surfear olas estáticas. Me animó a meterme con él, pero para mí fue un completo desastre, y escuché cómo se reían a carcajadas hasta los pinches de cocina. Tuvieron que sacarme medio muerto de aquella horrible piscina.

—Algún día tendrás que reconocer que ese niño ya no existe…

De repente, mientras todavía jadeaba tumbado en una hamaca, escuché la voz de una mujer que pasaría conmigo el resto del crucero.

—¿Cómo? ¿El niño…? Sí, se llama…

—No se llama nada… ¡No hay ningún niño! ¿Qué pasó con tu hijo? Lo perdiste, ¿no? Lo que te ocurre es algo muy frecuente cuando nos falta un hijo, créeme, a mí me ocurrió lo mismo. Mientras algunas personas lo superan con el paso del tiempo, para otras resulta imposible y se convierte en una sombra que los acompaña sin salida. Este último caso es el del llamado "duelo complicado", un síndrome que ha sido empíricamente demostrado gracias al registro de imágenes

de la actividad cerebral de personas que lo padecen. Los resultados han demostrado que el "éxito" de este tipo de duelo para prolongarse en el tiempo se debe a que activa en el cerebro un circuito de recompensa, convirtiéndose en una verdadera adicción. El duelo complicado es muy jodido, lo sé. Me llamo Yaiza, ¿y tú?

Yo miraba a la mujer boquiabierto. ¿De verdad me estaba preguntando mi nombre después de soltarme aquel rollo? ¡Joder, no la conocía de nada!

—Carlos —le respondí al cabo de unos instantes, ¿qué más me daba? Los altavoces extrudidos en los mamparos escupían las notas de X Gon' Give It To Ya, de DMX.

—Dime, ¿por qué lo amabas tanto? Sé que es una pregunta jodida, pero te aseguro que vale la pena respondértela a tí mismo —dijo la mujer, con el mismo tono de familiaridad de antes, como si no acabara de verme por primera vez en su vida.

—No creo que el amor tenga motivos —respondí, tiritando por el esfuerzo de la endiablada piscina de olas estáticas.

—Y tanto que sí.

—Yo creo que el amor surge primero y los motivos vienen después. Cuando hablo con él, tengo la sensación de no necesitar nada más…

Me sorprendí de mis propias palabras, y aquella verdad inesperada hizo que mi corazón se encogiera de golpe y que una cascada de lágrimas empezara a caer por mis mejillas.

—No puedes seguir engañándote y fingiendo que estás bien —aseguró Yaiza.

—No me estoy engañando —me empeciné. No sabía que fuese tan transparente. ¿Cómo demonios había adivinado aquella mujer entrometida que Haidar estaba muerto y que yo le hablaba como si continuara viviendo a mi lado?

—Vale, entonces no sabes todavía que la mitad del barco ya se ha dado cuenta de que le hablas todo el tiempo a un niño imaginario, y hasta un insecto se daría cuenta de que ese niño era tu hijo, que murió y te niegas a admitirlo —Ahora Yaiza se había situado muy cerca de mí, con los brazos en jarras. Era de estatura alta y caderas abundantes que acentuaban las tiras de su bikini. Tendría unos treinta años, como yo. Una melena pelirroja, piel muy blanca, cubierta de pecas y voz gutural parecida a la de un hombre.

—No lo hagas por él, hazlo por tí.

—Muy bien —me levanté, secándome los ojos con los nudillos—. Gracias.

—Hazlo por tí, para permitirte a ti mismo ser feliz. ¿De qué te servirá elegir el camino de la desgracia? ¿Te alimentarás de la amargura?

—¿Qué? —de repente me eché a reír. Aquello ya parecía un sermón

de la Iglesia Metodista de la Santísima Venida. ¿Sabría aquella mujer que se había cruzado con algo parecido al Anticristo? Empecé a caminar hacia mi camarote, tambaleándome. Por suerte no me siguió, pero yo me volví y le grité:

—¡Métete en tus cosas!

Al tumbarme en mi cama me sentía como si me hubiese violado, la verdad. Esa forma de analizar mis sentimientos… No, no me gustaba en absoluto. Y encima había dicho: “la mitad del barco ya se ha dado cuenta de que le hablas a un niño imaginario…”

¿Haidar un niño imaginario? ¡Maldita sea! ¿Y cómo podía olvidarle, dejarle atrás? Ese niño había representado algo que jamás creí que pudiera llegar a suceder: convertirse en mi hijo de verdad. ¡Él mismo, por decisión propia, me había llamado “papá”! Sin pedírselo yo, así que se trataba de algo que expresaba un sentimiento real...

Tan real como que todas las que personas que me rodeaban, excepto Elena, terminaban bajo tierra o convertidas en ceniza...

¿POR QUEEEEEEEEEEEÉ?

😣😢😞😰😤👿💀💀💀💀

Lloré durante horas dibujando esos extraños emojis que me había enseñado Haidar en una hoja de papel higiénico hasta que, para lograr dormir aunque fuera media hora, me metí un chute descontrolado que casi me llevó a rozar la sobredosis, algo que representaba la peor de mis pesadillas; controlar el límite era algo que llevaba a rajatabla, pero el desconsuelo por el recuerdo de aquel niño muerto por mi culpa me superaba como lo haría una *rogue wave*, una de esas olas gigantes y vagabundas que hacen desaparecer barcos muy grandes, incluso petroleros, en medio de los océanos.

—No terminamos nuestra conversación del otro día…

Pero resulta que un transatlántico acaba siendo un patio de gallinas al cabo de una semana de navegación, y me encontré a esa mujer nada más asomar las narices a la cubierta de proa para que me diera el sol unos instantes, porque parecía un auténtico muerto viviente y el personal de limpieza me había dejado varias notas avisándome de que si no les dejaba entrar a limpiar mi camarote en los siguientes dos días no volverían durante el resto del crucero. Le di cien euros de propina a la señora de la limpieza que, antes de ver el dinero, me miró con expresión furiosa y salí del camarote para dejarla trabajar.

—¿Qué? Yo no… no deseo entablar conversación…

La mujer ya no tenía la piel tan blanca, porque se notaba que había estado tomando el sol a mansalva, pero la melena pelirroja, la piel cubierta de pecas, su voz gutural parecida a la de un hombre y el bikini de tiras que le acentuaban las caderas con estrías indelebles de una pérdida de peso, todo continuaba igual.

—Ni tú ni yo deseábamos estar en esta situación… —dijo, y en ese

momento encontré un detalle que sí había cambiado: su inflexible determinación ya no existía, por otra parte algo que resultaba muy misterioso, era como si su marca de agua hubiera sido borrada por algún tipo de solución cáustica (aunque ahora mismo, desde una cierta perspectiva, me pregunto si no sería un cambio predeterminado para lograr traspasar mi blindaje, tal como sucedió en las próximas horas). —Siento lo del otro día. No tenía derecho, lo sé, pero te vi tan… hundido.

—Ehhh… ¿cómo te llamabas? —le pregunté, apoyándome en la barandilla con los ojos entrecerrados por el deslumbrante fulgor del sol.

—Yaiza. Es un nombre canario, en realidad es el nombre de un pueblo que está al sur de Lanzarote.

—Bueno, Yaiza, te explico… Yo… quiero estar solo, eso es todo. Quizás podríamos ahorrarnos todo este esfuerzo.

En ese momento se desinfló, categóricamente. Exhaló el aire de sus pulmones y fue como si alguien pinchara uno de esos flotadores de color rosa en forma de pelícano que tanto se veían en las playas en los últimos años; incluso había visto uno entre las olas de Taghazout.

—De acuerdo yo… ¡buuufff! ¿A qué parezco muy estúpida? —respondió. Había expelido tanto aire de sus pulmones que de repente parecía diminutiva, la mitad de su tamaño original. Eso me sorprendió mucho, la verdad. Empezó a alejarse entre la muchedumbre de la cubierta. La observé unos instantes, sus caderas marcadas, la piel de la espalda maltratada por el húmedo sol del océano… reconozco que estuve tentado de salir tras ella, pero no lo hice. En dos segundos se me había ido la idea de la cabeza.

Aquella noche sentí algo de hambre y, en contra de mi costumbre, no pedí la cena en el camarote y me acerqué al buffet del restaurante principal.

Una maître de sonrisa dentífrica me retuvo en la entrada.

—Están todas las mesas ocupadas. Tendrá que esperar al menos un cuarto de hora, a no ser que quiera compartir…

Yo sabía que no iba a comer nada, que me sentaría con el plato delante, me bebería un par de copas de vino y me largaría de allí, así que no me importó sentarme con alguien al que no pensaba hablarle en absoluto.

—Sí, está bien. Si hay alguna mesa enseguida, aunque sea… sí, a medias, me da igual —asentí, arrepintiéndome al mismo tiempo.

La maître me sonrió y se alejó hacia el fondo entre un caótico bullicio de niños y padres en bermudas.

—Hay una señora que ha aceptado compartir. Sígame.

Por supuesto era Yaiza. ¿Quién más podría ser? Le sonreí en un gesto involuntario al verla, sentada en una mesa, sola, con los

cubiertos en la mano. Ese gesto pareció otorgarle de nuevo el aire que había perdido por la mañana, en la cubierta. En serio, ví cómo aumentaba de tamaño mientras me devolvía la sonrisa.
—Mira, el solitario... —dijo.
—Pues sí, aquí estoy…
La mâitre me preguntó si deseaba algo de beber.
—Una botella de… —de repente cambié de idea respecto al vino. No me gustaba la idea de concederle a Yaiza la excusa de retenerme con el gesto de llenarme la copa. —Un bourbon, un Four Roses, con mucho hielo.
—¡Bueno! Acabo de llegar —exclamó ella—. Voy a buscar algo de comer… —se levantó, pero volvió a sentarse de inmediato, al ver que yo no me movía.
—No tengo mucha hambre —me adelanté a su pregunta—. Solo… beber algo…
Yaiza esbozó una sonrisa levantando su lado derecho de la boca.
—¡Está bien! Te lo traeré yo… —sentenció, con un suspiro, mientras se alejaba para desaparecer entre la multitud que rodeaba el buffet. Yo también estuve a punto de levantarme y correr a encerrarme en mi camarote, pero me retuvo la mâitre con mi bourbon.
—Un estupendo ragout de ternera, emperador a la plancha y unos crudités con aceite balsámico. ¿Qué te parece?
El estómago se me revolvió al ver la comida, pero logré disimular bastante bien, más que nada para no tener que dar explicaciones.
—Está bien, probaré el pescado…
—¿Cuánto hace…? —dijo ella, mientras me pasaba el plato.
—¿Qué?
—Que murió tu hijo. ¿Cuánto hace? Ya te dije que soy activista en el tema del duelo. Pienso ayudarte quieras o no.
—Muy poco… un mes, o así… —contesté, resignado.
—Separado, ¿no? Ya estabas separado antes, porque no te ha dado tiempo de romper con tu mujer en solo un mes. Las separaciones entre padres que han perdido hijos suelen darse al año, aproximadamente. Se produce un hueco, ¿sabes?, que intenta mantenerse por ambos miembros de la pareja como homenaje a ese hijo perdido, pero al cabo de un año, cuando ese abismo se cierra, se dan cuenta de que están viviendo con un extraño…
—¡Bufff! Que buena detective serías —le concedí.
Comimos un rato en silencio amparados por el estruendo de voces, platos y cubiertos que nos rodeaba.
—¿Cómo sucedió? Si quieres contarlo, claro, no estás obligado, pero si lo intentas verás lo bien que sienta.
—Ehhh… un sicario de una mara salvadoreña le disparó en la frente, aquí, entre los ojos… (Por supuesto que no dije eso) … le

atropelló un coche. En Las Vegas. Estábamos de vacaciones en Las Vegas, él y yo. Haidar siempre quiso ir a ese maldito lugar.

—¡Oh, por Dios! ¿Haidar has dicho? Qué nombre tan bonito.

—Es marroquí. Haidar nació en Taghazout, un pequeño pueblo costero de Marruecos. Practicaba el surf. En ese sitio se hace mucho surf. Siempre hay olas, todo el año, en invierno y en verano, aunque casi siempre es verano por el clima desértico…

¿Esa mujer no quería que hablara? Pues lo hice, vaya que sí lo hice. Durante horas, sin parar, bebiendo un bourbon tras otro. Después de cenar continué hablando en el bar, durante el espectáculo Ladymen, mientras un grupo de transformistas recorría las mesas buscando voluntarios para disfrazarlos de mujer. Uno de ellos me agarró del brazo para sacarme al escenario, pero le fulminé de tal forma con la mirada que me soltó al instante.

—...se pasaba el día con los videojuegos, aunque después se enganchó a esa plataforma llamada Roblox, en la que juegas con amigos virtuales. Tenía un montón de amigos y se comunicaban por Hangouts, con el móvil, mientras jugaban en el ordenador a Adopt me, a algún Tycoon, a un parkour o a un obi…

No sé como Yaiza aguantó tanto tiempo escuchándome sin parar, pero al final, cuando la camarera nos dijo que cerraban la discoteca del barco, a eso de las cinco de la mañana, estaba tan borracha que apenas se mantenía en pie. La llevé a su camarote a rastras, dando tumbos por los pasillos. No estaba muy lejos del mío.

—Q-quédate co-conmigo, p-por favor… —balbuceó, cuando la tumbé en la cama, de lado, por si vomitaba—. Yo… yo t-también quiero ha-blarte d-de mi hi-hija…

—Está bien —le dije. Fui hasta mi dormitorio a por mi neceser con las cosas de pincharme y regresé al suyo. Después del chute en el baño me tumbé en el suelo, sobre la moqueta, pero antes le puse junto a la cama la papelera del baño. No tenía ningunas ganas de despertarme sobre un charco de vómito.

De todas formas esa noche Yaiza no dijo nada más. Durmió hasta las tres de la tarde del día siguiente. Yo me pasé todo el tiempo mirando al techo del camarote, viendo cómo despuntaba el alba a través del ojo de buey y cómo los rayos del sol formaban una línea longitudinal desde la puerta del baño hasta la del armario.

Justamente cuando ella se despertó a mí me estaba entrando algo de sueño y había cerrado los ojos, por fin. Así que me puse de mal humor cuando ella, después de salir del baño, empezó a freirme a preguntas.

—¿Has dormido ahí? ¡Oh, mi cabeza! ¿Por qué me dejaste beber tanto? ¿Lo hemos hecho? ¿Hemos follado?

—No —contesté, con sus pies al lado de mi cara. —No hemos follado.

En ese momento la luz que entraba por el ojo de buey se difuminó como si alguien hubiera apagado un inmenso aplique que iluminara el océano. Al parecer íbamos a atravesar una tormenta en medio del Atlántico.

—¡Bufff! La resaca se quita con alcohol, ¿no? —dijo Yaiza—. Invítame a una copa, anda.

La idea me gustó y se me pasó el malhumor de repente. Fuimos al bar del salón de juegos, lleno de máquinas tragaperras.

—Al menos aquí no dejan entrar a los niños —murmuró ella, con los codos sobre la barra.

—Creía que te gustaban los niños. Un bourbon con hielo… ¿y tú? Un Gin fizz —le pedí al camarero.

—No me gustan en absoluto. Intento ayudar a los padres que los han perdido a que se olviden de ellos, y eso no significa que me gusten, más bien lo contrario.

—Anoche me dijiste algo de tu hija.

Ella se puso en alerta, tensando los músculos del cuello y de las mandíbulas.

—¿Qué te conté?

—Nada, solo que querías contarme algo sobre ella.

Tardó unos instantes en responder.

—No, ahora no puedo. Te lo contaré cuando lleve cinco de estos cócteles tan exquisitos… —Y al cabo de un rato añadió: —Lo que no entiendo es que anoche no intentaras follarme…

—¡Ja, ja, ja! —Eso me hizo mucha gracia, la forma tan explícita de decirlo. —No puedo hacer nada, no se me levanta. Soy impotente…

Ella me miró unos instantes, incrédula, después lanzó un bufido antes de estallar en carcajadas.

—¡Ja, ja, ja! ¡No me jodas! Es una broma... ¿De verdad?

Asentí con la cabeza, bajando la barbilla. Después de tantos años había logrado quitarle toda la importancia al asunto, como si se tratara de un problema de acné juvenil, o algo parecido.

—¿Nada de nada?

—Nada, como si estuviese tetrapléjico…

—¿Y las causas?

—Ehhh… la morfina. Soy adicto a la morfina desde los dieciséis años…

Lanzó otro bufido.

—No me creo una mierda de lo que dices…

—A mí me da igual, es lo que hay —finiquité el asunto echando un trago larguísimo de bourbon y levantando la mano hacia el camarero antes incluso de apartarme el vaso de los labios.

—Joder, vale, lo siento mucho si es cierto…

—Ya te digo, es lo que hay. Las cosas vienen como vienen, es como

esa frase estúpida de Forrest Gump: la vida es una caja de bombones.

—Nunca sabes lo que te va a tocar.

—Nunca sabes lo que te va a tocar...

—Desde que me separé he tenido aventuras, bastantes, pero nunca había encontrado a alguien que hablara de esa forma sobre su masculinidad, y eso que he estado con más de uno al que no se le levantó.

—Hay que asumir las cosas —dije, chasqueando los labios.

—Tienes razón. ¡Otro Gin Fizz! Vale, creo que estoy preparada para contarte lo mío... —Se quedó unos instantes en silencio y luego prosiguió con la mirada dirigida hacia el suelo, entre sus pies—. Se suicidó. Mi hija Isabel, de catorce años, se ahorcó un día en el garaje de nuestra casa en Santa Cruz... —Suspiró de una forma tan intensa que alguna pieza de su ropa crujió amenazando con romperse—. ¡Vale, ya está! ¿Qué te parece?

—Vaya, arrastras una pesada carga – le dije, aunque la verdad era que en el preciso momento en que ella estaba hablando yo pensé en otra cosa, no recordaba cual, y no la estaba escuchando.

—Sí, lo es, una pesada carga que muchas veces no quiere ser transportada y amenaza con hundir el remolcador, je, je, je...

—Buen símil.

—Por otra parte el suicidio de adolescentes es muy frecuente en el mundo, sobre todo de chicas. ¿A qué nunca habías pensado en eso? Yo tampoco, por supuesto. ¡Nunca sabes qué les está pasando por la cabeza a esas personas con la cara llena de granos y las hormonas estallando en cada rincón de su cerebro! Ellos lo magnifican todo, cualquier estupidez. Algo que les dicen sus amigos, un comentario en las redes sociales, o una fotografía que alguien despistado compartió y otro grandísimo hijo de puta tuneó, recortándole la cabeza y poniéndosela a una actriz porno en plena faena, y reenvió a todo el mundo...

—¿Eso fue lo que ocurrió? ¿Lo de la foto?

—Sí. Mi hija se lo tomó demasiado a pecho. Y nosotros sin enterarnos. Hay muchas cosas sobre los hijos de las que nunca te enteras, por ejemplo, cómo supo hacer un nudo corredizo para la cuerda... Nadie le había enseñado a hacer un jodido nudo corredizo, pero ella lo hizo perfectamente...

—No es muy difícil.

—No, no lo es.

Se tomó lo que quedaba de su bebida de un trago y levantó la mano para pedir otra mientras empezaba a llorar. Yo levanté también la mía hacia el camarero con el índice y el corazón hacia arriba para pedir dos de lo mismo. La crudeza del llanto de aquella mujer me hacía sentir extraño. Algo me oprimía el pecho, algo inusual y

desacostumbrado en mí, como la necesidad de llevarla de la mano hasta el pasado y cambiar el curso de la historia.

Continuamos bebiendo durante dos horas más hasta que, de nuevo, Yaiza estaba tan borracha que tuve que llevarla otra vez a su camarote. Cuando la tumbé en la cama tuvo unos instantes de lucidez y se desabrochó la blusa con una mano mientras intentaba atraparme la mía para que le tocara los pechos. Me dejé llevar y le acaricié las areolas, grandes y de color chocolate, y le pellizqué los pezones, gruesos como mi pulgar, pero ella ya dormía, así que me tumbé en el suelo y cerré los ojos, agradecido.

Nos despertamos sobre las cuatro de la madrugada, muertos de sed, yo, y de hambre, ella, y ahí empezó una vorágine que duraría varios días en los que Yaiza entró en una espiral de autodestrucción que sobrepasaba con creces a la mía. El servicio de habitaciones, con la promesa de una buena propina, nos trajo unos sándwiches y dos botellas de vino al camarote. De pronto ella estaba muy interesada en el tema de mi adicción a la morfina y empezó a insistir en que quería ver cómo me pinchaba. Le dije que jamás, me daba vergüenza, se trataba de un acto muy íntimo que no compartía con nadie. Así que cambió de estrategia y dijo que quería probarla. Me negué de forma todavía más categórica. La morfina necesitaba años para amoldarse a tu organismo, entrar a formar parte de ti y constituirse en una segunda piel que te mantenía vivo a pesar de estar muerto, descompuesto por dentro. Las primeras dosis eran placenteras, pero las siguientes te conducían directamente a un infierno del que, te ibas dando cuenta en esos momentos, jamás podrías salir. No era sino a la vigésima dosis cuando empezabas a dejarte llevar y asumir que en el infierno no se vivía tan mal.

Yaiza pareció conformarse con mis explicaciones. La morfina era una cosa aparte y ella jamás tocaría mi neceser de Alexander McQueen. Pareció aceptar el trato y se concentró en el alcohol. Durante los siguientes tres días fuimos de borrachera en borrachera, bebiendo sin parar y comiendo casi nada.

Ese día yo había entrado al baño a pincharme, pero estaba tan cansado que me dejé el neceser abierto y me tumbé en el suelo, bajo el dintel, a dormir. Ella se despertó, vió los botes de morfina y mi jeringuilla y se inyectó una dosis, a boleo. No entiendo (igual que le ocurría a ella con su hija) que fuera capaz de encontrarse la vena y pincharse ella misma aquella primera dosis, porque eso nunca suele ocurrir; el primer pinchazo siempre te lo administra alguien, nunca suele pasar que se pinche uno mismo, porque una aguja penetrando tus venas produce un miedo atávico que solo la adicción brutal consigue apartar del subconsciente.

Pero Yaiza lo hizo, se inyectó una dosis dos veces más potente que

las mías.

Cuando desperté estaba sentada a mi lado en el suelo, con los ojos llorosos, moviendo el cuerpo hacia adelante y hacia atrás de manera autista, murmurando una letanía ininteligible. Estaba pasando por un chute malo, y eso era, de verdad, muy, muy poco recomendable. Yo no lo había sufrido muchas veces, pero me acordaba perfectamente de todas.

—Vale, relájate, tendrás que dejar que pase, no hay ningún otro remedio... Dejar que pase y ya está – le dije, con los ojos entrecerrados. Eran las tres de la madrugada.

Pero de repente Yaiza ya no estaba allí. Cuando me di cuenta había salido del camarote y corría por el pasillo, sollozando ruidosamente. Me puse los zapatos y salí tras ella. Fui directamente al bar, pero no estaba allí, y no se me ocurría ningún otro lugar donde buscarla, porque en realidad estábamos siempre metidos en el bar o en el camarote.

Con bastante desgana empecé a recorrer las cubiertas. Hacía mucho frío ahí fuera. El viento batía el océano en rachas que herían la piel de la cara como afilados bisturís. De pronto creí ver la silueta de Yaiza en una pequeña cubierta a estribor. Corrí hacia allí, pero la silueta subió en ese momento a la amura y desapareció de mi vista. Me asomé y vi su cuerpo unos instantes entre la espuma de las olas iluminadas por el reflejo de la luz de la luna en el costado del barco.

Se había lanzado por la borda.

Bajé de nuevo al camarote de Yaiza, recogí mi neceser y me encerré en el mío. Seguramente nadie la echaría de menos hasta después de desembarcar. Durante los días que estuvo conmigo no observé que ninguna persona la saludara, ni se acercara a darle un beso, un abrazo o un simple apretón de manos. Estaba tan sola como yo.

X

El puerto de Casablanca es uno de los puertos artificiales más grandes del mundo.

En 1770, el sultán Mohámed Ben Abadía decidió reconstruir la pequeña ciudad que en árabe se llamaba Dar El Beida para preservarla de un desembarco de los portugueses que acababan de perder El Jadida. El sultán la dotó también de una mezquita, de una madraza y de un hammam.

Descendí la pasarela del transatlántico un enloquecido día de siroco. El viento, impregnado de arena húmeda, azotaba Casablanca desde el este y no te permitía casi ni abrir los ojos para ver por donde pisabas.

Había vuelos domésticos de Casablanca a Agadir, pero no me apetecía nada subir a un avión. El trayecto por carretera era de unos quinientos kilómetros, unas seis horas. Contraté a un taxista y dejé que me cobrara un precio abusivo para pasar totalmente desapercibido. Era un chico jóven llamado Said al que le encantaba la música y no paraba de cantar mientras conducía su desvencijado Peugeot 508. Yo me puse a cantar con él, porque de repente me había puesto muy contento al contemplar de nuevo los paisajes de Marruecos. Juntos tarareamos Another Brick in the Wall, de Pink Floyd. Al ver que me gustaba, Said me explicó que: “في عام 1980 في جنوب إفريقيا ، تم تبني الأغنية ترنيمة احتجاج بين الطلاب السود الذين يقاتلون ضد الفصل العنصري!” (¡En 1980, en Sudáfrica, la canción fue adoptada como himno de protesta entre los estudiantes negros que luchaban contra el apartheid!). A continuación sonó The River, de Bruce Springsteen. “كتب بروس سبرينغستين هذه الأغنية لأخته وصهره! يصف الحياة الصعبة والحزينة لشاب محاصر بالالتزامات ببدء الأسرة في وقت مبكر للغاية بالنسبة لعمره من خلال الاضطرار إلى الزواج من صديقته في المدرسة الثانوية ، حامل في السابعة عشرة فقط!” (¡Bruce Springsteen escribió esta canción para su hermana y su cuñado! ¡Describe la dura y triste vida de un joven atrapado por los compromisos de haber formado una familia demasiado pronto para su edad al tener que casarse con su novia del instituto, embarazada con solo diecisiete años!)

Aguanté el entusiasmo de Said hasta que sonó Hotel California, de los Eagles: “تستغرق المقدمة خمسين ثانية وفي النهاية تحتوي على غيتار مدته دقيقتان! وهذا يتعارض مع ما نصت عليه الولايات المتحدة في محطات الراديو آنذاك!” (¡La introducción dura cincuenta segundos y al final tiene un solo de guitarras de dos minutos! ¡Esto era contrario a lo que se estipulaba en Estados Unidos en las emisoras de radio de la época!) me gritó, sobre el ruido del motor y del viento que entraba por las ventanillas.

Mi ánimo jamás aguantaba más de quince minutos cualquier forma

de expresión artística o plástica, así que dejé de tararear y de hablar con el ilustrado Said y me encerré en un mutismo absoluto, contemplando el paisaje, los coches que pasaban, las cunetas repletas de bolsas de plásticos ondeando al viento desde los tallos resecos de las altas gramíneas; y al cabo de unos minutos me dormí, mecido por el suave vaivén del viejo coche al que debían haber cambiado el sistema de amortiguación no hacía mucho.

Al llegar le pedí al melómano conductor que me dejara cerca del Jardín ibn Zaydoun, entre la avenida de Príncipe Moulay Abdellah y la calle del 18 de noviembre y allí tomé otro taxi hasta el cementerio.

La tumba de Haidar estaba junto a la de su madre en la parte alta del cementerio. Las lápidas lucían de un blanco inmaculado, recién pintadas. Al verlas se me encogió el corazón hasta límites peligrosos. Las piernas dejaron de sostenerme y caí sobre una mata de salvia, muy verde por las últimas lluvias. Lo recordaba todo de aquel niño, el tacto de su pelo, el tono de su voz, el olor de su piel… Hubiera dado cualquier cosa para volver a sentir aquellas sensaciones, aunque fuera por una vez en la vida.

—Lo siento, hijo mío… Me crucé en la trayectoria de tu vida y nunca tenía que haberlo hecho, porque siempre termina de la misma manera… —susurré, mientras movía el torso hacia adelante y hacia atrás con las manos juntas, implorando perdón a aquel niño maravilloso—. ... Lamento en el alma que acabaras así. Nunca, nunca tenía que haber pasado esto. Fue culpa de una maldita casualidad que jamás me perdonaré, Haidar…

En ese momento recordé lo bien que me sentaba hablar con él en el transatlántico hasta que me topé con Yaiza, quien hizo que le olvidara, así que me alegré un montón de volver a tener a Haidar a mi lado como si nunca le hubiera perdido.

—Estamos juntos de nuevo, ¿te parece bien? Ahora voy a casa, así que tendrás que decirme qué hago con tus cosas, el ordenador y el móvil, quiero decir. ¿Regalarlo a alguien? ¿Pero a quién? No tenías amigos tan íntimos en Taghazout. ¡Ah, los hijos de Hassan! Me parece muy bien. Buena idea. Lo haré nada más llegar, no te preocupes, hijo mío, no te preocupes por nada, ¿vale? Yo me encargaré de todo..

Ahora, recordando aquellos momentos, me doy cuenta de que tenía la mente absorta por completo en ese niño y que no pensaba en nada más, ni en el peligro, ni en los perros de guerra que debían estar esperándome en el riad ni en la conmoción que debía haber causado en aquella organización financiera con tentáculos en absolutamente todos los rincones del planeta por la cantidad de muertos que les había infligido. Alguien con un traje de cinco mil dólares, en un lujoso despacho de la sede de Black Rock en Nueva York que yo había visitado, rodeado de guardaespaldas, estaba dando puñetazos sobre

una mesa en ese preciso instante, gritando: “¿Es qué no hay forma de matar a ese hijo de puta?”

Querían matarme, claro, y eso era muy lógico; lo que no era lógico era que yo no pensaba en ellos. Mientras caminaba entre el caótico paisaje de lápidas esparcidas por doquier típico de un cementerio árabe solo tenía una cosa en la mente, algo que se me había ocurrido de repente: la ropa de Haidar debía conservar su olor corporal, y yo quería aspirarlo de nuevo como último recurso para retenerlo para siempre en mi memoria. Se trataba de la misma necesidad imperiosa que recorría mi organismo antes de meterme un chute; podrían haberme cortado cualquier parte del cuerpo y yo no habría pensado en nada más que en el efecto de la morfina recorriendo mis venas.

—Quiero olerte una última vez antes de que se pierda para siempre, hijo mío. Volverás a estar cerca de mí cuando me lleve una de tus camisetas a la nariz. Tú estarás de nuevo vivo, a mi lado, vestido de surfer para ir a tus clases…

¡Cuánta felicidad me causaba ese pensamiento en aquellos instantes tan amargos, cuando me alejaba de la tumba de aquel niño gordinflón que había trastocado mis sentimientos como los devastadores efectos de un gigantesco tsunami!

Llamé a un taxi por teléfono y lo esperé junto al café Badr, dando saltos debido al nerviosismo. El cielo estaba encapotado. Dentro de poco caería una de las escasas tormentas que azotan cada año la costa atlántica de Marruecos y el mundo se daría la vuelta y muchas almas bajarían al infierno, pero yo no lo sabía aún.

—تغازوت ، صديق. بأسرع ما يمكنك. هناك نصيحة جيدة

(A Taghazout, amigo. Todo lo rápido que puedas. Hay una buena propina.)

El coche salió pitando mientras empezaban a caer las primeras gotas que no eran más que arena líquida y el cielo se volvía tan oscuro que ya no se distinguía la línea del horizonte sobre el mar que quedaba a mi derecha.

Una cortina de agua nos alcanzó a medio camino. De pronto parecía que dioses enloquecidos intentaban verter todo el contenido del océano sobre la tierra firme.

—لا أستطيع الركض بعد الآن! لا أرى الطريق!

(¡No puedo correr más! ¡No veo la carretera!) me gritó el taxista. Yo saltaba de ansiedad en el asiento trasero, incapaz de esperar para poder oler de una vez por todas la ropa de Haidar; ese era mi único pensamiento, la motivación para seguir respirando.

—واصل التقدم! لا تتوقف! سأضاعف الطرف!

(¡Continúa! ¡No pares! ¡Doblaré la propina!)

El hombre intentaba no salirse de la carretera, desesperado. La tormenta ya estaba formando riachuelos que atravesaban la calzada

transportando avalanchas de barro y piedras que golpeaban los bajos del coche. En más de una ocasión abrí la puerta para bajarme y seguir a pie (habría sido arrastrado, seguro, por alguna avalancha, y habría acabado bajo un montón de barro a cientos de metros de allí), pero el taxista aceleraba al verme por el retrovisor, pensando en la propina.

Al final el frente tormentoso se desplazó hacia el este y la zona del Anti Atlas en la que estábamos nosotros quedó despejada, con un cielo esplendoroso, como por arte de magia.

—اتركني عند مدخل البلدة. سأسير إلى منزلي.

(Déjame en la entrada del pueblo. Bajaré a pie hasta mi casa.)

Me di cuenta de que no llevaba dirhams y puse un billete de cien dólares en la mano del taxista. Sus gritos de agradecimiento me acompañaron hasta que me metí en el laberinto de callejuelas de paredes encaladas. Ya se acercaba el momento de oler la ropa de Haidar, por fin; parecía que llevaba una eternidad esperándolo cuando la idea se me había ocurrido hacía apenas una hora.

A lo mejor tuve suerte, no lo sé.

O quizás el hecho de irrumpir en el riad como si fuese un turista despistado propició que los sicarios que estaban allí, (en un primer momento me parecieron unos veinte) no reaccionaran todo lo rápido que hubieran deseado.

O también puede que fuera mi acuciante anhelo por reencontrarme con el olor de Haidar impregnado en su ropa… ¿Cómo lo describiría? Sí, como ese juego en el que alguien tiene que golpear la mano del otro antes de que la retire y cada vez golpea más fuerte, porque toda su atención se focaliza en ella y es difícil parar… algo parecido.

Abrí la puerta del riad y entré en el patio de la fuente que, al igual que la última vez que había estado allí, se había llenado con el agua de las últimas lluvias y parecía funcionar de verdad. Algunos de los sicarios estaban sentados en el borde, otros de pie apoyados en columnas, y varios más asomaban las cabezas desde el pasillo del primer piso. Todos pertenecían a maras salvadoreñas. Las bandas MS13 y Barrio 18, los identifiqué enseguida por sus tatuajes. No era extraño que miembros de esas organizaciones que se enfrentaban a balazos en las calles de El Salvador, Guatemala y Tegucigalpa y que estaban llegando a España se unieran en trabajos muy bien pagados por los gobiernos financieros en la sombra, como la todopoderosa Black Rock.

—No te jode…

Me fastidió un montón verlos allí. Me dio mucha rabia que algo se interpusiera entre lo que más deseaba del mundo. Iba matarlos a todos, nada podría impedirme llegar hasta la ropa de Haidar.

Dejé mi bolsa del ejército francés en el suelo y saqué mi .45. Hubiese matado o herido al menos a diez antes de que pudiesen sacar sus armas, pero cuando levantaba el brazo para disparar al primero

escuché:

—*¿Qué ondas omié? ¡Guárdese el lápiz, no nos vayamos a cuetiar!*

—¿Qué?

Uno de los sicarios se había levantado y me gritaba, con los brazos abiertos y las palmas extendidas, pero yo no entendía su significado.. Los demás tenían las armas en la mano y me apuntaban. La tensión podía cortarse a cuchillo y el único sonido que se escuchaba era el de alguien que gimoteaba, pero yo no podía verle.

Recorrí con la mirada los rostros de los que tenía en mi campo de visión para intentar adivinar sus intenciones. Me miraban con una mezcla de miedo y expectación, y eso era lo curioso, no pude encontrar el deseo de matar en ninguna de las cuatro caras que escudriñé mientras me volvía lentamente hacia el que me había gritado.

—*¡Utualito vamos a hablar! ¿Se guarda el lápiz? ¡No queremos darle hale!*

El que parecía el líder tenía el cráneo completamente tatuado, con un gran Jesucristo que le recorría la parte derecha de la cara. El lado izquierdo lo cubrían unas manos en plegaria, y en los codos y las rodillas tenía la telarañas que significaban poder y expansión.

—¡No entiendo nada! ¿Hay alguien que no hable esa jerga? —grité, desconcertado.

Pero estaba sucediendo algo, y era que yo ya estaba muerto. Me di cuenta en ese preciso instante. Había perdido toda la capacidad de sorpresa y me agujerearían el cuerpo cuando el líder hiciera algún tipo de señal. Habían usado una estratagema muy sencilla y yo había caído en ella como una polilla que se carboniza contra una lámpara incandescente en una noche oscura.

Pero me daba igual. ¿Cuántas veces había deseado estar muerto? ¡Miles! Por fin había llegado mi momento, pero antes tenía que alcanzar lo que había venido a buscar en aquel lugar.

No esperé la respuesta a mi pregunta. Bajé el brazo con la pistola y eché a andar, cabizbajo, hacia mi casa. Podrían dispararme, pero yo continuaría andando hacia el olor de Haidar hasta el último segundo, a lo mejor incluso podría sentirlo en la distancia antes de caer o de perder la conciencia cuando una bala me atravesara el cerebro.

Llegué hasta las escaleras, pero los que estaban delante no me impidieron e paso. ¿Qué diablos estaba ocurriendo?

Escuché voces arriba. Subí los últimos escalones y entré en el pasillo. Los que estaban allí apostados se habían retirado hasta el final, pero yo ni siquiera me di cuenta.

Fui a abrir la puerta con la llave pero claro, habían reventado la cerradura y se abrió por sí sola. Nadie había tocado el interior, estaba tal y como lo había dejado la última vez.

Y de repente lo percibí. ¡Sí, allí estaba su aroma! Flotaba en el aire del salón como un anticipo a lo que vendría después. Como un autómata, entré en el que había sido el dormitorio de Haidar. Allí estaba su ordenador y, al lado, su teléfono móvil. Sobre la cama había un montón de ropa amontonada. Me acerqué, tomé una de sus camisetas y me la llevé a la cara. Las piernas me fallaron. ¡Era como si Haidar estuviera vivo! No lo podía creer. Hice lo mismo con otra camiseta, y luego con su bañador. Todo olía a él y era maravilloso.

Me senté en el suelo, llorando de rabia y de impotencia, pero al mismo tiempo de felicidad. No sé cuánto tiempo estuve así, pero creo que entró alguien, me contempló unos instantes y luego se marchó.

—Ya vuelves a estar conmigo, hijo mío. Haidar, cariño… Es como si nunca te hubieras ido, de verdad, para mí es así en este momento; te tengo aquí y lo siento de una forma muy intensa…

Al terminar de murmurar estas palabras escuché que alguien regresaba. Era un chico jóven, de apenas veinte años, de mirada asustada, aunque no debía ser así, porque por los tatuajes me di cuenta de que era un "chequeo", el rango superior al de "homeboy", que es el marero que acaba de superar la prueba de iniciación.

—El jefe quiere verte —me dijo el chico, sin valor para enfrentar mi mirada. Ah, vale, ahora lo entendía. Habían enviado a alguien que hablara en español, y no en la jerga de las maras.

Al principio no le hice ni caso, pero al cabo de unos instantes en que continué sollozando con la ropa de Haidar esparcida a mi alrededor, me entró una sed terrible. Necesitaba un trago de whisky como el aire para respirar. Me levanté y fui hasta la cocina. Llené un vaso de hielo y lo completé hasta arriba con Jack Daniels. Después de echar un buen trago, al volverme con los ojos arrasados por las lágrimas, me di un susto de muerte. El líder del cráneo tatuado y otros cinco mareros estaban sentados en el sofá, mirándome fijamente.

—Vale, queréis hablar… Joder, no tengo ganas de nada, pero venga, ¿qué es lo que pasa aquí?

De pronto me di cuenta de que lo de mirarme fijamente no era correcto, sino que me miraban absortos, como si estuvieran contemplando una alucinación.

—*Mirá ve, la onda es que ahorita nos vamos a ir con la clica de esta fiesta, pero antes queremos beber contigo* —dijo en ese momento el líder, apuntándome con su dedo índice.

Le había entendido bastante bien, pero por si acaso busqué con la mirada al chico de antes.

—Smiley dice que nos vamos a ir de aquí, pero queremos beber contigo…

Eso me hizo mucha gracia. Vale, empezaba a entender la situación. Se les había encargado el trabajo de matarme, pero no iban a hacerlo.

Maldita sea, me consideraban como un jodido animal sagrado, o algo por el estilo.

Me senté donde me indicaron, junto a Smiley, el líder. El chico que hacía de traductor trajo la botella de whisky con vasos y hielo.

—Los Salvatrucha y los 18 sentimos lo del chico y estamos de acuerdo en que mataras a los que lo hicieron…

Smiley empezó a hablar con su jerga después de entrechocar los vasos, pero el otro me traducía al terminar cada frase.

—Te respetamos y como señal de amistad tenemos un regalo para tí…

Hubo un barullo en la puerta y de pronto entraron dos mareros con un hombre encorvado sobre sí mismo, vestido de traje ejecutivo, con la cara ensangrentada y las manos atadas a la espalda. Debía ser el que había estado gimiendo antes, en el patio. Yo no le conocía de nada, pero intuí que era el representante de Black Rock que les había encargado el trabajo de asesinarme.

Smiley sacó una navaja del bolsillo, la abrió con el botón del resorte y miró a su alrededor, apuntando a los que estaban sentados en el sofá con nosotros, pero al final acabó señalando al traductor. Al chico se le encendieron los ojos, estaba a punto de subir un escalafón. Se adelantó, tomó la navaja de la mano de Smiley, agarró al hombre por el pelo levantándole la cabeza y le cortó la garganta de lado a lado.

—No, aquí dentro no… joder —me lamenté yo, pero ya era demasiado tarde. Varios cómicos chorros de sangre salieron disparados de la arteria carótida del hombre y dibujaron extraños jeroglíficos en la tapicería de los sofás y en las ropas de los mareros, provocando risotadas. Yo también me reí, tengo que admitirlo, pero lo que a los oídos de los demás sonó como una carcajada y después una risa queda no era tal, sino un profundo llanto; en realidad estaba llorando, porque todavía me quedaba mucho dolor por Haidar, aún tenía el corazón encogido por el recuerdo del aroma de su ropa, que le había hecho resucitar en mi mente.

Smiley se levantó y me estrechó la mano mientras chocaba su hombro contra el mío. A continuación salieron todos de la casa pasando por encima del cuerpo del hombre, que todavía bamboleaba las piernas y abría y cerraba los ojos en un movimiento reflejo.

Yo ni siquiera sabía qué había pasado, pero ¿qué más daba?. De repente me encontré de pie, en medio del salón, a salvo. Aunque no sentía ese alivio que, necesariamente, debe conferirte la expresión “sentirse a salvo”, porque tampoco habían existido los efectos de otra que puede expresarse como “que se te pongan de corbata” o “ver de cerca las puertas del cielo (infierno)”.

Mi único pensamiento en aquellos momentos era que podía seguir disfrutando de olor de Haidar y que podría hablar con él cuanto

quisiera, sin ningún límite ni humano ni temporal. Y eso me hacía sentir la persona más feliz del mundo.

Llamé a los limpiadores para que se llevaran el paquete del salón y eliminaran los restos de sangre. Como resultado mi sofá lucía ahora una nueva imagen, festoneado por trazos irregulares de tejido descolorido, devorado por la lejía, pero lo encontré divertido. Parecía un Picasso.

Mantuve el dormitorio de Haidar cerrado a cal y canto para mantener lo más posible los efluvios que despedía su ropa, aunque a las dos semanas, más o menos, ya empezó a evaporarse; pero antes sucedieron dos cosas:

1- Me llamó Vincent Van der Veken, el asesor inmobiliario de la SICAV que gestionaba mi dinero.

—El inmueble es tuyo. Black Rock ha aceptado misteriosamente nuestra oferta de compraventa sin ningún tipo de regateo. Tengo que decirte que nos ha salido estupendamente de precio —me explicó, con voz temblorosa. Después de lo de Adam, si tenía algún tipo de duda sobre su juramento de fidelidad hacia mis intereses, esta había desaparecido tan rápido como el rumor de una ola al golpear en la arena.

Así que Black Rock dejaba de luchar por el inmueble. La todopoderosa gestora internacional había entendido de una vez por todas que iba a perder esta guerra y se había rendido.

—Está bien. Prepara un contrato de arrendamiento a precio cero y una partida de cincuenta mil euros anuales para gastos y conservación y envíamelo a mi correo.

Al colgar sentí de pronto la necesidad de salir. Llevaba una semana encerrado. Y eso nos lleva a la siguiente cosa:

2- La comunidad surfer de Taghazout celebró un homenaje a Haidar.

El calor del desierto invadía como siempre las callejuelas de Taghazout cuando pisé los adoquines, a eso de las diez de la mañana, y empecé a bajar hacia la playa.

—¡Carlos!

En cuanto me vio Adif vino corriendo a recibirme. Nos abrazamos con palmadas en la espalda, aunque nuestra comunicación siguiera careciendo de cualquier forma de efusividad.

—¿Vas a comer? —me dijo, a modo de saludo, aunque yo sabía que esas tres palabras incluían “me alegro de verte de nuevo y que estés bien”

—Sí, sí… lo de siempre… lo de siempre…

Me senté en mi mesa y contemplé lo que había visto tantas veces en los últimos meses: multitud de figuras dentro del agua, subiendo y bajando a la altura de las olas, pero de pronto noté (¡Ay!) un crujido en el interior del pecho, como si alguien intentara separar los

músculos para acceder al esternón.

Claro, faltaba algo… Él, Haidar. Esa ausencia era la causante de mi dolor. De manera inconsciente, mientras recorría las siluetas sentadas sobre sus tablas de una en una, le buscaba a él, a mi hijo… pero ya se había terminado el recuento, y ese niño no podía estar ahí enmedio de ninguna manera, porque se estaba descomponiendo envuelto en su sudario, tapado de tierra.

El dolor del pecho no cesaba. Me puse de pie para irme de allí en el mismo instante en que Adif llegaba con mi ensalada de falafel, hummus, tzatziki y pimientos asados y un Jack Daniels disimulado en una taza de te. Ya no le veía ningún sentido a nada. ¿Qué diablos estaba haciendo allí? Era tan deprimente como una viuda que regresa al hotel donde pasó la luna de miel con su marido.

—¿Qué haces? ¿Te vas? —me preguntó al verme de pie, con las cejas enarcadas.

Asentí con la cabeza, abriendo los brazos en señal de desconsuelo, señalando hacia el mar.

—Sí… ¡él no está! ¿Qué hago aquí entonces? Ya no tiene sentido…

—Espera amigo, espera… Mira… —Adif también había levantado la mano y señalaba hacia una figura que estaba entrando en el agua en ese instante. Me di la vuelta y vi a Hassan con dos tablas, la suya y la de Haidar, que guardaba en la tienda.

Me senté de nuevo, mientras me daba cuenta de que en ese momento ninguno de los que se mecían sobre el agua intentaba tomar una ola, sino que esperaban a Hassan con un ramo de flores en la mano, apostados antes de la lineup. Todos llevaban flores y empezaban a formar un círculo. Hassan remontó las olas arrastrando la tabla de Haidar atada a su tobillo con el leash y se colocó en el centro. Estaban llevando a cabo un funeral estilo hawaiano en su honor.

En aquel mismo instante regresaban las barcas que surtían de pesca el mercado local. Habían salido muy pronto, a eso de las cuatro de la madrugada, para recoger las redes al amanecer y regresar al pueblo a media mañana. Las embarcaciones entraban y salían del mar por la parte izquierda de la playa, donde las olas se apaciguaban y permitían las maniobras, de esta forma la pesca y el surf no se entorpecían porque la masa de figuras ansiosas de olas se colocaban siempre a la derecha y solo usaban la otra parte de la playa para salir del agua en caso de apuro.

Se me ocurrió una idea. Me tomé el whisky de un trago y me acerqué a la orilla.

—¿Me puedes llevar ahí enmedio? —le pregunté a un chico jóven en árabe, el patrón de una de las barcas, bautizada como Al Borany II.

—Mucho pescado… —negó el chico, señalando con la barbilla los

cestos de mimbre llenos de doradas y sargos. Allí no había hielo para conservar las capturas y todo debía ser consumido aquella misma mañana en las cocinas del pueblo.

—De acuerdo…

De repente me di cuenta de que presentarme en medio de aquella ceremonia hubiera sido una patochada. Ninguno de aquellos turistas del surf, salvo Hassan, conocía mi relación con Haidar, y mi pinta de no haber probado el agua del mar en siglos sería tan ridícula, a bordo de aquella barca de pesca, que el recuerdo que se llevarían los participantes sería ese, y no el del homenaje al niño con sobrepeso, surfer local, que caía bien a todos y que había sido asesinado en un suceso dramático, durante el robo de su casa, según las autoridades.

Había terminado en aquel lugar, no podía existir una señal más evidente.

Me encogí de hombros y eché a andar hacia el restaurante.

—Adif, recibirás unos documentos de mis abogados. El riad es ahora de los habitantes de Taghazout. Tú serás el administrador, si quieres. Quédate con mi casa y las demás repártelas entre los jóvenes, tal como hablamos. Tendrás un fondo anual para gastos y reparaciones. Las cosas de Haidar, todas sus cosas, son para los hijos de Hassan…

Adif me miró con los ojos abiertos como platos, escuchando mi voz, de la que no había oído más de cinco palabras seguidas desde que nos habíamos conocido.

Después de esa perorata me di la vuelta y regresé con paso lento hacia el riad. Antes de entrar en mi casa fui a la que había sido de Haidar y de su madre e intenté captar lo que quedaba de su olor, aunque apenas se notaba. El tiempo estaba borrando ya todo su rastro. En pocas semanas, cuando aquel edificio fuese ocupado por parejas jóvenes y entusiasmadas con su nuevo futuro, nadie se acordaría de Haidar, ni de su madre que una noche saltó al vacío desde la azotea, ni de mí. Mejor… nadie debía acordarse nunca de mí, pero lo de que los olvidaran a ellos me daba mucha rabia, aunque no había nada que hacer. El tiempo pasa sobre los muertos igual que crea los glaciares y los vuelve a fundir, igual que hace que la Tierra gire sobre sí misma una vez cada veinticuatro horas; igual que me obliga a inyectarme una dosis de morfina tres veces al día…

FIN

Vocabulario básico del surf:

Aéreo: se trata de una de las maniobras estrella. Su origen procede del skate y del snow. Donde es habitual ver a l@s riders dar saltos. En el surf esos saltos se trasladan al agua y son una maniobra para surfistas experimentados. Básicamente consiste en volar con la tabla bajo los pies.

Drop in o saltada: también muy habitual escucharlo en la playa. Sucede cuando un surfista va sobre la ola y de improviso otr@ surfista se atraviesa en su camino.

Goofy: son aquell@s surfistas que surfean con el pie izquierdo en la parte de atrás de la tabla.

Regular: son aquell@s surfistas que surfean con el pie derecho en la parte de atrás de la tabla.

Forehand: Consiste en surfear mirando directamente hacia la ola. Es lo más habitual, ya que l@s surfistas se encuentran más cómod@s en esta posición.

Backhand: o surfear de espaldas. Justo lo contrario a lo explicado en el punto anterior. Para los que son “regulars” consiste en surfear una ola de izquierdas. Y para los “goofies” justo lo contrario, consiste en surfear una ola de derechas.

Bottom: es la parte de debajo de una tabla de surf. Al encontrarse en contacto directo con el agua, esta parte de la tabla es la encargada de controlar la estabilidad, la maniobrabilidad y la velocidad.

Nose: es la parte delantera de la tabla. Conocida también como punta.

Rocker: es la curvatura de la tabla desde la punta hasta la cola. Hay dos tipos: “nose rocker” y “tail rocker”. Un rocker más plano hará que la tabla sea más rápida. Mientras un rocker más curvo hará que la tabla sea más maniobrable.

Cera, wax o parafina: es un producto que se da en la parte superior de la tabla y que proporciona mayor agarre al@ surfista. En la actualidad existen parafinas hasta para repeler ataques de tiburón.

Cerrote: básicamente se trata de una ola que rompe de golpe y por tanto resulta imposible surfearla. El wipeout está asegurado.

Wipeout: sucede cuando un surfista se cae en la cresta de la ola.

Lineup: es la zona donde se ubican la mayoría de l@s surfistas ya que es aquí donde rompen las olas.

Choppy: se dice que el mar está choppy cuando está desordenado, revuelto o tocado de viento.

Glassy: se dice que el mar esta glassy cuando está ordenado y su adquiere una apariencia similar al vidrio.

Offshore: relacionado también con lo anterior, este término se

utiliza cuando se dan las condiciones ideales de viento. Ya que el viento sopla directamente en la parte frontal de la ola, suavizándola, ordenando el mar y retrasando el momento de la ruptura de la ola.

Onshore: justo lo contrario. El viento sopla de forma que desordena el mar y hace que las olas pierdan fuerza.

Quiver: conjunto de tablas de surf que tiene tod@ surfista. Normalmente de diferentes formas para poder adaptarse a todo tipo de condiciones de mar. Algo así como "la colección personal de tablas" del@ surfista.

Secret: se llama "secret spot" a un lugar con buenas condiciones para el surfing pero que poc@s conocen.

Slab: es un tipo de rompiente. Normalmente sobre fondo de arrecife.

Grom: esta palabra se utiliza para referirse a l@s jóvenes surfistas. Habitualmente se realizan campeonatos dedicados en exclusiva a este tipo de participantes, como el Rip Curl Grom Search.

Remontar: consiste en volver remando al pico después de coger una ola.

Take off o puesta en pie sobre la tabla: Es una de las técnicas que tod@ surfista debe dominar a la perfección.

Tubo o barrel: Posiblemente la maniobra de surf más conocida del surf. Consiste en recorrer el interior de la ola, dejando que el labio nos cubra por completo.

El pato, pinchar o Duck Diving: Esta técnica se utiliza para pasar bajo la ola. Consiste en sumergir la punta de la tabla, ayudándonos del pie trasero o incluso la rodilla.

Banda sonora

1- Zouhair Bahaoui —DÉCAPOTABLE https://youtu.be/Ph_tbASm31Y
2- Saad Lamjarred —Salina Salina https://youtu.be/fMA_fyqPeEg
3- Balti —Ya Lili Despacito feat. https://youtu.be/il_TuxH41Xs
4- Toquinho e Vinicius De Moraes —Aquarela https://youtu.be/7xILB005PTQ
5- The Beach Boys —Good Vibrations
https://youtu.be/Eab_beh07HU
6- Zouhair Bahaoui —Ana Nejri w Zman Yejri https://youtu.be/_eKq0HKhB_4
7- Balti —Mawal https://youtu.be/zBcnA5Z5_0U
8- DMX —X Gon' Give It To Ya https://youtu.be/fGx6K90TmCI
9- Pink Floyd —Another Brick in the Wall https://youtu.be/YR5ApYxkU-U
10- Bruce Springsteen —The River https://youtu.be/nAB4vOkL6cE
11- The Eagles —Hotel California https://youtu.be/niIX0QcYRzE